



Dr. Arnim Graésel
Bibliotecario de la Universidad de Berlín

MANUAL DEL BIBLIOTECARIO

PUBLICADO DE ORDEN DEL SR.
MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA
DON ANÍBAL LETELIER

TOMO I

LIB. E IMP. ARTES Y LETRAS
AHUMADA 150
SANTIAGO DE CHILE

1913

Manual del Bibliotecario

CB 1099317

C. Vial L.

PUBLICACIONES DE L. IGNACIO SILVA A.

- 1.—BIBLIOGRAFÍA HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA DE CHILE. 1902. Santiago. *Obra premiada con medalla de oro por la Uniniversidad de Chile.* (En colaboración con Nicolás Anrique R.)
- 2.—CRISTÓBAL COLÓN EN CHILE. Santiago, 1902. (Agotada).
- 3.—EL CAMINO DE VURILOCHE. Santiago, 1904. (Agotada).
- 4.—LA SARGENTO CANDELARIA. Santiago, 1904. (Agotada).
- 5.—BIBLIOTECA HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA CHILENA:
 - I. La Isla de Pascua. Santiago, 1903. (Agotada).
 - II. Estudios geográficos e históricos de D. Francisco Vidal Gormaz. Santiago, 1905.
- 6.—REVISTA NACIONAL. Santiago, 1906 y 1907. (Agotada).
- 7.—DE LA SUCESIÓN POR CAUSA DE MUERTE Y DE LAS DONACIONES ENTRE VIVOS. Apuntaciones. Santiago, 1908. (En colaboración con Carlos Ramírez B.) (Agotada).
- 8.—LA NOVELA EN CHILE. Santiago, 1910. (*Obra agraciada por el Ministerio de Instrucción Pública con el premio «Eliodoro Gormaz»*).
- 9.—MANUAL DEL BIBLIOTECARIO. (Traducción). Santiago, 1913.

EN PREPARACION

- LOS MEJORES CUENTOS CHILENOS. (Antología).
- LA POESÍA EN CHILE. (Bibliografía).
- LAS REVISTAS CHILENAS. (Bibliografía).

Dr. Arnim Graesel

Bibliotecario de la Universidad de Berlín

MANUAL DEL BIBLIOTECARIO

PUBLICADO DE ORDEN DEL SR.
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA
DON ANÍBAL LETELIER

TOMO I

SANTIAGO DE CHILE

1913



LIB. E IMP. "ARTES Y LETRAS"
Ahumada 150.—Taller: Independencia 129



ADVERTENCIA

Cuando en 1902 entré a formar parte de la dotación de empleados de la Biblioteca del Instituto Nacional, uno de los primeros libros cuya lectura mis jefes me recomendaron, en orden a los conocimientos que los empleados del ramo deben poseer, fue este del Dr. Arnim Graesel.

Desde esa época, y a medida que mis tareas como empleado y los estudios bibliográficos a que me he dedicado me lo permitían, fui traduciendo a la letra las utilísimas enseñanzas y sabios consejos de esta obra que deben tener muy a la mano todos los del oficio y los estudiosos que se dedican a reunir libros y formar ordenadamente una biblioteca.

A esta traducción se agregan dos capítulos originales: Bibliotecas Infantiles e Intercambio de Bibliotecas. En la parte referente a la clasificación decimal, según el sistema de Dewey, acordada por el Congreso Internacional de Bibliografía de Bru-

selas, 1895, se ha ampliado el original, que sólo da la clasificación hasta dos cifras, a tres, prestando con ello señalada utilidad a las pequeñas bibliotecas y a los particulares que no poseen el «Manuel du Repertoire Bibliographique Universel» publicado en 1907 por el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas.

El «Manual del Bibliotecario» espero que ha de aprovechar tanto a los del oficio como a los profanos. Los primeros talvez, como a toda obra humana, le encontrarán defectos; los segundos, leyéndolo con atención, se formarán una idea del trabajo que demanda el mantenimiento de una biblioteca. A éstos les servirá de ayuda para ordenar sus colecciones.

A éstos y a aquéllos pido excusas por las faltas o errores que haya podido cometer al traducir esta obra; pero en todo caso deben tener en cuenta que a hacerla sólo me ha movido un espíritu de estudio, y que de él se aprovechen todos los que lean este trabajo sin ánimo de criticarlo.

L. IGNACIO SILVA A.

Conservador de la Biblioteca del Instituto Nacional



PROEMIO

En opinión de todos los bibliotecarios y de los críticos competentes ⁽¹⁾, el Manual del señor Dr. GRAESEL merece, con justo derecho, considerarse como el más completo y el mejor de los tratados de biblioteconomía aparecidos hasta ahora. Fue esta la causa que nos indujo a traducirlo ⁽²⁾. Hemos creído prestar un servicio a los jóvenes que se dedican a la profesión de bi-

(1) Véase *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel* 1890, N.º 286, pág. 7060.—*Centralblatt für Bibliothekswesen*, 1891, pág. 53 y sig.—*Literarisches Centralblatt*, 1891, N.º 6, pág. 183.—*Deutsche Literaturzeitung*, 1891, N.º 34, pág. 1230.—*The Library Journal*, t. XVI, 1891, N.º 4, pág. 118.—*The Library*, t. III, 1891, pág. 152.—*The Nation*, 1891, pág. 123.—*Bollettino delle pubblicazioni italiane*, 1890, N.º 116.—*Polybiblion*, Partie Littéraire, 2.^a serie, t. XXXV, [1892, 1.^{er} semestre) pág. 265-266.

(2) El Dr. TRACQU, bibliotecario de la Universidad de Lille, tuvo, antes que nosotros, la idea de hacer la traducción de los *Grundzüge*; pero le sorprendió la muerte antes de haber puesto su proyecto en ejecución. Véase: *Revue des Bibliothèques*, II, 1894, pág. 470-471. *Centralblatt für Bibliothekswesen*, t. X, 1894, pág. 47-48.

blotecario y contribuir al mismo tiempo, en cierto modo, a la difusión de los estudios de biblioteconomía tan descuidados aún en Francia.

Como el señor Dr. GRAESEL lo dice en el prefacio que se leerá más adelante, el Manual que publicamos ahora no es una simple traducción de los *Grundzüge der Bibliothekslehre*. Propiamente hablando es una nueva edición y considerablemente aumentada de la obra alemana.

A fin de completar los juicios del autor en lo que concierne a las bibliotecas francesas, nos hemos permitido hacer al texto original algunas adiciones que se encontrarán indicadas por un asterisco. (1)

Que nos sea permitido agradecer aquí a las diversas personas que nos han ayudado en nuestro trabajo, en particular al Dr. GRAESEL que nos ha provisto con gran complacencia de todas las reseñas que nos eran necesarias, y que se dió la molestia de revisar personalmente nuestra traducción, y a M. PASCAL, arquitecto de la Biblio-

(1) Los pasajes precedidos de dos asteriscos son los que hemos tomado de la traducción italiana del señor Dr. CAPRA, bibliotecario de la Universidad de Cagliari.

NOTA.—En esta traducción castellana no hemos separado por asteriscos los pasajes de que habla el párrafo anterior de esta nota, ni las adiciones que se mencionan en el texto [L. I. S. A.]

teca Nacional, que nos ha suministrado interesantes detalles sobre el ante-proyecto de construcción que propuso para la conclusión de este gran establecimiento.

Debemos mucho también a las claras advertencias de nuestro colega y amigo M. A. FÉCAMP, bibliotecario de la Universidad de Montpellier, como así mismo a la bondad de nuestro editor M. H. WELTER.

Al terminar rogamos al señor Conservador de la Biblioteca de la Universidad de la Sorbona, quiera tener la seguridad de nuestra sincera gratitud. No contento con sólo haber sido el instigador de nuestro trabajo, ha tenido aún la bondad de seguirlo, por así decirlo, paso a paso, poniendo a nuestra disposición su gran experiencia y su vasta preparación bibliográfica; le quedamos reconocidos profundamente por las observaciones que quiso hacernos, no menos que por los preciosos consejos que no cesó de darnos.

1.º de Febrero de 1897.

Jules LAUDE.

PREFACIO DEL AUTOR

Para la edición francesa

Este Manual de Biblioteconomía no es, como podría creerse, una simple traducción de los *Grundzüge der Bibliothekslehre* aparecido en Leipzig hace cinco años. Las numerosas correcciones e importantes adiciones hechas al texto primitivo permiten considerar esta edición francesa como una nueva edición. Todos los capítulos han sufrido numerosas adiciones y algunos han sido aumentados considerablemente; pero es en las notas donde particularmente se ha efectuado nuestro trabajo de revisión. Por una parte hemos completado y puesto al día las indicaciones bibliográficas; por otra, hemos enriquecido, así lo esperamos, con observaciones nuevas e instructivas el comentario de la obra.

Permítasenos, al terminar, agradecer al señor J. LAUDE su excelente traducción y al señor H. WELTER su voluntad para editar el libro.

Berlín, 4 de Septiembre de 1895.

DR. A. GRAESEL.

El prefacio anterior apareció, hace un año y medio, a la cabeza de la primera entrega del Manual. Desde entonces muchos trabajos relativos a las diversas cuestiones tratadas en nuestra obra se han publicado en Francia y en el extranjero. A fin de ser completos en lo posible, los hemos señalado en nuestras *notas complementarias* que se encontrarán al fin del volúmen y que están al día hasta el mes de Febrero de 1897. [1]

Berlín, 14 de Marzo de 1897.

DR. A. GRAESEL.

PREFACIO

Puesto por el autor a la cabeza de la edición alemana

La obra que ahora publicamos, en parte a lo menos, no es más que una ampliación del *Katechismus der Bibliothekenlehre* de PETZHOLDT. Desde la época de su publicación el *Katechismus* no había sufrido ninguna modificación de impor-

(1) Las notas complementarias, en esta edición castellana, las hemos incorporado en el texto mismo de la obra.

tancia. En la tercera edición de 1877, el autor no hizo más que reproducir su trabajo de 1856, sin tomar en cuenta los progresos alcanzados por la biblioteconomía en estos últimos años. La obra así corría el riesgo, hasta cierto punto, de prescribir. Para rejuvenecerla y ponerla al corriente de los progresos actuales de la ciencia, era entonces necesario refundirla enteramente; es esto lo que hemos tratado de hacer en este Manual.

Doble preocupación nos ha guiado en nuestro trabajo: ser claros, a fin de que la nueva obra esté, como su antecesora, al alcance de todos; ser completos, a fin de que en ausencia de un manual de biblioteconomía moderno, realmente científico, el nuestro llene este vacío, y que las personas que no se satisfacen con sólo tener nociones de biblioteconomía general, sino aún conocer, en detalle, los trabajos publicados desde hace una cincuentena de años sobre la ciencia de que nos ocupamos, puedan encontrar todas las reseñas que necesiten.

Desde luego, como lo hemos dicho, nos hemos esforzado por ser claros, pero no hemos creído que para alcanzarlo sea necesario conservar la forma dialogada que emplea PETZ-

HOLDT. El sistema de preguntas y respuestas facilita, indudablemente, la exposición de las materias y las pone al alcance de todas las inteligencias, pero con la condición de que las respuestas sean cortas y precisas y alternen con las preguntas de un modo rápido. Si, al contrario, cada respuesta constituye una larga disertación desarrollada con gran acopio de argumentos científicos, el método catequístico pierde todas sus ventajas y no se le puede considerar sino como un simple artificio de redacción. Por esto nosotros hemos renunciado y con tanta más razón cuanto que estamos obligados a modificar por completo el plan seguido en el *Katechismus*. Como lo veremos más adelante, PETZHOLDT dividía su trabajo en dos partes distintas: una tenía por objeto la organización de las bibliotecas y la otra, su administración. Esta división tuvo por consecuencia forzar al autor a repetir la exposición de ciertas cuestiones en tres o cuatro pasajes diferentes. Es así, por ejemplo, como la cuestión de los edificios de las bibliotecas se encuentra tratada en las preguntas 4-6 y 36, la del presupuesto en las 9-12, 38, 45, etc., etc... Además que obliga a frecuentes repeticiones, esta dispersión de materias no es,

como se comprenderá, de las más favorables a la claridad. Abandonando la división adoptada por PETZHOLDT, hemos podido remediar este inconveniente y condensar cada materia en un capítulo netamente determinado.

Para realizar el segundo fin que nos hemos propuesto, el de ser completos, hemos desde luego pasado revista, en la introducción, a los más importantes tratados de biblioteconomía y a los principales periódicos consagrados al estudio de esta ciencia, lo que PETZHOLDT descuidó, y hemos agregado en seguida al trabajo de nuestro predecesor una cantidad de notas, en las que se encontrará una bibliografía detallada de cada materia y particularmente la indicación de la mayoría de los artículos de biblioteconomía publicados en los periódicos especiales de Alemania y del extranjero. Ciertas notas constituyen en sí, en razón de su extensión, verdaderas disertaciones en las que hemos tratado a fondo diversas cuestiones de biblioteconomía de la más alta importancia.

No sólo no nos hemos contentado con modificar el plan del *Katechismus*, sino también lo hemos renovado, como quiera que ciertas partes de nuestro trabajo pueden considerarse co-

mo absolutamente nuevas. Los capítulos consagrados a la construcción y a los empleados de la biblioteca, á los catálogos, a la colocación y conservación de los libros, a los registros, etc., etc., están en este caso. Es justo, sin embargo, confesar que hemos podido conservar un número considerable de pasajes. Es así, por ejemplo, que todo lo que decimos en nuestro manual, del bibliotecario y de la encuadernación de libros, de la intercalación de las nuevas adquisiciones y del uso de la biblioteca no es, salvo algunas adiciones ó modificaciones, sino la reproducción de los párrafos consagrados al estudio de estas cuestiones en el *Katechismus*.

Debemos a diversas personas interesantes noticias, que se leerán más adelante, sobre las nuevas bibliotecas construídas en Alemania, como asimismo a los señores Directores de bibliotecas a quienes nos hemos dirigido, los cuales se han puesto con toda complacencia a nuestra disposición para todos los datos que podíamos necesitar. Nos haremos un deber de citar los nombres de unos y otros, a medida que la ocasión se presente, permitiéndonos agradecer aquí los servicios que nos han prestado.

Para facilitar el uso de nuestro manual le

hemos hecho un índice alfabético que permitirá a los lectores encontrar rápidamente las diversas materias tratadas en el texto o en las notas así como las indicaciones relativas a las obras citadas.

Que pueda esta obra, editada con tanta atención por la librería Weber, ser acogida favorablemente por el público; deseamos que contribuya en modesta parte a hacer conocer mejor la misión de las bibliotecas y el fin que persiguen, y que haga apreciar en su justo valor los trabajos acometidos en nuestros días en el dominio de la Biblioteconomía.

Halle, Septiembre de 1890.

DR. ARNIM GRAESEL.



INTRODUCCION

§ I.

Origen y significación de la palabra Biblioteca.

La palabra biblioteca es, como se sabe, derivada del griego (*biblion*, libro y *theke*, armario). Hasta el siglo XVII en Francia raras veces se empleó; de preferencia se usaba la palabra librería (derivada del latín «*libraria*»). Por eso es que a la Biblioteca de Carlos V, depositada en el Louvre, se llamaba la «*Librería del Louvre*» y al bibliotecario del rey se le decía «*maître de la librairie*» (1). Hoy día la palabra «*librería*»

(1) Citaremos también los ejemplos siguientes extraídos del Diccionario de LITTRÉ. En el siglo XV: «*Et s'en allerent en grand tumulte au collège de Navarre et là pillerent et robberent ce qu'ils trouverent excepté la librairie*». IUV. DES URSINS. Charles VI, 1418.—En el siglo XVI: «*Ceux desquels la suffisance (le mérite) loge en leurs sumptueuses librairies*». MONTAIGNE, I, 144.—«*Comment Pantagruel vint à Paris et des beaux livres de la librairie de Saint-Victor*». RABELAIS, II, 7.—El cargo de «*maître de la librairie*» fué creado por FRANCISCO I en favor de Guillermo BUDÉ.

no se emplea sino para designar el almacén donde se expenden los libros, la profesión del librero, o el comercio mismo de los libros. (1)

Tomada en su sentido más estricto, la palabra «biblioteca» significa solamente: el lugar donde se guardan los libros; pero por extensión y desde su origen, la costumbre ha designado con este nombre, no sólo los locales destinados a la conservación de los libros, sino también el conjunto de colecciones que aquéllas contienen.

La reunión de un número bastante considerable de libros, forma la biblioteca. *Pompejus Vestus* nos lo dice de un modo categórico en su tratado *De Verborum significatione*: «*Bibliothecae et apud Graecos et apud Latinos tam librorum magnus per se numerus quam locus ipse, in quo libri collocati sunt, appellantur*» (2).

Es más difícil de lo que puede creerse a primera vista definir el sentido exacto y completo

(1) En inglés, *library* designa siempre una biblioteca, y *librarian* significa bibliotecario.

(2) Justus LIPSIUS, *De Bibliothecis syntagma*, cap. I (reproducido por MADER) distingue hasta tres acepciones de la palabra «biblioteca»: «*Bibliotheca tria significat, locum, armarium, libros.*—Graeca vox—agrega—Latinis in usum etiam venit, et quamquam *librariam* dicunt, tamen magis est ea voce *tabernam* capi, in qua venales

de la palabra «biblioteca.» Hasta hoy todos los maestros de la ciencia bibliográfica han dado de ella explicaciones más o menos diferentes; pero no hay todavía una definición precisa y aceptada por todos. En la obra que publicó, hace más de doscientos años, JOH. GE. ZIHN respondiendo a AD. GRUBER intitulada «*Disputatio de bibliothecis*» (Lipsiae, 1678, in 4.º) encontramos la definición siguiente: “*Bibliotheca significat nobis magnum librorum numerum, et est thesaurus literarius, in quo optimorum auctorum libri reconduuntur, universæ republicæ et privatorum incommodis inserviens*”.—Creemos que es inútil insistir sobre el defecto que presenta esta explicación: desde luego las cualidades necesarias que constituyen la bondad de un libro son esencialmente inciertas y variables puesto que dependen del espíritu y la tendencia de los tiempos, y, abstracción hecha de esta circunstancia, es evidente que nadie pensaría hoy en

libri exstant». Por fin, un pasaje del *Onomasticon* de POLLUX (lib. IX, cap. V), ya citado por LOMEIER dice que, lo mismo en griego, la palabra biblioteca no está lejos, en su origen, de significar igualmente un comercio de libros. «Sobre la palabra biblioteca, véase en particular C. HABERLIN, *Beitrage zur Kenntnis des antiken Bibliotheks- und Buchwesens*, III. «Zur griechischen Buchterminologie.» *Centralblatt f. B.*, a. VII, 1890, p. 271.

rehusar el nombre de "biblioteca" a una colección de libros, aunque esta colección no fuese sino compuesta de obras las más inútiles, las peores y las más vulgares de los escritores más mediocres.

El mismo SCHRETTINGER en su obra, que apreciaremos más adelante, incluye en su definición la idea de cantidad: "Una biblioteca, dice, es una reunión considerable de libros; debe estar organizada de manera que cada consultor pueda sin pérdida de tiempo encontrar en ella cualesquiera de las obras que allí se conserven", y ZOLLER, en fin, en su primer ensayo de explicación, pretende que el concepto de "biblioteca" implica únicamente la idea de un gran número de libros. Creemos que esto es un error. En efecto, existen colecciones poco considerables, de apariencia insignificante, pero de gran valor, a las que siempre se ha dado el nombre de biblioteca. En la segunda parte de su definición SCHRETTINGER insiste sobre la necesidad de que cada consultor pueda procurarse rápidamente la obra que necesita. Este punto de vista es de gran importancia para quien desea juzgar la organización de una biblioteca, pero es preciso reconocer que para aquel cuyo objeto es única-

mente determinar el sentido de la palabra "biblioteca", ello es una particularidad completamente secundaria. En los comentarios que él agrega a su definición, SCHRETTINGER trata todavía de hacer entrar en el concepto de "biblioteca", la idea de organización. Se le puede objetar, como lo ha hecho ya un crítico de su tiempo, que la acepción corriente de la palabra no justifica en nada aquella pretensión.

Sin embargo, dos bibliógrafos han aprobado la teoría de SCHRETTINGER: CONSTANTIN, en su manual de biblioteconomía, y muy especialmente NAUMANN en su artículo del *Serapeum*.⁽¹⁾ «La
« idea de una organización y de una adminis-
« tración sistemáticas y razonadas, dice este úl-
« timo en su análisis de los *Umrisse* de ZOLLER,
« se presenta naturalmente al espíritu cuando
« se habla de una biblioteca desde el punto de
« vista científico (es cosa muy distinta cuando
« se habla de ella en el lenguaje corriente). El
« concepto de biblioteca encierra un elemento
« intelectual que le es inseparable: los libros no
« son otra cosa que un producto de la inteligen-

(1) *Serapeum*, VII, 1846, págs. 370-371.



« cia humana, y por esta razón sólo posee una
« biblioteca aquel que reuniéndolos persigue un
« fin intelectual. El librero, por ejemplo, que
« no ve en los libros sino una mercadería, un
« objeto de comercio, no posee una biblioteca
« sino simplemente un almacén de libros. A no-
« sotros nos parece también que la palabra «bi-
« blioteca» tiene por principal objeto el estudio
« de las ciencias, que persigue un fin intelec-
« tual, que está destinada a servir al progreso
« del espíritu humano y al desarrollo de la cul-
« tura científica y que debe estar organizada y
« administrada de manera de satisfacer esas
« múltiples necesidades».

Para refutar las conclusiones de NAUMANN basta hacer notar que cuando se quiere dar la definición de una palabra cualquiera, es preciso considerarla en todas sus acepciones y no en una sola. Ahora bien, NAUMANN no juzga el concepto de biblioteca sino desde el punto de vista puramente científico. Jules PETZHOLDT, al contrario, insistió siempre, y las primeras ediciones de su *Cathecisme* suministran la prueba, sobre la idea de colección. «Si hay razón, dice, « para no dar el nombre de biblioteca a un con-
« junto cualquiera y sin orden de libros sino

« para atribuir siempre más o menos la idea de
« una colección de libros bien ordenada y de
« cierto valor, es menester sin embargo no per-
« der de vista que las nociones de cantidad y de
« organización no son elementos esenciales para
« su definición. Una biblioteca es pura y sim-
« plemente una colección de libros destinada a
« ser conservada y utilizada. Basados en esta
« definición no estamos obligados a dar el nom-
« bre de biblioteca a un conjunto de libros úni-
« camente porque es una colección importante
« y bien organizada; además es fácil distinguir
« con exactitud una biblioteca de una librería o
« de un depósito cualquiera de libros. En fin, no
« se debe rehusar el título de biblioteca a colec-
« ciones de libros que lo merecen con perfecto
« derecho, bajo pretexto de que están en desor-
« den o no contienen más que un número pe-
« queño de obras». Sin embargo, ZOLLER nota
con justicia, que la idea de colección, sobre la
que únicamente PETZHOLDT insiste, es también
la que guía a los libreros. Cuanto a la conser-
vación de los libros para el porvenir, eso es un
fin que sólo las bibliotecas públicas se proponen
constantemente. Más tarde, ZOLLER mismo dió
otra definición en el *Serapeum* (a. IX, 1848,

p. 131)⁽¹⁾ que debía, en su concepto, ser aceptada por todos. Héla aquí: «Una biblioteca es una colección de libros formada sin ningún propósito mercantil, con el único objeto de servir al desarrollo de la cultura intelectual, a trabajos particulares o a los estudios de una sociedad más o menos numerosa. Una colección de este género recibe el nombre de biblioteca del lugar mismo en que se encuentra conservada». Pero esta misma definición es defectuosa, porque no comprende las bibliotecas organizadas únicamente para servir de pasatiempo.

Dejando de lado toda idea de organización u otra cualquiera, nos limitaremos a decir que una biblioteca es una colección de libros destinada al uso público o privado⁽²⁾. Además, no se debe olvidar que para que una biblioteca satisfaga su doble objeto, que es conservar los li-

(1) Véase también F. EICHLER, *Begriff und Aufgabe der Bibliothekswissenschaft. Vortrag.* Leipzig, 1896.

(2) En su obra *Ueber Bibliothekswissenschaft* (p. 19), MOLBECH insiste igualmente en la necesidad que hay de que los libros estén colocados en orden para que una biblioteca sea verdaderamente digna de este nombre. «Un conjunto cualquiera de libros, dice, apilados en cajas, puestos como montones de leña, o reunidos como mercadería, no constituye una biblioteca. Esta no existe realmente sino cuando la colección más o menos considerable de libros se encuentra arreglada en una o varias salas con un fin determinado».

bros y facilitar su uso a los consultores, es preciso que ella sea no sólo bien organizada sino también tan considerable como posible sea. Efectivamente no se puede obtener de ella provecho real sino cuando los servicios que presta son verdaderamente importantes.

§ II.

De la ciencia de las bibliotecas en general.

Las cuestiones teóricas que pueden suscitarse a propósito de las bibliotecas, la historia de todo lo que a ellas se refiere de un modo general y la historia de las colecciones especiales de libros en particular, constituyen el objeto de una ciencia propia que es la “ciencia de las bibliotecas.” (1)

Así como cada ciencia forma un conjunto de conocimientos homogéneos, separado del resto de los conocimientos humanos, y ordenado según ciertos principios, así la ciencia en que nos

(1) SCHRETTINGER, es el primero que ha usado esta frase: *Bibliothekwissenschaft*.

ocupamos constituye el conjunto sistemático de todos los conocimientos relativos a la biblioteca.

Se divide en dos partes: la *biblioteconomía* y la *bibliotecografía*.

La *biblioteconomía* considera las bibliotecas en cuanto forman colecciones de libros, pero desde un punto de vista en cierto modo general; mientras que la *bibliotecografía* las estima sólo en cuanto colecciones determinadas que han existido o que existen hoy todavía.

La biblioteconomía y la bibliotecografía tienen igual importancia y se ligan por los lazos más estrechos.

No sin sorpresa se ha visto que diferentes sabios y entre otros ZOLLER⁽¹⁾ protestan contra esta división tan clara y tan comprensible. Para ZOLLER, como antes para EBERT y MOLBECH, la ciencia de las bibliotecas no es otra cosa que la ciencia de la organización y administración de las bibliotecas, el conjunto de los principios suministrados por la práctica de las diferentes bibliotecas. Este concepto corresponde en substancia a lo que entendemos por "bibliotecono-

(1) Serapeum, a. IX, 1848, pp. 131-132.

mía." En efecto, como ya lo hemos dicho, la biblioteconomía tiene por objeto el estudio de las bibliotecas desde un punto de vista general y forma el conjunto de los conocimientos teóricos y prácticos que es necesario poseer para estar en aptitud de dirigir una biblioteca.

Para convencerse de que nuestra división está plenamente justificada, basta considerar la importancia que ZOLLER mismo atribuye a la bibliotecografía. «La antigüedad y la extensión
« de la bibliotecografía, dice, no le dan, sin embargo, el derecho de pretender el título de
« ciencia de las bibliotecas; empero, no queremos tampoco subordinar la primera a la
« segunda o considerarla sólo como una parte accesoria de ésta. La bibliotecografía tiene
« derecho a un estudio especial e independiente, y la prueba es que ella puede suministrar
« numerosos ejemplos a aquellos que estudian
« la ciencia de las bibliotecas.»

Pero, qué resulta de esto? Que la bibliotecografía traspasa los límites que le están reservados y se eleva sin razón plausible al rango de ciencia independiente. Para nosotros, al contrario, ella es a la vez distinta y parte integrante de la ciencia de las bibliotecas, la que, como la juris-

prudencia o la historia natural se divide así en dos ramas: la bibliotecografía, parte empírica (histórica) y la biblioteconomía, parte apriorística. (1)

§ III.

De la biblioteconomía en particular

Desde los trabajos de EBERT, se acostumbra dividir la biblioteconomía en dos partes absolutamente distintas: la primera que tiene por objeto la *organización*; la segunda la *administración* de las bibliotecas. PETZHOLDT mismo ha adoptado esta división en su *Catecismo*. Según esta división, la organización comprende: la

(1) Véase PETZHOLDT, «Ueber Bibliothekwissenschaft und Bibliothekenlehre» en el *Anzeiger*, a. 1851, n.º 1.—Para la bibliotecografía podría proponerse el siguiente esquema:

I Introducción—Bibliografía—Clasificación de las bibliotecas.

II Historia y estadística de las bibliotecas públicas.

1. Por épocas.

2. Por países.

III Historia y Estadística de las bibliotecas privadas.

IV Biografías de los bibliotecarios.

Entre los más recientes trabajos de bibliografía mencionaremos: P. E. RICHTER, *Verzeichniss der Bibliotheken mit gegen 50,000 und mehr Bänden*. Th. 1. 2. Leipzig, 1894.—J. G. WILSON, *The world's largest libraries*. New York, 1894.—R. KUKULA, «Statistik der wichtigsten ausserdeutschen Bibliotheken der Erde», *Centralblatt f. B.*, XI, 1894, p. 111-124; XII, 1895, p. 311-326.

Véase en la nota siguiente las divisiones de la biblioteconomía.

fundación de la biblioteca, la adquisición de los libros, su inscripción en el catálogo y su colocación; mientras que la administración, después de un capítulo preliminar sobre los empleados, trata particularmente de la conservación de las bibliotecas, de su mantenimiento y de su uso. (1)

¿Esta división corresponde completamente a

(1) Esta es la división propuesta por EBERT en la *Encyclopädie* de ERSCH y GRUBER, art. «Bibliothekswissenschaft,» y también por PETZHOLDT en las primeras ediciones de su *Catecismo*. ZOLLER, que se ha inspirado en estos dos autores, propone dividir la biblioteconomía en la forma siguiente:

Introducción: Definición.—Objeto y medios de obtenerla.—Historia de la biblioteconomía.

I. Fundación de la biblioteca.

1. El local.
2. El material.
 - a. Colocación.—b. Inventario.
3. Los catálogos.

Apéndice.—Trabajos suplementarios.

II. Administración.—Presupuestos.

1. Administración interior.
 - a. Conservación de la biblioteca.
 - b. Adquisiciones.
 - c. Personal.—En general.—Preparación á la profesión de bibliotecario.—Trabajos de los bibliotecarios.
2. Acción exterior de la biblioteca.—Uso de la biblioteca.

Fin: Reglamentos.

V. ZOLLER, *Die Bibliothekswissenschaft im Umriss*, p. 7. Del mismo: «Die Bibliothekswissenschaft» en el *Serapeum*, IX, 1848, p. 287. Consúltese también un «Synopsis of library economy,» notable trabajo, propuesto, en 1853, al Congreso de Bibliotecarios de la América del Norte y reproducido en el *Anzeiger* de PETZHOLDT, a. 1854, n.º 27.

la realidad? ¿Puede justificarse en la práctica? «Sus partidarios mismos se ven obligados a confesar que en la práctica, la organización y la administración de las bibliotecas no pueden estar tan rigurosamente separadas y que constantemente se confunden más o menos; en realidad, en el momento en que debe comenzar la administración de la biblioteca, la organización no puede estar definitivamente terminada, y, a decir verdad, no lo está jamás de un modo completo ya que la administración misma no es en parte más que una especie de organización perpetua. No habrá, pues, en la práctica, sino muy pocas bibliotecas que aguarden tranquilamente que su organización esté absolutamente terminada para dar signos de vida y prestar servicios bajo la dirección de su administrador». Ahora bien, puesto que hay necesidad de aceptar que en la práctica la administración y la organización no pueden estar separadas y que la división propuesta es puramente teórica, creemos que lo mejor será rechazarla. El rol de la administración comienza en efecto con la fundación misma de la biblioteca y se continúa mientras que ésta procede a su organización. Todas las medidas de esta organización, tales

como la redacción del catálogo, el arreglo y la numeración de los libros son materia de administración, del mismo modo que el servicio de préstamo o el de adquisiciones, y vice-versa, en una biblioteca que está en vía de formación, esta parte de la administración se confunde totalmente con el servicio de organización.

Anteriormente, J. PETZOLDT, había propuesto, en el *Serapeum* ⁽¹⁾, otra división: dividía la biblioteconomía en dos partes principales, una tenía por objeto la colección misma de los libros, y la otra el lugar que se les destinaba, juntando a la primera parte la organización y administración.

Las críticas que hemos hecho a las anteriores divisiones, son aplicables igualmente a esta última; la rechazaremos y consideraremos la biblioteconomía en dos partes distintas.

En la primera, nos ocuparemos de las construcciones, de los empleados y del presupuesto de la biblioteca, es decir, de las condiciones primordiales indispensables y fundamentales de su existencia.

La segunda la consagraremos al estudio de la

(1) *Serapeum*, a. II, 1841, págs. 61-62.

colección misma de los libros mirada desde el triple punto de vista de su creación, de las adquisiciones y de su uso (1).

Es muy fácil darse cuenta que, en este esquema basado en la experiencia, todas las cuestiones se clasifican naturalmente y con la más grande facilidad, sin que haya entre la práctica y la teoría contradicción alguna. Pero antes de emprender este trabajo pasaremos rápidamente revista a las obras en que se ha estudiado la biblioteconomía.

§ IV

Tratados de biblioteconomía

Es en vano que busquemos entre los escritores que hasta hoy se han ocupado de biblioteco-

(1) E. FÖRSTEMANN, «Die Verbindung zwischen den Deutschen Bibliotheken» (*Centralblatt*, a. I, 1884, pág. 7 y 8), considera la existencia de una biblioteca desde un triple punto de vista: 1.º la organización (es decir todo lo que se relaciona con el local, el personal, los sistemas científicos, los catálogos, etc...); 2.º las adquisiciones; 3.º el uso de la biblioteca. Cuando se expone la biblioteconomía de un modo metódico, es bueno dividirla en dos partes: la primera, en algún modo exterior, tratando del edificio, del personal y del presupuesto; la segunda, consagrada más particularmente a la colección misma de los libros. De este modo el esquema gana no solamente en claridad, sino que también la segunda parte forma un todo más autónomo y distinto.

nomía, un sumario crítico y metódico de las obras, tan numerosas, que se han dedicado al estudio de esta ciencia. MOLBECH mismo, en su trabajo, tan útil por lo demás, no cita sino un pequeño número de autores, y aún de una manera accidental, en las anotaciones, y sin cuidarse de ningún modo de ser completo.

Es en el manual de SCHMIDT, aparecido en 1840 y titulado *Handbuch der Bibliothekwissenschaft, der Literatur-und Bücherkunde*, donde se encuentra por primera vez un índice detallado de las obras relativas a la biblioteconomía. Pero el primero que emprendió la tarea de escribir la historia literaria de esta ciencia, de un modo serio, fué Edmundo ZOLLER. En su apreciable obra, aparecida en 1846, *Die Bibliothekwissenschaft im Umriss* (1), pasa revista a los diferentes tratados que le eran conocidos y da sobre ellos un juicio razonado. Algunos años más tarde, en el *Serapeum* (a. 1848, 1850 y 1851), publicó una serie de artículos en los que se proponía estudiar, con más detenimiento y de una manera más detallada, los principales autores que han escrito

(1) Págs. 7-17. PETZHOLDT hizo diversas adiciones en el *Anzeiger*, a. 1846, pp. IX y siguientes.

sobre biblioteconomía; desgraciadamente no llega más allá del año 1635. Sin embargo, los fragmentos que nos ha dejado, aunque poco considerables, son extremadamente importantes y del más alto interés.

Cerca de veinte años más tarde, J. PETZOLDT, el viejo maestro de la bibliografía alemana, suministró, en el *Neuer Anzeiger für Bibliographie und Bibliothekwissenschaft*, 1864, los materiales preparatorios para una «*Bibliotheca Bibiothecaria*», crítica que debía, comenzando del siglo precedente, llegar hasta el año 1863. Como lo declaraba en su trabajo, tenía la intención, al momento de publicar su *Catecismo*, de enumerar en la introducción las obras de biblioteconomía más importantes y de indicar brevemente su valor respectivo; pero agregaba que, después de madura reflexión, le había parecido preferible diferir este proyecto en el temor que se pudiera creer que, colocando esta especie de resumen a la cabeza de su libro, tuviera la intención de recomendarlo. No se puede negar, sin embargo, que esta falta absoluta de reseñas bibliográficas deja en la obra un gran vacío. Era necesario llenarlo, procediendo a la refundición del *Catecismo*, sobre todo ahora que los temores ex-

perimentados por PETZOLDT no tienen ninguna razón de ser.

Seguiremos, en parte, en nuestro resumen crítico, a los dos maestros de que acabamos de hablar; pero, no deseando salir de los límites que nos hemos trazado, nos contentaremos con examinar en su orden cronológico los trabajos que únicamente lo merecen por su importancia. Para las otras indicaciones bibliográficas, lo mismo que para las aclaraciones y reseñas complementarias, nos remitimos a las notas de los diferentes capítulos de que consta nuestra obra. (1)

1. El *Philobiblon* de RICHARD DE BURY escrito a mediados del siglo XIV e impreso por primera vez en Colonia en 1473. En su *Anleitung für Bibliothekare*, SCHELHORN le dedica un gran elogio y dice que es la obra más antigua relativa a organización de las bibliotecas que nos sea conocida; agrega que, si se tiene en cuenta la época en que el autor ha vivido y escrito, se debe reconocer que sus reglas sobre los conocimien-

(1) Citamos aquí la enumeración alfabética de las obras consagradas á nuestra ciencia, dada por A. R. SPOFFORD en *Public libraries in the U. S. of America. Special Report. Bureau of Education*, Pte. I. p. 733-744, «Library bibliography».

tos y aptitudes que son necesarios a un hábil (bibliotecario) coleccionista de libros y a un administrador de biblioteca no son sin valor. (1)

(1) RICHARD AUNGERVYLE (ANGERVILLE) ordinariamente llamado RICHARD DE BURY, del nombre de su tierra natal, nació, según MORLEY en 1281 y según COCHERIS en 1287, en Bury St. Edmunds en el condado de Suffolk. Fue canciller y tesorero del reino bajo el reinado de Eduardo III; en seguida obispo de Durham (se le llama también por esta razón RICHARDUS DUNELMENSIS.) Murió el 14 de Abril de 1345. Bibliófilo apasionado, terminó poco antes de su muerte, según se cree, su *Philobiblon, seu de amore librorum*. Véase: E. S. VOGEL «Erinnerungen an einige verdienstvolle Bibliophilen des vierzehnten und fünfzehnten Jahrhundertst. I. RICHARD DE BURY.» (*Serapeum*, IV, 1843, p. 129-141, 154-160) donde se encuentran igualmente tratadas en detalle la cuestión de los manuscritos y la de las ediciones; véase asimismo: ZOLLER «Die Bibliothekwissenschaft» (*Serapeum*, XI, 1850, pp. 127-128). Además de las antiguas ediciones que se mencionan citaremos aquí la traducción inglesa (de JOHN B. INGLIS) aparecida en 1832; la traducción francesa, con texto latino en frente, de Hipólito COCHERIS París, 1856; la edición americana de S. HAND (Albani 1861), hecha sobre las dos precedentes, y principalmente la última edición (texto y traducción) de ERNESTO C. THOMAS, Londres 1888. Véase también E. C. THOMAS, «Richard de Bury and his editors» (*The library chronicle*, vol. I, 1884, pp. 148-153, 170-173). Del mismo, «The manuscripts of the Philobiblon» (*ibid.*, vol. II, 1885, p. 129-137). G. KAUFMANN, «Zu dem Philobiblon RICHARDS DE BURY» (*Centralblatt f. B. a.* VI, 1889, p. 337-347). MORLEY ha hecho un juicio exacto sobre RICHARD DE BURY, *English writers*, vol. IV, Londres, 1889, p. 38-58. E. C. THOMAS, varias veces citado, y que conocía muy bien el *Philobiblon* se preguntaba si era menester realmente atribuir la paternidad a RICHARD DE BURY, en un artículo de *The library*, vol. I, 1889, p. 335-340, titulado: «Was Richard de Bury an impostor?» El mismo autor da la fecha de 1287 como la del nacimiento de R. de BURY: «El *Dictionary of National Biography*, dice: —N.º 1, p. XII de la introducción a su edición del *Philobiblon*— si

ZOLLER considera que ha dado, en el *Philobiblon*, pruebas de un tan noble amor a los libros, de tan profunda inteligencia de lo que debe ser una biblioteca, que cree un deber atribuir a esta obra el mérito de haber establecido los primeros fundamentos de la biblioteconomía. De todas maneras, aunque se ponga en duda que el obispo de Durham sea el verdadero autor, este venerable librito merece en absoluto los elogios que se le han prodigado.

2. *Advis pour dresser une bibliothèque* (París 1627). Este excelente tratadito de biblioteconomía fue escrito por Gabriel NAUDÉ (1) en-

guiendo a la *Enciclopedia Británica* y a la *Biografía Británica*, da la fecha de 1281; pero esto es un error basado en una lectura errónea de la nota final del ejemplar Cottoniano.» En todo caso, según C. THOMAS, el padre de R. DE BURY fue sir RICHARD AUNGERVILLE «un caballero cuyos antepasados habían venido a Inglaterra a la siga de GUILLERMO EL CONQUISTADOR». En fin, en un postscriptum a su introducción, tan rica en reseñas biográficas y bibliográficas concernientes a R. DE BURY y su obra, THOMAS hace mención (p. XLVI-XLVII) del pasaje de ADAN DE MURIMUTH, contemporáneo de R. DE BURY, pasaje citado por primera vez por C. MAUNDE THOMPSON, y que da de R. DE BURY una idea diferente de las que hasta hoy han prevalecido.

(1) NAUDÉ, nacido en París en 1600, muerto en Abbeville en 1653, fue al mismo tiempo que un apasionado bibliófilo, uno de los hombres más sabios de su siglo. El fue quien, por primera vez en Francia, hizo accesible al público una gran biblioteca, la biblioteca Mazarina, en una época en que no había más que tres bibliotecas abiertas al público: la Ambrosiana de Milán, la Angélica de

tonces estudiante de medicina, cuando a los 25 o 26 años de edad, trabajaba en el catálogo de la biblioteca del presidente MESME. Más tarde tuvo ocasión, como bibliotecario de la Biblioteca Mazarina, de poner en práctica los principios que había expuesto en su *Advis*. La edición de 1644 ha sido reimpresa en París en 1876 y la obra, por esto, es ahora accesible a un mayor número de lectores. Este pequeño libro, a lo menos en sus datos esenciales, no ha envejecido; es el punto de partida de los trabajos que han abierto la vía a la biblioteconomía y, aún hoy día, nadie de los que se dediquen al estudio de esta ciencia deberá desconocerlo.

3. Los principales tratados de biblioteconomía y sobre todo de bibliotecografía de los siglos XVI y XVII han sido reimpressos en dos

Roma, fundada por Angel Rocca, y la Bodleiana de Oxford. NAUDÉ organizó también las bibliotecas de los cardenales BAGNI y BARBERINI y la de la reina CRISTINA de Suecia. La *Maderianae collectionis accessio nova* (Helmstadi 1703) ha publicado una traducción latina de su obra. En el *Serapeum*, (XI, 1850, pp. 139-143), ZOLLER ha hecho un análisis minucioso del *Advis*, acompañándolo de un juicio sobre el autor. SCHELHORN dice (I, p. 73): «Un bibliotecario « que no conoce a NAUDÉ, que no conoce sus obras, por raras que « sean, y que no lo busque para aprovecharlo, no merece ser llamado bibliotecario hábil y poseedor de los conocimientos necesarios para las funciones que llena.»

colecciones. Hé aquí el título de la primera: *De bibliothecis atque archivis virorum clarissimorum libelli et commentationes. Cum praefatione de scriptis et bibliothecis antediluvianis antehac edidit Joachimus Joan. Maderus* (Helmstadi, 1666) *secundam editionem curavit* (Jo) *A(ndreas) S(chmidt)* (Helmstadi 1702) con dos *Accesiones* publicadas en 1703 y 1705. La segunda colección tiene por título *Sylloge aliquot scriptorum de bene ordinanda et ornanda bibliotheca studio et opera Jo. Davidis Koeleri* (Francofurti, 1728). Más adelante, en nuestro capítulo sobre el catálogo científico, volveremos a ocuparnos de algunos de estos escritos ⁽¹⁾; nos parece suficiente mencionar aquí, aunque se relacione más con la bibliotecografía, la obra de JOH. LOMEIER, *De bibliothecis liber singularis*, que ha sido impresa aparte y ha tenido varias ediciones, cuya primera apareció en Zutphen en 1669.

4. Dejando de lado *Die Anleitung für Bibliothekare und Archivare* de J. G. SCHELHORN ⁽²⁾ que

(1) Volveremos a hablar de las dos obras de Joa. GARNERIUS (GARNIER) y de Fr. ROSTGAARD.

(2) La obra de SCHELHORN apareció en Ulm de 1788 a 1791. Está hecha desde un punto de vista muy exclusivo para ser considerada como una obra completa o simplemente, como lo desea el autor, como «introducción compendiada». Nos bastará, para justificar

se ocupa casi exclusivamente del conocimiento de los libros y toca apenas la biblioteconomía, citamos en seguida la obra de Albert Christophe KAISER: *Ueber die Manipulation bei der Einrichtung einer Bibliothek und der Verfertigung der Bücherverzeichnisse* (Bayreuth, 1790). Esta obra, tenida en grande estima por EBERT, quien le discernía el título de clásica y recomendaba su estudio a todo bibliotecario, ha perdido mucho su importancia, a nuestro juicio con razón, después de los trabajos de PETZHOLDT y de ZOLLER.

5. No sucede lo mismo con la obra de Federico Adolfo EBERT ⁽¹⁾ intitulada *Ueber öffentliche*

nuestra opinión, dar en seguida los títulos de los capítulos: I De los libros más importantes, particularmente útiles y frecuentemente indispensables a un bibliotecario; II De algunos otros trabajos especiales igualmente útiles a los bibliotecarios; III De las bibliotecas, conocimientos que los bibliotecarios deben poseer para su dominio; IV De los manuscritos que se conservan y que merecen ser conservados en las bibliotecas; V De los libros impresos y su valor (del conocimiento de los libros y de los medios de llegar a conocerlos, de los libros raros, incunables, ediciones de la Biblia, autógrafos de LUTERO, padres de la Iglesia); VI (¡7 páginas!) De la fundación y de la organización de una biblioteca, de la manera de redactar los catálogos, con consejos al bibliotecario. El título del libro habría sido mejor *Anleitung zur Bücher- und Handschriftenkunde*. La obra debió tener una tercera parte destinada a los archiveros, pero no vio jamás la luz.

(1) F. A. EBERT, nació en Taucha, cerca de Leipzig, el 9 de Julio de 1791, (*Centralblatt, f. B.* VIII, p. 382). En 1800 siguió los cursos del Nikolaigymnasium en Leipzig y a partir de 1808, los de las

Bibliotheken besonders deutsche Universitätsbibliotheken, und Vorschläge zu einer zweckmässigen Einrichtung derselben (Freiberg, 1811). Esta obra de estreno, que el autor presentaba al público «no, decía, con una confianza presuntuosa, sino con tímida modestia», ha sido y será una de las obras maestras de la biblioteconomía. No podríamos elogiarla mejor, por fin, que relatando el juicio de PETZOLD: «Es este un librito precioso. Encontramos en él expuestos, con una claridad y modestia que hacen honor a este autor de veinte años, un conjunto de consejos e ideas de grande utilidad práctica, absolutamente nuevas para la época y que aún hoy día ofrecen al bibliotecario estudioso la ocasión de perfeccionar sus conocimientos.»

Universidades de Leipzig y de Wittenberg. En 1812 era «magister» y tomó parte, en 1813, en la reorganización de la biblioteca universitaria de Leipzig (no siendo más que colegial había sido empleado de la biblioteca de su aldea natal). En 1814 fue nombrado secretario de la Biblioteca Real de Dresde; en 1823, bibliotecario en jefe en Wolfenbüttel, de donde volvió a Dresde en 1825, para reemplazar al viejo bibliotecario BEIGEL. Llamado, en la misma época, a dirigir la biblioteca privada del rey, fue nombrado en 1826 consejero áulico y en 1828 bibliotecario en jefe. Murió allí por desgracia, para la ciencia, el 13 de noviembre de 1834, de resultas de una caída, en la biblioteca, de lo alto de una escala. Véase en la *Enciclopedia* de ERSCH y GRUBER, el artículo de FALKENSTEIN sobre EBERT, donde se encuentran indicados los títulos de sus obras.

6. El primer manual de biblioteconomía que sea verdaderamente digno de este nombre y en el cual se haya adoptado un orden sistemático es el *Versuch eines vollständigen Lehrbuches der Bibliothek-Wissenschaft* (München, 1808-1829, 2 vols.) de Martin SCHRETTINGER. (1) Comenzada antes del trabajo de EBERT, esta obra no se concluyó sino muchos años más tarde; está escrita en una forma prolija, pero presenta algunas contradicciones que se explican fácilmente si se considera que entre la impresión de la primera página y la última hay un espacio mayor de veinte años. El *Handbuch der Bibliothek-Wissenschaft* (Viena, 1834) del mismo autor, es más preciso y claro, y por la misma razón, se recomienda de preferencia a los principiantes. Está particularmente destinado a los eruditos que, sin ser bibliotecarios de profesión, desean clasi-

(1) Las primeras entregas del trabajo de SCHRETTINGER fueron analizadas y criticadas en *Oberdeutsche allgemeine Literaturzeitung*, 1808, N.º 73; en la *Neue Leipziger Literaturzeitung*, 1808, pieza 87, y en el *Heidelberger Jahrbücher der Lit.*, 3, a. 1810, fasc. 2, pp. 45 y sig. Del primer volumen (formado por las tres primeras entregas) se publicó una crítica, en 1821, en la *Jenaische allgemeine Literaturzeitung*, núms. 70-71. Era menos benévola que las precedentes. SCHRETTINGER la contestó en el segundo volumen. MOLBECH ha hecho de la obra entera un análisis. *Ueber Bibliothekwissenschaft, Anhang*, p. 231-248.

ficar por sí mismos sus libros, y puede también servir de guía a los que desean dar conferencias sobre la ciencia de las bibliotecas.

7. La obra de Cristián MOLBECH, aparecida en 1829 en danés⁽¹⁾ fué traducida al alemán cuatro años más tarde por RATJEN, con arreglo a la segunda edición danesa, bajo el título de *Ueber Bibliothekswissenschaft oder Einrichtung und Verwaltung öffentlicher Bibliotheken* (Leipzig, 1833). Con justo título esta obra ha adquirido el renombre de manual excelente, escrito por un hombre de juicio seguro y grande experiencia. Cuando apareció la primera edición, MOLBECH había servido veinticinco años el puesto de bibliotecario en la de Copenhague; tuvo la suerte de encontrar en RATJEN, entonces sub-bibliotecario en Kiel, un hábil traductor.

8. El *Handbuch der Bibliothekswissenschaft, der Literatur-und Bücherkunde* de Joh. Aug.

(1) El título danés era: *Om offentlige Bibliotheker, Bibliothekarere og det man har kaldet Bibliotheksvidenskab*. La obra fue publicada en primer lugar por la *Nordisk Tidsskrift for Historie, Literatur og Kunst*; apareció en seguida en las librerías con algunas correcciones y adiciones y un apéndice relativo al sistema de SCHRETTINGER y a sus teorías sobre el catálogo, lo mismo que a la biblioteca de la Universidad de Copenhague. Nacido en 1873, supernumerario en 1804, primer secretario de biblioteca en 1823, profesor de literatura en 1829, MOLBECH murió en Copenhague en 1857.

Fred. SCHMIDT (Weimar, 1840), no es, como lo indica el subtítulo, sino una exposición sumaria de la paleografía y del conocimiento de los manuscritos, de la historia de la imprenta y de la librería, de la bibliografía, de la biblioteografía y de la biblioteconomía y de los escritos histórico literarios y bibliográficos que se relacionan con estas ciencias. Como puede darse cuenta, este manual no tiene para nosotros más que un interés muy limitado. PETZOLDT lo llama «compilación de poco valor» y, desde el punto de vista rigurosamente científico, tiene plena razón. ZOLLER le aprecia sobre todo el índice bibliográfico donde se encuentran enumeradas las diferentes obras que acabamos de analizar. Este libro, dedicado en general a los que se interesan por las cosas literarias, y más particularmente a los bibliotecarios, a los libreros de viejo y a los impresores, puede aún servir para orientarse en los diferentes temas indicados en el subtítulo; pero la biblioteconomía que no está tratada sino en algunos párrafos, es absolutamente insuficiente para el que desea emprender un estudio un poco profundo de esta ciencia.

9. El fin que se ha propuesto Edmundo Zo-

LLER en su breve trabajo, pero de gran alcance, *Die Bibliothekwissenschaft im Umrisse* ⁽¹⁾ (Stuttgart, 1846), es de suma importancia científica. Se proponía llamar la atención de los que se interesasen en estos estudios especiales de la biblioteconomía, entonces abandonados, en la esperanza que las monografías que en adelante resultaran podrían contribuir algún día a edificar el monumento completo de esta ciencia. En un espacio restringido de 72 páginas, acumuló las observaciones más subjetivas y sabias y, con grande habilidad para la época en que escribía, supo mostrar al principiante en el estudio de la biblioteconomía, toda la extensión del camino que debía recorrer, indicándole al mismo tiempo, dónde le sería posible encontrar reseñas más detalladas sobre los temas que él mismo no hacía más que esbozar. Nosotros no podemos más que asociarnos al juicio de PETZ-HOLDT, declarando que este pequeño libro es

(1) PETZOLDT, en su *Anzeiger*, a. 1846. p. I-XVI, NAUMANN en el *Serapeum*, VII, 1846, p. 369-376, juzgan de un modo favorable el trabajo de ZOLLER; STENGLEIN (*Serapeum*, XVII, 145) declara que «si este librito es corto, es, por lo menos, excelente.» En los *Library aids* de GREEN (1883), p. 41, F. LEYPOLDT dice: It is proper to state here that Dr. Zoller is preparing a new enlarged edition». Desgraciadamente esta nueva edición no se ha publicado.

«uno de los más importantes trabajos que hayan aparecido sobre la biblioteconomía» Por desgracia, hoy día está completamente agotado.

10. Diez años después apareció el *Katechismus der Bibliothekenlehre. Anleitung zur Einrichtung und Verwaltung von Bibliotheken* por el Dr. JULIUS PETZHOLDT ⁽¹⁾ (Leipzig, 1856) destinado a suministrar indicaciones e instrucciones necesarias, no solamente a los que sin ninguna preparación especial desean mantener en orden sus propias bibliotecas, sino también y sobre todo a los que, obligados por su profesión a organizar y administrar bibliotecas públicas no han adquirido aún la práctica y los conocimientos indispensables a su oficio. Al contrario de las publicaciones anteriores, esta obra debía, de algún modo, agotar la materia y exponerla con tanto orden y claridad, que le fue

(1) Jules PETZHOLDT, nacido en Dresde el 25 de Noviembre de 1812, estudió filología en Leipzig bajo la dirección de G. HERMANN. En 1838 fue bibliotecario del príncipe JEAN, más tarde rey de Sajonia, y llenó en seguida las mismas funciones cerca del rey ALBERTO (1873). Jubiló en 1887 y murió en Dresde el 19 de Enero de 1891. Mr. V. MORTET le consagró un interesante artículo necrológico en la *Revue des Bibliothèques*, 1891, número 1, p. 26-29, y la *Rivista delle Biblioteche*, a. III, 1891, p. 93-95, 116-120, 180-182, publicó un ligero examen biográfico del célebre bibliotecario como asimismo la lista de sus trabajos. Véase aún el *Anzeiger*, a. 1863, números 602, 661, 793, 884; 1878, número 614; 1884, número 1184.

fácil encontrar inmediatamente la solución de todas las cuestiones que pudieran presentarse. El *Katechismus* tuvo un merecido éxito; tuvo una segunda edición en 1871, y una tercera en 1877. Con todo, en estas últimas ediciones, PETZOLDT no se dio cuenta de los progresos considerables hechos en nuestros días por la biblioteconomía y la obra corría el riesgo, por lo tanto, de llegar a ser completamente inútil; es por este motivo que hemos juzgado oportuno refundirla íntegramente. Hemos cambiado, no solamente el orden de las materias, sino también, como se ha dicho en el § III, suprimido la forma dialogada, que sirve de simple adorno exterior, sin base práctica y mas perjudicial que útil, por una exposición rigurosamente científica; en fin, las diferentes materias tratadas en la obra han sido estudiadas y profundizadas de nuevo.

11. Nada diremos de la *Bibliothekstechnik* (Leipzig, 1855) de Jean-Georges SEIZINGER ⁽¹⁾ que con razón merece las severas críticas que se le han

(1) La división adoptada en esta obra es muy defectuosa. Héla aquí: A. División y subdivisión de los libros; B. Manera de formar una biblioteca; C. Catálogos y obras de referencias; D. Reglas generales para el catálogo alfabético; E. Conservación y ad-

prodigado y sí mencionaremos la *Theorie und Praxis der Bibliothekswissenschaft. Grundlinien der Archivwissenschaft* (Dresden, 1863). Esta segunda obra no es en parte más que refundición considerablemente aumentada y, lo diremos, mejorada de la *Bibliothekstechnik*. El autor se proponía exponer la biblioteconomía en todos sus detalles, enumerando y desarrollando los principios fundamentales y las reglas, de acuerdo con la teoría y la práctica. Esta exposición pudo ser mejor tratada si no hubiese entre los diferentes capítulos del libro tanta desproporción; es así, por ejemplo, que toda la parte relativa a los diferentes sistemas bibliográficos, entre los cuales SEIZINGER no descuida mencionar el suyo, ha sido

ministración de una biblioteca. En el *Serapeum* (XVI, 1855, p. 356), RULAND, bibliotecario de Würzbourg, dijo de la *Bibliothekstechnik* que «a despecho de los elogios que se le hayan podido hacer, este es un trabajo mal hecho é inútil.» Igualmente en el *Serapeum* [XVII, 1856, p. 145-153] apareció bajo la firma de STENGLEIN, bibliotecario de Bamberg, un análisis detallado de la obra. El artículo se titulaba: Ueber Einrichtung und Katalogisirung der Bibliotheken mit besonderer Beziehung auf die Schrift «SEIZINGER [Joh. Georg.] Bibliothekstechnik.» STENGLEIN concluía expresando los votos porque Dios protegiera de semejante biblioteconomía a todos los bibliotecarios alemanes. Véase la respuesta que le dirigió SEIZINGER «Zur nuesten Kritik über Einrichtung und Katalogisirung von Bibliotheken», *ibid.* XVII, 1856, p. 327-329, y la contestación de STENGLEIN «Abfertigung der Antikritik des Hrn. Seizinger», *ibid.* XVIII, 1857, p. 379-381.

desarrollado de un modo exagerado en desmedro de los otros (1)

12. Citaremos aún aquí diferentes obras destinadas unas a servir de resúmenes de los principios generales de la biblioteconomía y otras a indicar la marcha que debe seguirse para la organización de ciertas bibliotecas de un género especial, tales como las bibliotecas populares o reservadas a la juventud.

(1) Además de los trabajos de que acabamos de hablar, y que son los más importantes, debemos mencionar el artículo publicado por EBERT en la *Encyclopädie* de ERSCH y GRUBER en la palabra «Bibliothekswissenschaft», que, aún hoy día, puede consultarse con fruto. Mencionaremos también diferentes artículos de autor anónimo (según BÖHMER, *Bericht über die v. Ponikawische Bibliothek der Universität Halle-Wittenberg*, p. 65 número 49, este autor es FÖRSTEMANN) concernientes al conjunto de la biblioteconomía y aparecidos en el *Serapeum*, a. III, 1842, números 15, 16, p. 225-256, bajo el título de «Einige praktische Bemerkungen und Wünsche über die öffentlichen Bibliotheken in Preussen». Muchas ideas emitidas en estos artículos merecen ser tomadas, aún ahora, en consideración. Consúltese «Bemerkungen über die öffentlichen Bibliotheken, mit Rücksicht auf den Aufsatz in N.º 15 des Serapeums» artículo publicado en el *Serapeum* (1842, número 19, p. 289-297) por KLÜPFEL, en esta época bibliotecario de la Universidad de Tubingue. El ensayo de F. MÜLLER: «Ueber die Einrichtungen öffentlicher Bibliotheken, mit besonderer Berücksichtigung der K. Hof. u. Staatsbibliothek zu München 1879», aparecido como *Programm der herzoglichen Realschule zu Saalfeldt*, no da más que indicaciones generales. Citaremos, en fin, los artículos «Bibliothek» y «Bibliothekswissenschaft» de las enciclopedias de BROCKHAUS y de MEYER, de la *Deutsche Encyclopädie* y en el



Entre las obras que pertenecen a la primera categoría, citaremos las dos siguientes:

A. *Kurze Anleitung eine Bibliothek zu ordnen und in der Ordnung zu erhalten.* (Augsburg, 1836, 44 págs.), por Benedicto RICHTER. El fin perseguido por el autor es, como él mismo nos lo enseña, «de permitir al principiante salir por sí mismo del laberinto sin verse obligado a entregarse a una preparación muy extensa y a estudios penosos.» No lo consiguió, por desgracia, sino de una manera muy deficiente.

B. *Der kleine Bibliothekar, Kurze Anleitung*

Handwörterbuch der Staatswissenschaften, Jena, 1891, p. 542-549 (en esta última obra ellos han sido hechos por K. DZIATZKO). Las memorias y trabajos relativos a las bibliotecas han sido enumerados y apreciados con gran exactitud por Karl KOCHENDOERFFER, en los *Jahresberichte für neuere deutsche Litteraturgeschichte*, bajo el título de «Schrift-und Buchwesen».

Citaremos también los artículos siguientes:

O. HARTWIG, «Die Entwicklung der preussischen Bibliothekswesens im letzten Jahrzehnt», *Die Nation*, 1894, p. 462-466.—F. GRASSAUER, Ziele und Aufgaben des Modernen Bibliothekswesen. Vortrag gehalten in der konstituierenden Versammlung des «Oesterreichischen Vereines für Bibliothekswesen», Centralblatt f. B., XIII, 1896, p. 239-247.—F. EICHLER, «Bibliothekstechnisches», *ibid.*, XI, 1894, p. 308-319; XII, 1895, p. 410-414.—Los *Jahresberichte für neuere deutsche Litteraturgeschichte* han confiado a Oscar v. Hase, desde hace algún tiempo, la tarea de dar cuenta de las obras de biblioteconomía, el que desempeña su cometido de la manera más notable.

zur Bibliotheks-Kunde (Viena, 1857), folleto de 39 páginas por L. G. NEUMANN, en el cual el autor se propone dar a conocer a un principiante bibliotecario los rudimentos generales de la biblioteconomía.

La organización de las bibliotecas populares ha sido particularmente estudiada por Carlos PREUSKER, recaudador de finanzas en el reino de Sajonia y durante largo tiempo director de la biblioteca de Geossenhain. Su libro se intitula *Ueber öffentliche Vereins-und Privat-Bibliotheken so wie andere Sammlungen, Lesezirkel und verwandte Gegenstände mit Rücksicht auf den Bürgerstand* (Leipzig, 1839-40-43). La primera parte está consagrada a las bibliotecas municipales, la segunda a las bibliotecas de asociaciones particulares, a las bibliotecas escolares y a las bibliotecas privadas con un apéndice sobre las bibliotecas comunales. Poseemos del mismo autor también *Bürger-Bibliotheken und andere für besondere Leserklassen erforderliche Volks-Bibliotheken*, etc. (Meissen, 1850).

Mas, de un modo general, se puede reprochar a PREUSKER de falta de seguridad en su método. Muy recientemente, E. REYER, en una obra titulada *Entwicklung und Organisation der*

Volksbibliotheken (Leipzig, 1893) (1), ha estudiado con gran sentido la fundación, la organización y la administración de las bibliotecas populares y dado también numerosas e importantes reseñas estadísticas. Hay, en fin, una cantidad de modelos de catálogos publicados, en la mayor parte, por sociedades y asociaciones particulares y que pueden servir de guía y que indican cuáles son las obras que se debe de preferencia buscar y adquirir para este género de bibliotecas (2).

(1) BERGHOEFFER ha dado cuenta en el *Centralblatt f. B.*, a. X, 1893, p. 493-495.

(2) R. JANNASCH, «Die Volksbibliotheken, ihre Aufgabe und Organisation», *Deutsche Zeitung Streit-Fragen*, V, 1876, fasc 67; G. SZELINSKI, *Musterkatalog für Haus-Schul-und Volksbibliotheken*. Wien, 1889.—*Musterkatalog für Haus-Volks-und Schul bibliotheken*. Herausgegeben von der Gesellschaft für Verbreitung von Volksbildung in Berlin. 6.º Aufl. Hannover-Linden, 1892.—*Jugend-und Volksschriften-Katalog*. Herausgegeben im Namen der Schweizerischen gemeinnützigen Gesellschaft, Zürich, 1893.—*Musterkatalog für Volksbibliotheken*. Herausgegeben von gemeinnützigen Verein zu Dresden. 3.er Aufl., Leipzig 1894.

A los catálogos modelos que hemos citados agregaremos el *Musterkatalog für Haus-, Vereins-, Volks-und Schulbibliotheken*. Herausgegeben von der Gesellschaft für Verbreitung von Volksbildung. Berlin. La 7.ª edición se prepara en la actualidad. Cada día se reconoce más en Alemania la utilidad de las bibliotecas públicas libres, del mismo género de las que existen en América y en Inglaterra, para satisfacer las necesidades de lectura del grueso público. A este respecto consúltese: «Die öffentlichen Bibliotheken

Ernesto FÖRSTEMANN consagra especialmente a las bibliotecas escolares su trabajo: *Ueber Einrichtung und Verwaltung von Schulbibliotheken* (Nordhausen, 1865); el folleto da, con motivo de la organización y del catálogo de estas

Deutschlands", *Mittheilungen der Comenius-Gesellschaft*, I, 1893, p. 133-136.—E. REYER, "Reformen der Deutschen Stadtbibliotheken", *Centralblatt f. B.* XI, 1894, p. 401-402.—J. TEWS, «Volksbibliothek» *Nachrichten aus dem Buchhandel*, II, 1895, p. 933 y 2321-2324.—C. NÖRRENBURG, *Die Volksbibliothek, ihre Aufgabe und ihre Reform*, Kiel, 1895 (reimpresión 1896), véase la noticia bibliográfica que le ha dedicado E. JEEP en el *Ethische Kultur*, 1895, N.^{os} 47 y 48.—C. NÖRRENBURG, *Die Bücher- und Lesehalle*, Köln, 1896.—E. JEEP, «Volksbibliotheken und Volkslesehallen», *National-Zeitung*, 1895, 19 marzo, N.^o 189.—Del mismo, *Centrale Volksbibliothek, Vortrag*, Charlottenburg, 1896.—W. BUBE, *Die landliche Volksbibliothek. Ein kritischer Wegweiser und Muster katalog nebst Grundstücken und Winken zur Einrichtung und Leitung* 2. Aufl. Berlin, 1896.—E. REYER, «Leistung der deutschen Volksbibliotheken», *Centralblatt f. B.* XIII, 1869, p. 30-33.—Del mismo, *Handbuch des Volksbildungswesens*, Stuttgart, 1896, particularmente p. 145 y siguientes. «Volksbibliotheken»,—P. F. ASCHROTT, *Volksbibliothek und Volksechalle*, Berlin, 1896.—*Die Volksbibliothek*, Beiblatt zu: *Der Bildungsverein. Hauptblatt für das freie Fortbildungswesen in Deutschland*, Berlin.—Se han creado recientemente en Berlín, y en diferentes ciudades alemanas, salas de lectura y bibliotecas populares. (Consúltese a propósito de Berlín: *Bericht über die Verwaltung der Ersten öffentlichen Lesehalle zu Berlin*, 1895, 1896).—En Austria, la biblioteca popular libre Ottendorfer de Zwittau (Moravia) merece especial mención. (Consúltese: *Centralblatt f. B.*, XI, 1894, p. 329-330; XII, 1895, p. 187; XIII, 1896 p. 132; XIV, 1897, p. 128.—*Library Journal*, XIX 1894, p. 330-381.—*Nachrichten aus dem Buchhandel*, 1896, p. 374-376). Esa biblioteca ha publicado, en 1896, su cuarto informe anual.

bibliotecas, instrucciones tan precisas y tan claras, que se le puede recomendar igualmente a las bibliotecas de poca importancia. (1)

En 1883, Fernando GRASSAUER (2) publicó, en Viena, un *Handbuch für österreichische Universitäts- und Studien-Bibliotheken, sowie für Volks-Mittel-schul- und Bezirks-Lehrebibliotheken Mit ei-*

(1) No debemos olvidar de llamar la atención sobre el notable ensayo publicado acerca de esta cuestión por STAMMER bajo el título de "Beiträge zur Bibliothekstechnik mit besonderer Berücksichtigung der Schulbibliotheken" en el *Zeitschrift für Gymnasialwesen*, N. F. a. I (=XXI), 1867, p. 417-445. Citaremos también J. KRAFT, *Ueber Schülerbibliotheken an den Volks- und Bürgerschulen in Oesterreich, Deutschland und der Schweiz*. 2 Aufl., Wien, 1882.—K. HUBER, *Ueber Jugendschriften und Schülerbibliotheken*, Wien, 1886.—E. ELLEND, *Katalog für die Schülerbibliotheken höherer Lehranstalten, nach Stufen und nach Wissenschaften, geordnet*. 3. Ausg., Halle, 1886.—J. LANGTHALER, *Wegweiser bei Anlegung oder Ergänzung von Kinder-Jugend- und Volksbibliotheken*. I-III, Linz, 1884 87.—*Verzeichniss empfehlenswerter Jugend- und Volkschriften Herausgegeben von der Jugendschriften Kommission des Wiesbadener Lehrervereins*. Wiesbaden, 1887.—G. HELD, *Ueber Jugendlitteratur und Schülerbibliotheken. Programm der Landes-Unterrealschule in Waidhofen*. 1890.—H. HEROLD, *Jugendlektüre und Schülerbibliotheken*. Münster 1891.—*Verzeichniss von Jugend- und Volksschriften. Herausgegeben von Verein katholischer Lehrer in Breslau*. Heft 1, 2, 3. Breslau 1889-91.—R. WEISSENHOFER, *Bausteine zu einem Schülerbibliotheks-Katalog*. Wien, 1892.—D. THEDEX, *Die deutsche Jugendlitteratur*. 2. Aufl. Hamburg, 1894.—*Verzeichniss ausgewählter Jugendschriften Herausgegeben vom Bezirkslehrerverein Würzburg*. Würzburg, 1894.

(2) Sobre GRASSAUER consúltese el artículo de PETZOLDT en el *Anzeiger*, 1883. núm. 69.

ner Sammlung von Gesetzen, a. h. Entschliessungen, Verordnungen. Erlässen, Acten und Actenauszügen. Todos los decretos, leyes, ordenanzas, promulgadas por el gobierno austriaco se encuentran ahí reunidas, y es por esto que, aún hoy día, tiene esta obra gran mérito. A fin de que su libro pueda prestar servicios a bibliotecas de escasa importancia cuya dirección está confiada, no a bibliotecarios sino simplemente a profesores, el autor ha consagrado un capítulo a la organización de las pequeñas bibliotecas y dado un índice de las principales obras de bibliografía, biografía e historia literaria. Una tercera parte, en fin, trata de la confección del catálogo, y el fin perseguido se obtiene de manera plenamente satisfactoria.

El pequeño libro de Jorge RETTIG⁽¹⁾ subbibliotecario en Berna, intitulado *Leitfaden der Bibliothekverwaltung hauptsächlich für Jugend und Volksbibliotheken bearbeitet* (Berna, 1883), es útil en extremo. El autor supo condensar en un pequeño número de páginas lo que es necesario saber para organizar y administrar las bi-

(1) Sobre RETTIG consúltese: *Anzeiger*, 1883, núm. 320.—*Literarisches Centralblatt*, 1884, núm. 3 p. 98.—*Centralblatt. f. B.*, I, 1884, p. 284.

bliotecas escolares y populares, y es por esto que su trabajo tuvo buena acogida.

13. En Francia, hasta ahora, no se ha publicado ningún trabajo verdaderamente completo y metódico sobre la biblioteconomía. *La bibliothéconomie ou Nouveau manuel complet pour l'arrangement, la conservation et l'administration des bibliothèques*, por L. A. CONSTANTIN (Paris, 1839, 2.^a ed. 1840) no tiene, en efecto, desde el punto de vista científico, verdadera importancia. (Se hizo sin embargo una traducción alemana, aparecida en Leipzig en 1840, y que tuvo una segunda edición en 1842). Según el pensamiento del autor, este manual debía ser una guía didáctica destinada a suplir la falta absoluta en Francia de obras de este género, y es necesario reconocer que prestó algunos servicios cuando una segunda edición se hizo necesaria. Aún hoy día, este pequeño libro ofrece a los principiantes, para los cuales ha sido escrito, muy útiles servicios. (1)

(1) Consúltese el análisis que le hizo PETZHOLDT en el *Serapeum*, a. II, p. 59-63. Sin duda que PETZHOLDT es muy duro cuando escribe que la obra de CONSTANTIN es "un libro absolutamente insuficiente e indigno de introducirse en Alemania que ha producido sobre la misma materia tantas obras mejores". El autor mismo cuyo verdadero nombre era Leopoldo Augusto Constanti-

Mencionaremos también el manual de Jules COUSIN, bibliotecario universitario, intitulado: *De l'organisation et de l'administration des bibliothèques publiques et privées, manuel théorique et pratique du bibliothécaire: ouvrage suivi d'un appendice contenant les arrêtés, règlements, circulaires et instructions ministériels relatifs aux bibliothèques universitaires, aux bibliothèques circulantes et aux bibliothèques populaires et accompagné de figures* (París, 1882). Este manual tiene cierta semejanza con el de Grassauer de que hablamos anteriormente.

Cuando estaba en prensa la 2.^a edición de este manual, apareció la obra de A. MAIRE bajo el título de: *Manuel pratique du Bibliothécaire. Bibliothèques publiques, bibliothèques universitaires, bibliothèques privées; suivi: 1.^o d'un lexique des termes du livre; 2.^o des lois, décrets, etc., con-*

no HESSE, reconoció, con tanto tino como modestia, la superioridad de las obras alemanas cuando escribió al editor de la traducción alemana: "Sin embargo ella (la obra) no ha sido escrita sino para la Francia, donde una guía como esta faltaba, y no para la Alemania que posee con las obras de Ebert, Molbech, Schrettinger, Kaiser y otros, los mejores modelos de este género." Zoller mismo encuentra el juicio de PETZOLDT "trop amer." Veinticinco años después de la aparición del libro de Constantin fué aún traducido al español por Dionisio HIDALGO. Consúltese: ANZEIGER 1865 n. m. 229, 557, 943; 1866, núms. 227, 495, 841.

cernant les bibliothèques universitaires de 1837 à 1894. París, 1896 (1).

La lista completa de todos los reglamentos relativos a las bibliotecas francesas ha sido publicado en 1883 por Ulysse ROBERT bajo el título de *Recueil des lois, décrets, ordonnances, arrêtés, circulaires, etc., concernant les bibliothèques publiques, communales, universitaires et populaires, republiées sous les auspices du ministère de l'Instruction publique* (París, H. Champion, 1883).

Citamos, por fin, el *Catalogue officiel des ouvrages de lecture à l'usage des bibliothèques scolaires, rédigé par le ministère de l'Instruction publique* (París, 1891) y la obra de B. TUBERCAZE intitulado *Les Bibliothèques populaires, scolaires et pédagogiques, documents législatifs et administratifs* (París, 1892). Por último consúltese asimismo la *Grand Encyclopedie*, palabra «Bibliothèque».

14. En Bélgica apareció en 1834 un *Manuel du Bibliothécaire* por N. NAMUR, bibliotecario de la Universidad de Lovaina. Esta obra fué reci-

(1) En 1908 Eugenio MOREL publicó su interesante obra titulada *Bibliothèques* (París, Mercure de France, 1908. 2 vols.)—N. DEL T.

bida favorablemente, y es, en efecto, una de las mejores publicadas en lengua francesa.

15. En Italia ⁽¹⁾, Giuseppe M. MIRA publicó en 1862-1863 (Palermo, 2 vols.) un *Manuale teorico-pratico di bibliografia* en el cual incidentalmente trata de biblioteconomía. Actualmente Giuseppe FUMAGALLI prepara un *Trattato generale di biblioteconomia*. Dos manografías separadas han ya aparecido: la primera (que formará la tercera parte de la obra), en 1887, bajo el título de *Cataloghi di biblioteche ed indici bibliografici*; la segunda (que formará la cuarta parte), en 1890, bajo el título de *Della collocazione dei libri nelle pubbliche biblioteche*. En *Alcuni pensieri sull'ordinamento delle biblioteche tratti dall'opera Die Bibliothekenlehre del dott. Petz-*

(1) La *Bibliotheca bibliographica itálica. Catálogo degli scritti di Bibliologia, Bibliografia e Biblioteconomia pubblicati in Italia, compilato da G. OTTINO e G. FUMAGALLI*, Roma, 1889, contiene en la sección C. *Biblioteconomia*, una enumeración de las obras italianas relativas a esta ciencia. Consúltese igualmente el artículo de MAZZI «Indicazioni di bibliografia italiana» aparecido en la *Rivista delle Biblioteche*, vol. II, 1890, p. 153-168, y, del mismo autor: *Indicazioni di bibliografia italiana in appendice alla Bibliotheca bibliographica itálica di G. OTTINO e di G. FUMAGALLI*, Firenze, 1893, (102 págs.). La *Bibliotheca bibliográfica itálica* de OTTINO y FUMAGALLI ha sido completada en 1895 por un volumen de suplemento. OTTINO ha publicado también, en 1896 (Torino, C. Clausen), el primer suplemento anual a la *Bibliotheca*, que contiene las obras aparecidas en 1895.

holdt riasunti e tradotti per cura di F. GARBELLI y editadas en Brescia, 1880, el *Cathechisme* de PETZHOLDT, había sido ya traducido en parte. Guido BIAGI y Giuseppe FUMAGALLI han publicado recientemente (1894) una traducción completa hecha sobre la tercera edición alemana e intitulada *Manuale del Bibliotecario con un appendice originale di note illustrative, di norme legislative e amministrative e con un elenco delle pubbliche biblioteche italiane e straniere*. Milano. Intertanto los *Grundzüge der Bibliothekslehre*, fueron traducidos de una manera muy notable por el Dr. Arnaldo CAPRA, y publicados en Turín (1893) bajo el título de *Manuale di Biblioteconomía* (1).

16. En Inglaterra, Edward EDWARDS (2) ha estudiado la biblioteconomía en sus *Memoirs of Libraries, including a hand-book of library economy* (London, 1859, 2 vols.) y la organización de las bibliotecas populares en su bien conocido trabajo *Free town libraries, their formation, mana-*

(1) Véase: *Revue des Bibliothèques*, a. III, 1893, p. 299.

(2) Ed. EDWARDS es también el autor de *Libraries and founders of libraries*. Londres, 1865, y de *Lives of the founders of the British Museum 1570-1870*. Parte I-II, Londres, 1870. Consúltese Ernest THOMAS: *In memoriam: Edward Edwards. The Library Chronicle*, vol. III, 1886, pág. 54-57.

gement and history in Britain, France, Germany and America (Londres, 1869) (1) Entre los trabajos más recientes citaremos las dos obras de TH. GREENWOOD: *Public libraries, A history of the movement and a manual for the organisation and management of rate-supported libraries*, 4.^a edición, Londres, 1892 y *Sunday school and villages libraries, with a list of suitable books, and hints on management*, Londres, 1892 y 1893, lo mismo que el trabajo de J. H. SLATER, *Library manual*, 3.^a ed., Londres, 1892. Posteriormente la asociación de bibliotecarios ingleses (L (ibrary) A (sociación) U(nited K(ingdom)) ha

(1) Llamamos, también, la atención sobre el artículo en extremo completo publicado por los bibliotecarios H. R. T (EDDER) y E. C. T (HOMAS) en la palabra "Libraries" en la *Encyclopaedia Britannica* (editada por BAYNES y SMITH) Vol. XIV, 9 edición; de la misma manera al artículo anónimo, notable para la época en que fué escrito, aparecido en *The English cyclopaedia of Arts and Sciences conducted by Charles KNIGHT*, parte XVII, col. 203-204 y parte XVIII, col. 225-263, en la palabra "Libraries" (véase el *Anzeiger* de PETZOLDT, 1860, núm. 679). Recomendamos igualmente el magnífico discurso por el cual el bibliotecario en jefe del Museo Británico, John Winter JONES abrió en Londres, en 1877, el Congreso Internacional de Bibliotecarios. Las cuestiones más importantes de la biblioteconomía están ahí expuestas de una manera magistral. Este discurso se encuentra impreso en *Library Journal*, Vol. II, 1878, p. 99-119. (Sobre W. JONES, véase Richard GARNET, *The late Mr. John Winter Jones. Transactions and Proceedings of the 4. and 5. annual meetings of the library association U. K.* Londres, 1884, pág. 59-67).

emprendido la publicación de una serie de manuales en los cuales serán sucesivamente estudiadas todas las cuestiones que interesan a la ciencia de las bibliotecas. El título general de la colección es: *Library association series*, editadas por J. Y. W. MAC ALISTER (Londres, Messrs. Limpkin, Marshall, Hamilton, Hent and C.^o). Han aparecido: 1.^o *Library appliances* por J. D. DROWN, 1892.—2.^o *Public library legislation* por H. W. FOVARGUE, 1892.—3.^o *Public library staffs* por P. COWELL, 1893.—4.^o *Guide to the formation of a music library* por J. D. DROWN, 1893.—5.^o *Cataloguing Rules*, 1893.—6.^o *Books for village libraries*. por F. J. BURGOYNE and J. BALLINGER, 1895.—7.^o *Adoption of public libraries act*, por H. W. FOVARGUE, 1896. El segundo manual publicado por la «Library Association United Kingdom», *Public library legislation* fué compuesto por H. W. FOVARGUE y J. J. OGLE.

17. En la América del Norte, el *Bureau of Education*, cuando apareció *Public libraries in the U. S. of America; their history, condition and management. Special Report* (ed. por S. R. WARREN y S. N. CLARK) Wáshington, 1876, nos había dado a conocer ya, sobre la organización

de las bibliotecas de esta región, una obra de la más alta importancia ⁽¹⁾, que contiene además una serie de estudios muy notables publicados por los bibliotecarios americanos sobre la biblioteconomía ⁽²⁾; pero como después esta ciencia ha tomado en Estados Unidos un desarrollo considerable y hecho, desde el punto de vista técnico, inmensos progresos, la Association de bibliotecarios americanos (*American Library Association*) ha decidido que un cierto número de sus miembros se encarguen de publicar un *A. L. A. Hand-book of Library economy* destinado a reemplazar la obra del *Bureau of Education*, obra incompleta porque ella apareció, según la expresión de DEWEY, «*just before modern library activity began*». Entretanto, W. J. FLETCHER acaba de publicar en Boston (1894) un excelente manualito intitulado *Public Libraries in America* ⁽³⁾.

(1) "A work which even to-day remains the corner-stone of library literature the world over." *The Library Journal*, 1893 p. 108.

(2) Debemos mencionar de manera muy particular el excelente artículo de William F. POOLE: *The organisation and management of public libraries in the United States of America*, p. 476-504.

(3) K. PIETSCH, en el «*Centralblatt f. B.*» a. XII; 1895. p. 134-136.—Citaremos también los trabajos siguientes: *University of the State of New-York. State library Bulletin núm. 1. Hand-book 1891-*

Completaremos este cuadro de conjunto de los principales trabajos de biblioteconomía enumerando las diferentes revistas consagradas

92. Albany (M. W. PLUMMER). *Hints to small libraries*. Brooklyn, 1894.—Véase también F. P. HILL, *Library service*. *Library Journal*, vol. XVIII, 1893, p. 228-229 y F. M. CRUNDEN, Executive Department, General supervision, *ibid.*, p. 232-234.—J. F. SARGENT, *Reading for the young: a classified and annotated catalogue*. Boston (Library Bureau).—C. H. HEWINS, Report on reading for the young. *Library Journal*, vol. XVIII, 1893, p. 251-253.—Los demás artículos publicados en las revistas inglesas y americanas sobre esta cuestión se encuentran indicadas (en las palabras «Librarian», «Library») en el célebre *Index to periodical literature* por William Frederick POOLE, 3.^a ed., Boston, 1882. James R. Osgood et C.^o; 4. revised edition. Vol. I, Pts. 1, 2. 1802-1881, by W. F. POOLE. With the assistance as associate editor of William J. FLETCHER, and the cooperation of the American Library Association and the Library Association of the United Kingdom. Vol. II, III, Supplements 1. 2. 1882-87, 1887-92, Boston and New York Houghton, Mifflin and C.^o, Cambridge, the Riverside press. 1891-93, (*Centralblatt f. B.*, XI, 1894, p. 250-282), «obra maravillosa de trabajo y de investigación bibliográficas».—En sus *Library aids. Revised and enlarged edition*. New York (F. Leyboldt), 1883, Samuel S. GREEN ha agrupado, según sus títulos, los numerosos artículos de biblioteconomía aparecidos hasta fines de 1883 en el *Library Journal*. Véase *Centralblatt f. B.*, I, 1884, pág. 79-80.

A los numerosos trabajos enumerados en esta nota agregaremos la obra siguiente: *Public Library Denver*. Public Library Hand-book, Denver, 1895 (por J. C. DANA, en colaboración con F. D. TAUDY, J. PARSONS y J. M. LEE) en la cual se encuentran reunidos los «admirables articles on first principles of library work» aparecidos anteriormente en el «Books», órgano de la «Denver» Public Library.—Además del manual que acabamos de indicar, es necesario, para conocer la organización de las bibliotecas americanas, consultar, según A. B. HASSÉ (*Library Journal*, 1895,

al estudio de las ciencias de las bibliotecas y que son hoy día una mina de gran riqueza.

p. 305): «the bulletins issued by the Denver library, the bulletins and reports of the Los Angeles public Library bearing on training classes, the circulars of the Armour, Pratt and Drexel Institutes on library schools, and finally the hand-books and reports of the library school the New York state library.» Pero el trabajo que suministra, a nuestro parecer, las reseñas más numerosas es el de Melvil DEWEY, *Papers prepared for the World's Library Congress held at the Columbian Exposition. U. S. Bureau of Education: reprint of chapter 9 of part 2 of the report of the Commissioner of Education for 1892-93*, (p. 691-1014). Washington, 1896. El *Library Journal* reprodujo en 1893, en su número de Julio, extractos de la mayor parte de las disertaciones contenidas en la obra que acabamos de citar y que constituye, como HARRIS con mucha razón lo dice, «a unique and valuable treatise on the general subject of the management of libraries» (*Library Journal*, XXI, 1896, pág. 157).—W. FLINT ha publicado en el *Circular of information*, 1893, n.º 7, una estadística de las «Public Libraries» de los Estados Unidos y del Canadá.—Entre los trabajos recientes relativos al desarrollo de las «Free public libraries,» mencionaremos: J. WINSOR, «The development of the library», *Library Journal*, XIX, 1894, p. 370-375. —J. L. HARRISON, «The public library movement in the United States,» *New England Magazine* (Boston), 1894, p. 709-722; *The Library*, VIII, 1896, p. 110-124, 141-149.—F. P. HILL, «Report on library progress,» *Library Journal*, XIX, 1894, - n.º 12, p. 56-60.—J. R. BOOSÉ, «The constitution of colonial public libraries,» *The Library*, VI, 1894, p. 391-402.—Ch. WELCH, «The public library movement in London; a review of its progress, and suggestions for its consolidation and extension,» *ibid*, VII, 1895, p. 97-109.—E. FOSKETT, «The educational value of the public library movement a reply to some views advanced by Mr. Charles Welch,» *ibid*, pág. 110-119. Véase también el mismo volumen pág. 120-128.—J. P. BRISCOE, «How to extend the library movement,» *ibid*, VIII, 1896, pág. 73-76.

Estas publicaciones periódicas son, relativamente, de origen reciente. Durante los treinta primeros años del siglo pasado no había en Alemania ninguna revista capaz (según el fin que PETZHOLDT asignaba a este género de publicaciones) de «tener a sus lectores al corriente de todos los trabajos publicados sobre la ciencia de las bibliotecas o sobre las bibliotecas en sí mismas y de tener a la mano los intereses múltiples de estos establecimientos tan importantes para el desarrollo y la difusión del saber». Este es el mérito imperecedero de los dos grandes sabios que se llaman NAUMANN, y PETZHOLDT de haber, casi al mismo tiempo y siguiendo distinta dirección, remediado esta situación.

En Septiembre de 1839, el Dr. Robert NAUMANN, profesor ordinario del Gymnase Saint-Nicolas, en Leipzig, y bibliotecario de la misma ciudad, dirigió a los bibliotecarios alemanes y a todos los que se interesaran en la ciencia de las bibliotecas o a una de las ramas que con ella tienen relación, una circular anunciando que había formado el proyecto de fundar una revista de las bibliotecas. El fin de esta publicación debía ser llamar la atención sobre los libros

raros o los manuscritos no descritos aún que poseían las bibliotecas públicas o privadas; publicar todo lo que interesa a la historia de cada biblioteca, como por ejemplo las noticias sobre las adquisiciones anuales, los cambios sobrevenidos en el personal, etc... En fin, cada año, la revista debía dar el cuadro completo del personal de las bibliotecas alemanas.

El proyecto tuvo éxito, y el 15 de Enero de 1840 (el año mismo del cuarto centenario del descubrimiento de la imprenta), apareció la primera revista alemana consagrada al estudio de la ciencia de las bibliotecas bajo el título de *Serapeum. Zeitschrift für Bibliothekwissenschaft, Handschriftenkunde und ältere Litteratur* ⁽¹⁾ herausgegeben von Dr. Robert NAUMANN (Leipzig, 1840. in. 8.º), con un suplemento destinado a reproducir los diversos reglamentos relativos a las bibliotecas, a anunciar las publicaciones nacionales y extranjeras, los libros raros, etc., etc.

Esta revista apareció hasta 1870, es decir durante 31 años; publicó los resultados de las investigaciones importantes y numerosos estu-

(1) Véase: *Anzeiger*, art. de PETZOLDT, a. 1840, N.º I; 1885, p IV y sig.: «Nekrolog des Serapeums», a. 1871, N.º 282.

dios sobre historia literaria y manuscritos; por el contrario, los artículos consagrados exclusivamente a la ciencia de las bibliotecas fueron escasos: le faltó la colaboración necesaria de todos los que se dedicaban a esta ciencia y es por esta razón que, como lo declaró el director al despedirse de sus lectores, como también por una serie de dificultades materiales, tuvo que suspender la publicación del *Serapeum*.

Al mismo tiempo que el librero Weigel, de Leipzig, tomaba a su cargo la edición del *Serapeum*, el Dr. J. PETZHOLDT, bibliotecario de Dresde, anunciaba su intención de hacer aparecer los *Jahrbücher der Bibliothekwissenschaft*, pero se vió obligado a abandonar su proyecto porque el editor que había escogido le declaró «que no podía de ninguna manera entrar en concurrencia con Weigel». En lugar de los *Jahrbücher*, PETZHOLDT fundó el *Anzeiger*⁽¹⁾ für *Literatur der Bibliothekwissenschaft*, título que conservó desde 1840-1844; de 1845 a 1849 se suprimio la palabra *Literatur*; de 1850 a 1855

(1) El prospecto de los *Jahrbücher* se reprodujo en el *Anzeiger* 1840, N.º 1. Acerca del *Anzeiger* véase PETZHOLDT: «Der Anzeiger f. B. 1840-1879»; *ibid.* 1880, N.º 1, y «Zum Abschied», *ibid.* 1824, N.º 1184.

la revista tomó el título de *Anzeiger für Bibliographie und Bibliothekwissenschaft*; después, a partir de 1856, apareció bajo el nombre de *Neuer Anzeiger für Bibliographie und Bibliothekwissenschaft*.

Durante 45 años, PETZHOLDT dirigió con una consagración sin límites esta revista, sumamente importante desde el punto de vista bibliográfico, y, desde el principio, fue el colaborador más eminente y activo. En 1884 su senectud lo obligó a abandonar la dirección, que pasó a manos de Joseph KÜRSCHNER; en 1886, el *Anzeiger*, cesó de aparecer (1).

Su desaparición fue acelerada por la publicación de otro órgano similar: el «*Centralblatt.*» El número y el nombre de los colaboradores que prometieron su concurso a esta nueva revista, no menos que la protección dispensada por el ministerio del culto de Prusia, fue segura garantía, aún antes de su aparición, que las esperanzas que en ella se fundaron no saldrían fallidas. Esta revista aparecía mensualmente,

(1) De 1840-1855, el *Anzeiger* apareció primeramente en Dresde, editado por Arnold, después por SCHMIDT, en Halle; en 1856, por Schönfeld, en Dresde; por último de 1884 a 1886 se publicó por la casa W. Spemman, de Stuttgart y Berlín.

desde 1884, en Leipzig, editor Otto Harrassowitz bajo el título de «*Centralblatt* ⁽¹⁾ für Bibliothekswesen, herausgegeben unter ständiger Mitwirkung zahlreicher Fachgenossen des In- und Auslandes von Dr. O. HARTWIG, Oberbibliothekar in Halle, und Dr. K. SCHULZ, Reichsgerichtsbibliothekar in Leipzig» (Después, en 1886, Dr. HARTWIG fue el solo director). El «*Centralblatt*» no ha cesado de ver crecer el número de sus lectores y ha sabido conservar la colaboración de todos los que se ocupan de biblioteconomía.

Desde 1888 han aparecido, según las necesidades, suplementos donde se publican las disertaciones muy extensas y que por esta causa no se les da lugar en el cuerpo mismo de la revista ⁽²⁾.

(1) Con motivo del propósito que el *Centralblatt* se asignó al principio, véase el artículo aparecido a la cabeza del primer número, I, 1884, y X, 1893, pág. IV.—Esta revista adquirió un lugar honorable entre las consagradas al estudio de estas mismas cuestiones. El editor mismo pudo proclamarlo al agradecer a sus colaboradores al fin del segundo año, y los testimonios de los extranjeros han corroborado su dicho, como el *The publishers' Circular*, que da el siguiente juicio: "This excellent bibliographical periodical almost indispensable to libraries (1887, pag. 388), crowded with information useful for the librarians and the bibliographers (1887, p. 67); there are few publications which more thoroughly answer to their title than this periodical (1886, p. 1646)."

(2) C. HAEBERLEIN ha hecho aparecer en Leipzig, en 1895, un *Generalregister* de los diez primeros años del «*Centralblatt für*

La «*Sammlung bibliothekswissenschaftlicher Arbeiten, herausgegeben von Karl DZIATZKO, Professor der Bibliothekshilfswissenschaften u. Direktor der Universitätsbibliothek Göttingen*» publicada de 1887 a 1893 por la casa Asher y Cia., de Berlín, y después por Spirgatis, de Leipzig, persigue el mismo fin que los suplementos del «*Centralblatt*.» En efecto, se propone reunir todos los escritos científicos, sea filológicos, literarios o técnicos que se relacionan con las bibliotecas, buscando, de este modo, monografías detalladas sobre las materias más importantes.

En Francia apareció en 1844 «*Le Bibliothecaire, Archives d'histoire littéraire, de biographie, de bibliologie et de bibliographie, rédigés par MÉCÈNE et PHOTHIUS*» (1) y de 1854 hasta 1883 el «*Cabinet historique*», que era el órgano

Bibliothekswesen» La «*Revue Internationale des Archives, des Bibliothèques et des Musées*» ha publicado también, en una bibliografía retrospectiva de los periódicos, el sumario de los primeros años del «*Centralblatt*» (I, p. 146 - 153 de la parte «*Bibliothèques*»). Véase igualmente en esta bibliografía el sumario de los tomos I-XXIX (1855 - 1883) del «*Cabinet historique*» (ibid., p. 53 - 58) y el de los años 1 - 6 (1884 - 1889) del «*Bulletin des Bibliothèques et des Archives*» (ibid., p. 58 - 63).

(1) Véase «*Serapeum*», V, 1884, p. 363, y «*Anzeiger*» de PETZ-HOLDT, 1844, No. 470; 1845, p. XII. El «*Bibliothecaire*» cesó de aparecer al cabo de un año.

titular de los archivos y de los bibliotecarios. Fue reemplazado por el «*Bulletin des Bibliothèques et des Archives publié sous les auspices du Ministère de l'Instruction Publique*» (1). Este boletín que desgraciadamente cesó de aparecer en 1891, se publicaba por entregas trimestrales. Preferentemente se ocupaba más de bibliotecografía que de biblioteconomía, sin embargo daba preciosas reseñas sobre todo lo que se relacionaba con las bibliotecas francesas. Desde el 1.º de Abril de 1891 aparece mensualmente la «*Revue des Bibliothèques.*» Directores: Emilio CHATELAIN y León DOREZ. «La historia de las bibliotecas antiguas y modernas ocupará el primer lugar en nuestra colección,» decían en el programa inserto a la cabeza del primer número. Es más que todo una revista de bibliotecografía y de bibliografía científica.

En el mismo año la librería H. Welter emprendió la publicación de una nueva revista, la «*Revue internationale des Archives, des Bibliothèques et des Musées*» (2), bajo la dirección de un co-

(1) Véase *Centralblatt, f. B.*, I, 1884, p. 491 - 492.

(2) Esta revista concluyó, siendo reemplazada por «*Le Bibliographe Moderne. Courrier international des archives et des bibliothèques,*» publicado bajo la dirección del señor Henri STEIN (París).

mité compuesto de los señores Ch. -V. LANGLOIS, Henri STEIN, Justin WINSOR, Salomón REINACH y Ad. VENTURI. Esta revista, que se aseguró el concurso de un gran número de sabios de Europa y de América, se propuso: 1.º dar el análisis crítico de todos los libros y periódicos que traten de la ciencia de los Archivos, Bibliotecas y Museos, de manera que nada se escape de esta literatura especial al público a quien interesa; 2.º dar la crónica, lo más completa posible, de los Archivos, de las Bibliotecas y de los Museos del mundo entero: reglamentos, adquisiciones, catálogos, etc». Cada entrega contendrá un artículo fundamental acerca de un punto histórico o de la ciencia de los Archivos, de las Bibliotecas o Museos y todos los casos relativos a la ciencia de las bibliotecas y especialmente a la biblioteconomía.

Finalmente consideraremos el «*Annuaire des Bibliothèques et des Archives, publié sous les auspices du Ministère de l'Instruction Publique*» que da abundantes noticias, no únicamente en cuanto al personal, sino también en lo relativo a los catálogos e inventarios de las bibliotecas francesas.

Las demás revistas que pudiéramos mencio-

nar, tales como el «*Bulletin du Bibliophile et du Bibliothécaire*,» fundado en 1834 y publicado por la librería Techener, exclusivamente se dedican a la bibliografía de obras raras y preciosas y destinadas exclusivamente a los bibliófilos.

El año 1881 se dio a luz en España el «*Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros y Anticuarios*» (1) que se propuso estudiar en todos sus detalles las bibliotecas españolas. Actualmente se publica la «*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*», con idéntico fin.

En Italia, Eugenio BIANCHI (2) comenzó en 1867 la publicación del «*Giornale delle Biblioteche*» (Genova, in 4.º) que no tardó en desaparecer. En 1888 el Dr. Guido BIAGI, prefecto de la Biblioteca Laurentiana, de Florencia, fundó la «*Rivista delle Biblioteche. Periodico de Biblioteconomia e di bibliografia*» (3) (Firenze, in 8º). Después de su sexto volumen esta revista tomó el título de «*Rivista delle Biblioteche e degli Ar-*

(1) El «*Centralblatt, f. B.*, I, 1884, p. 482-488, publicó un juicio crítico detallado del 2.º año del «*Anuario*.»

(2) Véase el «*Anzeiger*», de PETZOLD, 1867, n.º 726; 1868, n.º 674.

(3) Véase O. HARTWIG en el «*Centralblatt, f. B.*», V, 1888, p. 283 y H. KEPHART en el «*Library Journal*», XIII, 1888, p. 205-206.

chivi», (Firenze—Roma, E. Loescher, Torino). El análisis de los cinco primeros volúmenes fue hecho por la «*Revue internationale des Archives, des Bibliothèques et des Musées*», I, p. 63-67, de la parte «*Bibliothèques.*»

La asociación de bibliotecarios ingleses ha publicado regularmente, hasta 1885, los trabajos de sus asambleas anuales en los «*Transactions of the international conference in London 1877, of the 2-7 meetings 1879-84*» y en los «*Proceedings of the 8 meeting 1885.*» También publicó de Enero de 1880 a Diciembre de 1883 las «*Monthly Notes.*» Desde 1884 posee un órgano propio que apareció hasta 1888 bajo el título de «*The Library Chronicle.* (1) *A Journal of librarianship and bibliography edited by E. C. THOMAS.*» London (J. Davy and Sons) y desde 1889 con el título de «*The Library: a magazine of bibliography and literature.*» (2) London. (Elliot

(1) Véase: «*Centralblatt, f. B.*,» 1884, p. 200-201.

(2) Véase: *ibid*, VI, 1889, p. 44-45, 88-89.

Véanse también las *Transactions of the L. A. U. K. 1. Annual Meeting*, Oxford, 1878. Desde el octavo mitin (International conference) realizado en Plymouth, las *Transactions* y *Proceedings* cesaron de aparecer en tiraje aparte. Después se han publicado en el periódico de la Asociación, que, como lo decimos más arriba, se llamaba *The Library Chronicle* y hoy se titula *The Library*.

Stock, desde 1894 Simpkin, Marshall y C.^o). En esta revista es donde ahora la asociación publica los juicios de sus conferencias. Publica también un anuario: «*The Library Association Year-book.*» (1)

En Nueva York aparece desde 1876 el «*Library Journal: Official organ of the American Library Association.*» Durante los primeros años esta revista fue también el órgano de la asociación de bibliotecarios ingleses. C. H. CUTTER, antiguo bibliotecario del Boston Athenaeum, es su director. Ha prestado hasta hoy, la revista, incomparables servicios: no solamente ha publicado, sobre todas las partes de la biblioteconomía, grandes y notables estudios, sino que también nos ha ayudado a conocer la organización y, por así decirlo, la vida de las bibliotecas americanas. (2)

(1) Este anuario contiene la «complete list of the public libraries in the United Kingdom, rules for cataloguing, syllabuses of examinations and specimens of questions, and full particulars of the L. A. U. K. and its works.»

(2) La asociación de bibliotecarios americanos publica también anualmente un «*American Library Association hand book.*» Desde el mes de Mayo de 1896 aparece en Chicago, bajo la dirección de M. E. AHERN, una revista titulada «*Public Library*» que se ocupa especialmente de los intereses de las pequeñas o nuevas bibliotecas. Esta revista es mensual, pero no se publica ni en Julio ni Agosto. Mencionamos en fin los «*Library Notes.*»

PRIMERA PARTE

DEL EDIFICIO, DE LOS EMPLEADOS
Y DE LOS RECURSOS PECUNIARIOS DE LA BIBLIOTECA



CAPITULO PRIMERO

DE LA CONSTRUCCIÓN DE LAS BIBLIOTECAS

§ I.

Condiciones que deben llenar los edificios destinados a bibliotecas,

La cuestión de saber cual es el mejor medio de conservar los libros, es para toda biblioteca de una capital importancia; de su solución depende, en efecto, no solamente la buena conservación y guarda de las colecciones, sino también la posibilidad de usarla con comodidad y provecho. Es al arquitecto a quien toca resolver este problema [1]; sin embargo, cuando se necesita

[1] Véase el artículo de LEGER «Bibliothek,» en la *Encyclopädie* de ERSCH y GRUBER. Véase también la nota número 1 pag. 40.

trazar los planos del edificio, es menester que el bibliotecario asista al arquitecto con sus consejos; sólo él, en efecto, puede conocer las necesidades exactas del establecimiento cuya dirección se la ha confiado, y su deber es velar por que estas necesidades sean tomadas en consideración. Una vez decidida la construcción de una biblioteca, la primera condición en que debe preocuparse, la más importante, la que no debe jamás perderse de vista, es la de garantizar de un modo absoluto los nuevos edificios contra el doble peligro del fuego y de la humedad. Indispensable será, pues, en todo caso, seleccionar un local, en cuanto sea posible, alejado de aquellos peligros que presentan las fábricas, teatros, etc., prefiriendo el aislamiento, [1] y, si fuese hacedero, en un terreno más elevado que los vecinos.

Además el local deberá ser de fácil acceso al público y retirado, de manera que en sus salas no

[1] La necesidad de escoger un local aislado para la construcción de las bibliotecas es hoy día reconocida por todos. En París, por ejemplo, no se ha titubeado, como lo veremos más adelante, en hacer grandes sacrificios para aislar la Biblioteca Nacional. Véase Cornelius WALFORD, *The destruction of libraries by fire. Transactions and Proceedings of the 2 annual meeting of the Library Association. U. R. London, 1880, p. 55 - 70.*

se perciba el ruido de las calles vecinas. Finalmente, el terreno debe ser suficientemente extenso para proveer a los futuros ensanches de la biblioteca (1). La experiencia nos dice, en efecto, que un edificio que al principio ofrece muchas comodidades, puede con el tiempo llegar a ser estrecho y absolutamente inapropiado para los servicios que debe prestar. Inútil es añadir que, al trazar los planos del edificio como al elegir el local, es necesario dedicar mucha atención a que se tomen las medidas necesarias contra el fuego y la humedad y velar asimismo porque los locales sean espaciosos, cómodos y bien alumbrados.

Para preservar las bibliotecas de la humedad, VITRUVIO (2) y todos los que lo han seguido, están contestes en aconsejar la exposición de los

(1) Por esta razón POOLE dice: «Any plan for library construction is faulty which does not foresee and provide for future enlargement.»

(2) Tratado *De Architectura*, lib. VI, cap. IV (vulgo VII): «Cubicula et bibliothecae ad orientem spectare debent, usus enim matutinum postulat lumen, item in bibliothecis libri non putrescent, nam quaecumque ad meridiem et occidentem spectant, a tineis et humore vitiantur, quod venti humidi advenientes procreant eas et alunt infundentesque humidus spiritus pallore volumina corrumpunt.» — Las observaciones de FRANCISCUS PATRICIUS lib. XII, *De institutione reip. Tit. XV* (reimpreso en los *De bibliothecis atque archivis libelli*, editor J. J. Maderus, p. 35) no son, en parte, más que una reminiscencia de VITRUVIO. Contienen sin em-

edificios al levante. Esta precaución no es suficiente; es necesario, y es el mejor preservativo, colocar numerosas ventanas, que se las abrirá frecuentemente, ventiladores en las murallas, y por fin, si el terreno es muy bajo, abovedar el primer cuerpo del edificio (1).

bargo cierto número de ideas nuevas e importantes: «*Bibliotheca salubri at quieto loco constituenda est. Bibliothecæ locus eligatur, qui ad orientem spectat, acies namque oculorum matutinum lumen postulat. Nam si ad meridiem vel occidentem spectaret, venti, qui locum perflant, humido pallore librorum volumina corrumpent tineasque procrearent, quibus libri exedentur corrumpunturque. Poliantur parietes opere tectorio, adornenturque viridi colore: viridia enim omnia oculis prosunt, acremque aciem reddunt.*» Todos los manuales de arquitectura, antiguos o modernos, están de acuerdo con VITRUVIO en la idea de la exposición que debe darse a las bibliotecas y se oponen a la exposición al oeste. Hé aquí, por ejemplo lo que dice STIEGLITZ. (*Encyclopädie der bürgerlichen Baukunst*. Leipzig, 1792, pte. I, p. 265]. «Las bibliotecas deben estar protegidas tanto contra el aire cálido como contra el aire húmedo; lo mejor será colocar las ventanas al norte.» Leemos también en MOTHES, *Allgemeines deutsches Bauwörterbuch*, Leipzig, 1858, vol. I, p. 281, el pasaje siguiente: «Para preservar los libros de la humedad es necesario colocar el edificio sobre zócalos elevados, que su ventilación sea buena, y si es posible, en fin, no colocar las colecciones de libros al oeste y reservar este lado del edificio a salas de lectura, escaleras, etc.

(1) En un artículo publicado en el *Library Journal*, IV, p. 254-257, D. F. LINCOLN dice que una buena ventilación debe dar «a comfortable temperature, an equable temperature, a sufficient supply of fresh air, freedom from uncomfortable draughts». Véase también W. GREENHOUGH, *On the ventilation, heating and lighting of free public libraries*. *The Library*, II, 1890, p. 421 - 433.— A. ROBERTSON, *On the ventilation and heating of the Aberdeen Public Library*, *The Library*, VI, 1894, p. 95 - 98.

Contra los peligros del fuego, «este flajelo terrible, pesadilla de todas las bibliotecas», que VITRUVIO y sus sucesores ⁽¹⁾, parece no tuvieron en cuenta, las precauciones que deben tomarse son múltiples. Desde luego, como lo aconseja LEGER, es necesario que el techo se construya de fierro galvanizado, los muros exteriores muy compactos y de piedra, material este último, que también debe emplearse para el pavimento si fuese posible. Además los caloríferos se colocarán fuera del local; finalmente jamás deben atravesar la biblioteca chimeneas, y si por desgracia no puede salvarse este inconveniente, es necesario poner el cuidado más minucioso en su instalación.

Los caloríferos de aire caliente, actualmente en uso en numerosas bibliotecas, han dado resultados satisfactorios: proporcionan una temperatura agradable, son de fácil manejo, y permiten temperar no sólo los gabinetes de trabajo sino también los depósitos de libros, los cuales de

(2) «Ciertos edificios antiguos prueban que nuestros antepasados ni soñaban en el peligro que estimamos principal: el del fuego. Citemos solamente la curiosa biblioteca del capítulo de Noyon, edificada a fines del siglo XV, toda de madera.» *Grande Encyclopédie*, Installation des bibliothèques, en la palabra «Bibliothèque», VI, p. 657.

este modo quedan protegidos contra la humedad (1).

Queda el peligro del rayo. Para librarse de él, el edificio no debe exceder de una altura de dos pisos y debe estar protegido, además, con pararrayos.

Con todo, como un incendio puede estallar, no obstante las precauciones más minuciosas y asiduas, es necesario prevenir los medios para extinguirlo desde un principio. Débese estar provisto de medios de salvamento. En caso que en el establecimiento sea imposible instalar grifos, se debe, a lo menos, tener en la vecindad pozos y agua corriente. Por fin, es útil que en el recinto de la biblioteca, o en sus proximidades, habiten algunos empleados.

¿Qué extensión deberá darse al edificio? La solución de este problema depende de consideraciones múltiples y diversas; pero en todo caso

(1). «En el Museo Británico, la calefacción se hace únicamente por circulación de agua caliente, reforzada de chorros de vapor para las partes más alejadas. Hay dos generadores de agua hirviendo que funcionan simultáneamente a media fuerza, para evitar interrupciones, cada uno de los cuales basta para todo el sistema. Un solo manejo central es suficiente». Véase: J. L. PASCAL, *Les Bibliothèques et les Facultés de médecine en Angleterre. Rapport au Ministre de l'Instruction publique et des Beaux-arts*. París, Ducher, 1884, p. 38-39.

hay que tener presente siempre que el destino del edificio está llamado a recibir y conservar el mayor número posible de libros, y que las colecciones deben hallarse colocadas de tal manera que su manejo sea fácil, aún cuando la biblioteca esté absolutamente llena. Es claro que, si no se tiene en cuenta esta consideración, después de cierto tiempo más o menos lejano, habrá necesidad de transformaciones o construcciones nuevas, lo que forzosamente supone alguna perturbación en la marcha regular del servicio y a veces una desorganización completa.

En cuanto al alumbrado, indispensable es que sea lo mejor posible. El servicio de la biblioteca imperiosamente exige una iluminación total a la vez que buena, abundante y difusa. ¿Cómo procurarse tal luz para que no caigan directamente los rayos solares cuyo efecto sería perjudicial? Hay varios medios que se diferencian naturalmente entre sí según la situación topográfica que ocupa el edificio. Si, por ejemplo, bastan para una biblioteca ventanas anchas y altas abiertas frente a las estanterías, pueden no ser necesarias en otra biblioteca. Como lo indica LEGER, para las salas

abiertas al medio día (al norte en Chile), un techo o una cúpula de vidrio constituye un excelente medio de claridad, mientras que para las abiertas al norte (al sur en Chile) y que, por consiguiente, tienen mayor necesidad de luz, es útil colocar sobre el techo o la cúpula una construcción en forma de linterna o de paralelepípedo que deje penetrar la luz por los costados. La experiencia ha probado también que es bueno agregar al alumbrado de lo alto el alumbrado lateral: se obtiene mejor luz. Un gran número de bibliotecas, tales como la Biblioteca Nacional de París, por ejemplo, que no se abren más que en el día no tienen necesidad de alumbrado artificial. Pero aquellas cuya sala de lectura se abren en la noche, se han servido hasta hoy principalmente del gas. «La luz eléctrica producida por fuerza motriz e instalada en edificio independiente» (1), es preferible (2), así lo creemos, al gas; porque evita

(1). Véase *Grande Encyclopédie*. Instalación de las bibliotecas, en la palabra «Bibliothèque», vol., VI, p. 658.

(2). PASCAL, *Bibliothèques et Facultés de médecine en Angleterre*, trata repetidas veces la cuestión del alumbrado eléctrico.

las probabilidades de explosión y, por lo tanto, disminuye los peligros de incendio (1).

Al terminar repetimos que es necesario, al trazar el plano de una biblioteca, como el de todo otro edificio, subordinar la belleza arquitectónico al fin práctico a que se le destina. Aún cuando está obligado a inspirarse en considera-

(1). De un modo general, la luz artificial no es buena para las bibliotecas. El gas es nocivo a las encuadernaciones, porque eleva la temperatura de las salas. Una comisión nombrada por la biblioteca pública de Birmingham, después de haber ejecutado una serie de experiencias, reconoció que el cuero en contacto con el aire impuro de una pieza en la que se había consumido gas durante 1000 horas había sufrido bastante. Su poder extensivo había bajado de 10% a 5% y su fuerza de resistencia de 35 a 17 (*Centralblatt f. B.*, V, p. 551). El alumbrado a gas es particularmente nocivo a los libros en las salas muy elevadas. Hablaremos más adelante sobre esta cuestión. La luz eléctrica presenta grandes ventajas. Mediante ciertas precauciones, no fatiga los ojos; no descompone los colores, no calienta ni vicia el aire, no produce sombra, se parece, en fin, a la luz solar; pero presenta un inconveniente que no tiene el gas, inconveniente particular que M. WIESNER, profesor de Botánica de Viena, ha sido el primero en dar a conocer, y que es el de producir sobre el papel una especie de oxidación que lo chamusca (*Centralblatt f. B.* IV, 281). P. COWELL. *Electric lighting in public libraries, a paper read at the meeting of the Library Association of the United Kingdom*, sept. 6, 1882, London, 1883 (p. 7). reproducido en las *Transactions and proceedings of the 4. and 5. annual meetings*. London, 1884, p. 153-157. KÜSTER, «Verwandung des elektrischen Lichtes zur Zwecken der Kunst-und Unterrichts-Verwaltung» *Centralblatt f. Bauverwaltung*, 1885, p. 185-186. W. J. FLETCHER, The proper lighting of library rooms. *The Library Journal*, vol. XV, 1890, N.º 12. p. 9-11.

ciones puramente prácticas, el arquitecto tiene ante sí un vasto campo para dar libre curso a sus concepciones artísticas y dar a la biblioteca, «depósito de los orígenes de la ciencia y de las obras inmortales creadas por el genio del hombre para abrir la vía al progreso ininterrumpido del porvenir», una apariencia que interior y exteriormente corresponda a su alto destino.

Cuando se trata de la construcción de una biblioteca, es necesario tener muy en cuenta el fin mismo a que está destinado el edificio. Es ésta una verdad evidente, y a pesar de todo, aún en la actualidad los arquitectos no la toman en consideración. En su *Cathéchisme*, PETZHOLDT les hacía reproches muy merecidos a este propósito: «Edifican cuadras para caballos y vacas, y en cambio olvidan elegir un local y hacer construcciones apropiadas que reúnan las condiciones requeridas por los edificios para bibliotecas, adonde acuden millares de sabios que van a agotar sus fuerzas en tales trabajos; dándoles, en cambio, toda clase de comodidades a aquéllos animales mimados de sus dueños. Esperemos que al fin han de persuadirse que

en un porvenir no lejano aquellas exigencias sean acogidas más favorablemente».

MOLBECH, en su Manual, ya había manifestado las mismas ideas con palabras igualmente enérgicas: «al dar una ojeada a la mayoría de las obras de arquitectura en que se trata de la construcción de bibliotecas, se percibe que los arquitectos no la han tratado sino de una manera muy deficiente, sin que hayan tenido un conocimiento completo, o mejor dicho, sin que comprendan que las ideas de belleza y de lujo son accidentes accesorios, y que la primera cualidad de un monumento cualquiera es la de ser apropiado al fin para el cual ha sido proyectado. (1) Cuando se desea construir una biblioteca, no es necesario pensar en una construcción majestuosa, de magnífica apariencia, con columnas, portales, etc., etc., cuyo interior será

(1). Era este punto de vista en el que se colocaba LEOPOLDO DELLA SANTA, en su obra aparecida en 1816 en Florencia: *Della costruzione o del regolamento di una pubblica universale biblioteca con la pianta dimostrativa* (ZOLLER quiso adaptar a las necesidades de los países septentrionales el plan que DELLA SANTA había hecho para las bibliotecas meridionales, plan reproducido en la obra de MOLBECH y en la traducción italiana de los *Grundzüge*). «Desde hace tiempo los arquitectos encargados de construir las bibliotecas no se han ocupado de las disposiciones interiores, reservando todo su talento para la fachada, sin preocuparse del

espléndidamente adornado para el placer de los ojos, sino en una construcción capaz de contener el mayor número posible de libros y que ofrezca garantías de comodidad y seguridad».

En una palabra, todo edificio debe ser rigurosamente apropiado al destino especial de la biblioteca para la que ha sido construído (1).

destino del monumento. Sólo debido a la necesidad se impuso la reconstrucción de la Biblioteca Nacional (París) y se reconoció que hay reglas para la construcción de una biblioteca como para una estación o un mercado». *Grande Encyclopédie*, Installation des B., en la palabra «Bibliothèque», VI, p. 658. Casi podríamos agregar que en Francia estas reglas son aún totalmente desconocidas por la mayoría de los arquitectos.

(1). Las observaciones presentadas en esta materia por Justino WINSOR, en un artículo, del que trataremos más adelante, son perfectamente justas: «The public wants books to read, not to look at. Men do not erect a building and decide afterwards whether it shall be a playhouse or a hospital: and yet these two are not more awkwardly interchangeable than the two kinds of library buildings needed, say by an antiquarian society and a municipality; still committees go on and build a building, leaving the question an open one whether their library shall be of one sort or another». Según WINSOR, toda biblioteca debe edificarse de tal modo que ningún lugar se pierda y que el servicio pueda hacerse rápidamente. Estas dos condiciones son, a sus ojos, de una importancia primordial: «The main idea of the modern public library building, dice, is compact stowage to save space, and short distances to save time».

§ II

De la disposición de los locales.—Consideraciones prácticas

Acabamos de exponer los principios generales aplicables a la construcción de toda biblioteca; vamos ahora a entrar en algunos detalles relativos a la disposición de los locales y a las diversas condiciones que deben reunir. Sobre esta materia podríamos ser muy breves, y contentarnos con repetir lo que hemos dicho más arriba sobre las medidas que deben tomarse contra el fuego y la humedad y sobre los diversos métodos de alumbrado; pero los locales tienen un destino especial y es útil estudiar un poco más su construcción respectiva. (1)

Una biblioteca pública necesita, desde luego, oficinas para la administración y salas de trabajo para su personal. Estos diferentes depar-

(1) Véase: W. BEER, «On library floors and floor-coverings,» *Library Journal*, XIX, 1894. N.º 12, p. 100-101.

tamentos de preferencia deben estar expuestos hacia el norte (sur en Chile), de suerte que la luz sea más regular y agradable, y a la vez se consulta la calefacción durante el invierno.

Las salas de trabajo y del manejo del personal deben colocarse, en cuanto sea posible, en el centro mismo de la biblioteca, no distantes de los locales destinados a la administración, a fin de facilitar el servicio entre los depósitos de libros y el salón de lectura; todo lo cual es de una necesidad evidente en que es inútil insistir. Durante la estación fría, estas salas deben estar convenientemente provistas de estufas, una buena ventilación atenuará sus efectos nocivos para la salud; para evitar el polvo en los libros es indispensable el aseo más minucioso.

Si aparte de la oficina del Director de la biblioteca no se puede disponer sino de una sala para el resto de los empleados, éstos deben contar con un espacio suficientemente amplio en vista de que su número se ha de aumentar más tarde.

Aún en las pequeñas bibliotecas los locales destinados al servicio del público deben mantenerse siempre apartados de las salas en que trabaja el personal, a fin de evitarles toda causa

de perturbaciones; y es sensible que esta consideración no se haya tomado siempre en cuenta.

Es indispensable que la sala de préstamos sea de fácil acceso al público, tenga suficiente luz y sea bastante espaciosa para recibir la devolución y renovación del servicio de préstamo de libros.

En las bibliotecas más importantes, en que el personal es numeroso y donde el trabajo es muy pesado, no bastará aumentar los locales reservados a los empleados, sino que será necesario tener una o varias piezas destinadas a los libros a la rústica y periódicos o revistas por entregas; si hay necesidad se podrá organizar un taller de encuadernación, un departamento de embalaje, etc., etc.

Un guardarropa para el público deberá instalarse vecino al salón de lectura y de manera que sea fácil su vigilancia.

Hoy día la sala de lectura es para toda biblioteca de una necesidad absoluta, aún para las más pequeñas. Esta sala, naturalmente, es de rigor en las que no prestan a domicilio los libros sino en raras ocasiones, y mucho más aún en las que no existe este servicio; en este caso,

en efecto, la sala de lectura es la que sirve como intermediaria entre el público y la biblioteca.

Naturalmente que esta sala deberá ser más o menos grande, según las exigencias del servicio. En una biblioteca importante, será, no sólo bien alumbrada, sino también alta y espaciosa, bien aireada y calentada, separada de los depósitos de libros y suficientemente aislada para que ningún ruido, sea de fuera, sea del interior, motive perturbaciones. La arquitectura será majestuosa, pero sin fausto inútil; para decirlo en una palabra, deberá reunir el confort y la comodidad.

Las estanterías deberán, como lo hemos dicho más arriba, ser construídas de manera de poder contener el mayor número posible de libros en el menor espacio, sin que esto signifique que los libros dejen de estar lo más visibles y en condición que se les pueda encontrar fácil y rápidamente.

Se dedicarán salas especiales para la conservación de los manuscritos, incunables y libros raros, y, si se toman todas las medidas de seguridad para el conjunto de la biblioteca, con mayor razón deberán tomarse hasta la minuciosidad las necesarias para los locales que contie-

nen los manuscritos y los archivos, es decir, de los tesoros cuya pérdida sería irreparable; por esta causa recomendamos particularmente, para estas salas, las bóvedas.

Acabamos de resumir en parte el conjunto de principios esenciales que se imponen en materia de construcción de las bibliotecas, pero, para dar a conocer mejor nuestro pensamiento y dar más relieve al cuadro que hemos trazado a grandes rasgos, pasaremos de la teoría a la práctica y citaremos algunos ejemplos a fin de demostrar cómo los arquitectos han resuelto hasta hoy este problema (1). Pueden apreciarse

(1) Una lista de las obras modernas relativas a la construcción de bibliotecas se ha publicado en apéndice al trabajo de J. KODITEK: *Repertorium der wichtigsten Zeitschriften des Hochbauwesens*. Leipzig, 1884, en el *Centralblatt f. B.*, a. I, 1884, p. 34; II, 1885, p. 197-199, 247. A las excelentes memorias de KORTŪM y otros autores citados, vol. I, p. 197, del *Centralblatt* del que hemos sacado provecho para nuestro trabajo, agregaremos el de VOGEL, «Historische und technische Erörterungen für die passendste Einrichtung von Bibliotheksgebäuden» en la *Zeitschrift für praktische Baukunst* de ROMBERG, Leipzig, 1848.—Los *Grundriss-Vorbilder von Gebäuden aller Art*, editados por L. KLASSEN. Abth. X: Gebäude für Kunst- und Wissenschaft (Leipzig, Baumgärtner, 1887), reproducen los planos de numerosas bibliotecas e indican el modo como están organizadas y arregladas; pero es en el *Handbuch der Architektur herausgegeben von J. DURM, H. ENDE, C. SCHMIDT y H. WAGNER* (Darmstadt, A. Bergsträsser), IV parte, vol. 6, fasc. 4: «Gebäude für Sammlungen und Aufstellungen» (*Archive, Bibliotheken und Museen*)

los importantes progresos alcanzados hasta hoy día, y la actividad desplegada en esta materia, no menos que la especie de rivalidad internacional empeñada, que son seguras garantías de las numerosas mejoras que se realizarán en el porvenir.

Antiguamente se contentaban por lo general con escojer, para colocar las bibliotecas, los locales más o menos cómodos de viejos edificios, sin preguntarse siquiera si convendrían a su nuevo destino. La sola cuestión que se tomaba en cuenta era la de saber si ofrecían lugar suficiente para las colecciones que se tenía la intención de colocar y, puede ser, los acrecimientos que se preveían. Este era el criterio que decidía si tal o cual edificio era o no apto para servir de biblioteca. Algunas veces, sin embargo, se

por H. ENDE C. JUNK, A. KERLER, KORTÜM y otros, donde la materia que nos ocupa ha sido tratada de la manera más completa y profunda.

La parte del *Handbuch der Architektur* relativa a las bibliotecas se encuentra analizada en el *Centralblatt f. B.*, 1893, p. 417-419. Veáanse también: H. DÜRING, «Bibliothekstechnische Mitteilungen», *Centralblatt f. B.*, XII, 1895, p. 297-311; XIV, 1897, p. 27-38, 65-74.—Ch. BERGHOEFFER, «Ueber die Ordnung des modernen Bibliothekbaues und einige neuere Ausstattungsmittel», *Berichte des Freien Deutschen Hochstiftes zu Frankfurt a. M.*, 1896, p. 309.—J. COUSIN, *De la construction et de l'installation des bibliothèques universitaires*, Paris, 1886.

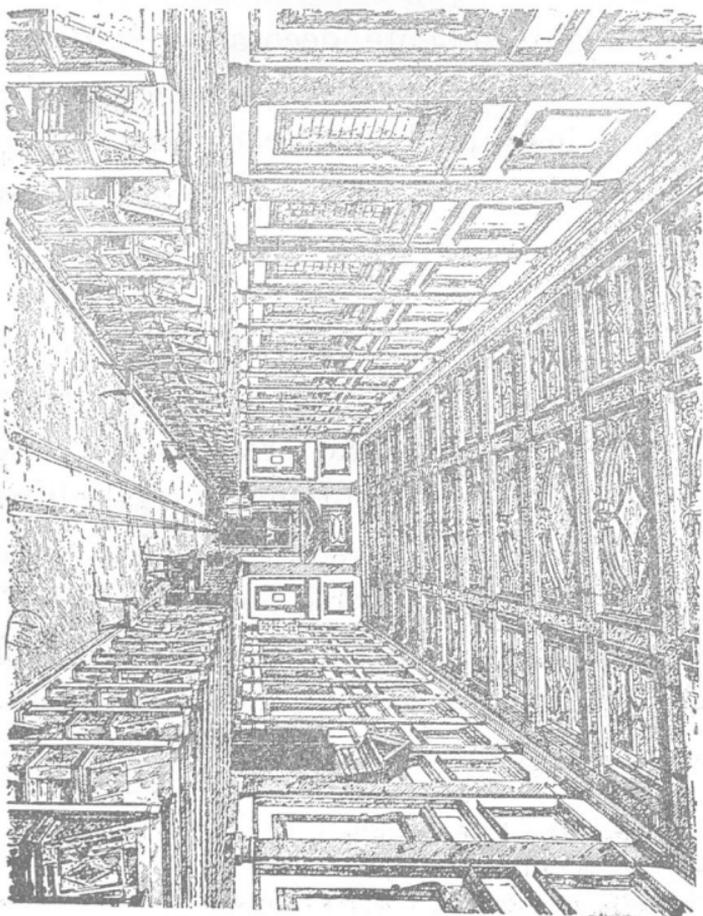
construían edificios, pero subordinando la parte estética a toda otra consideración. Presentaban por el exterior el aspecto de verdaderos palacios, mientras que en el interior una o varias salas magníficamente decoradas contenían los libros, a veces colocados fijos sobre pupitres, a los cuales los sujetaban por cadenas que los protegían de los ladrones y de los que piden prestado ⁽¹⁾ (esta curiosa disposición, casi general en la edad media, aún usada en las bibliotecas principescas del Renacimiento, se ha conservado hasta hoy en la Biblioteca Laurenciana de Florencia (fig. 1 y 2), de ordinario situados a lo largo de los muros, pero frecuentemente a tal altura que no se les podía vigilar sino desde lo alto de una escala. Las antiguas bibliotecas italianas ⁽²⁾ fueron, en su mayoría, edificadas sobre estos planos y sirvieron de modelo a las construcciones lujosas que se levantaron en los otros países. Es así

(1) Véase: *Grande Encyclopédie*, t, VI, art. Bibliothéque, § VI, Architecture, por Ch. LUCAS.

(2) La bibliografía de las obras relativas a las bibliotecas italianas (comprendidos los planos y reproducciones) ha sido hecha por C. FUMAGALLI en la *Rivista delle Biblioteche*, vol. I, 1888, N.º 11-12, p. 161-167. A propósito de la magnificencia de estos establecimientos, FUMAGALLI cita las célebres palabras de ADDISON: «Books are, indeed, the last part of the furniture that one ordinarily goes to see in an Italian library».

como el primer edificio construido en Alemania para servir de biblioteca lo fue sobre el tipo italiano; hablamos de la Biblioteca ducal de Wol-

Fig. 1. Sala de la Biblioteca Laurenziana, de Florencia.



fenbüttel [1] comenzada en 1706 según los planos de Hermann KORB, bajo el reinado de AN-

(1) Según MÜLLER, el prototipo de la Biblioteca ducal de Wolfenbüttel sería la *Villa Rotonda* de PALLADIO, cerca de Vicenza.

TONIO ULRICH y concluída en 1723 bajo AUGUSTO GUILLERMO (fig. 3). Durante mucho tiempo, esta biblioteca fue mirada como modelo de

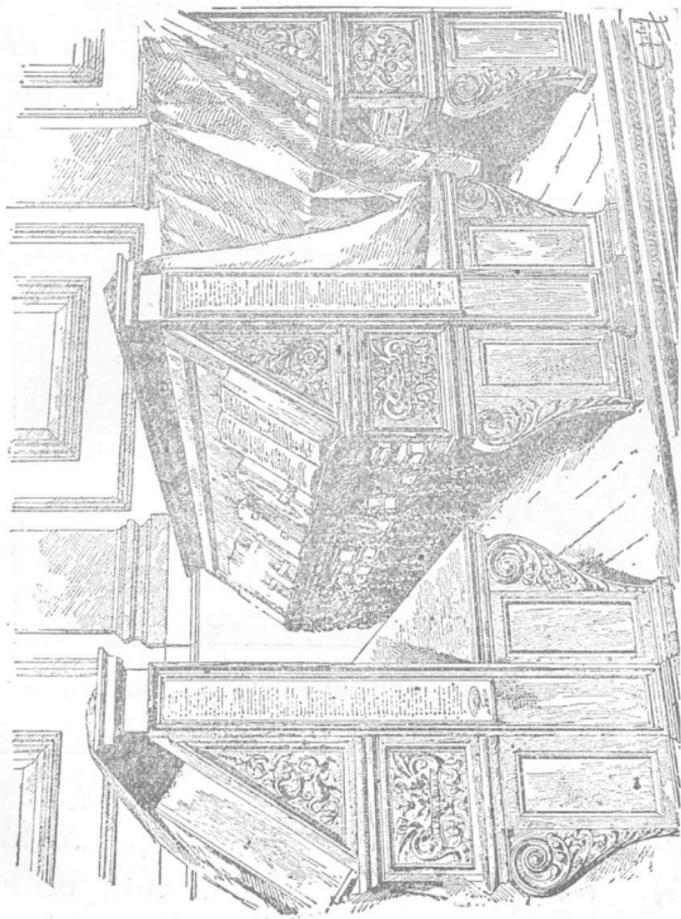


Fig. 2. Pupitres y bancos de la Biblioteca Laurenziana de Florencia

todas las condiciones apetecibles. Pero recientemente se la demolió por razones de la poca seguridad que presentaba contra incendios. La nueva biblioteca, de la que hablaremos más adelante, ha sido inaugurada en 1887.

«Según la descripción hecha por el bibliotecario SCHÖNEMANN, el antiguo edificio formaba un rectángulo de 43 metros de largo por 31 de ancho. La escalera principal, cómoda y bien alumbrada, daba al sur, en una especie de pabellón que sobresalía de la portada. Tenía tres pisos hasta el techo, sobre el cual se elevaba



Fig. 3. La antigua Biblioteca de Wolfenbüttel.

una cúpula oval, cuyas 24 ventanas cintrada, alumbraban el interior de la sala de lectura igualmente oval (28 metros de largo por 22 de ancho). Esta sala, que había sido el ideal del constructor, asombraba a los visitantes por la belleza de sus proporciones, y las faltas de detalle que se le habían podido notar provenían únicamente de la prisa con que se la había construido. Doce columnas, decoradas de do-

bles pilastras dóricas, jónicas, corintias y toscanas, eran el soporte de la bóveda, decorada por un fresco que representaba el Olimpo.

«El primero y segundo pisos de la sala (que correspondían al segundo y tercero del edificio) estaban reservados a los libros; en el tercer piso una muralla de un hermoso estilo decorativo ocupaba el espacio libre entre las columnas que sostenían la cúpula. Un largo pasillo elíptico bien alumbrado, corría en cada piso por el exterior y alrededor de la sala de lectura; gracias a esta disposición los cuatro ángulos del edificio estaban ocupados, en el primero y segundo pisos, por cuatro cámaras que contenían los manuscritos, las obras preciosas, las colecciones y los catálogos. Sobre la plataforma de la cúpula, que era accesible por medio de una escalera en espiral, de fierro, se había colocado un inmenso globo celeste de madera; pero no se tardó en reemplazarlo por un pararrayos a causa de su considerable peso.»

El magnífico edificio levantado en München (1832-1843) por orden de Luis I, rey de Baviera, y según los planos de Francisco von GARTNER, (1) para depósito de los archivos del Esta-

(1) FR. V. GARTNER: *Sammlung der Entwürfe ausgeführter Gebäude*. Lief. 1, 2: «Bibliothek und Archiv-Gebäude in München.» (20 pl. lit. in fol.) München, 1844-45.

do y biblioteca real, denota un considerable progreso en el arte de construir bibliotecas (fig. 4). Galerías de una altura de 2 m. 50, unidas entre sí por escaleras, permitían llenar de libros toda la superficie de los muros de los depósitos sin tener que recurrir a las escalas, a menudo peligrosas.



Fig. 4. La biblioteca real Múnich.

«El edificio, completamente aislado, tiene la forma de un rectángulo alargado. Su altura es de 25 metros y tiene dos pisos. La fachada Oeste, de 151 metros de largo se encuentra en la Ludwigstrasse; la fachada Este da al jardín inglés. Los otros dos lados no tienen más que 48 metros de largo; el del Sur da frente al Ministerio de guerra, y el del Norte a una casa, sepa-

rada por un jardín, y edificada igualmente por GARTNER no lejos de la Ludwigskirche.

«Un edificio transversal reúne la parte del oeste con la del este, y forma así dos grandes patios de iguales dimensiones. En cada uno de ellos hay una fuente con todos los aparatos necesarios contra incendio; el edificio entero está, por fin, provisto de agua a alta presión. La escalinata exterior, adornada con cuatro estatuas de Aristóles, Tucídides, Hipócrates y Homero, obras de SANGUINETTI y de MEYER, da acceso a la puerta de entrada. A la derecha e izquierda del vestíbulo están los archivos que ocupan el piso bajo (rez-de-chaussée). Larga escalera de mármol, precedida de doble hilera de columnas, da a la puerta de entrada y conduce a la biblioteca, a la que confina igualmente otra que parte del patio norte. La sala de lectura ocupa el centro del edificio del este, consagrado casi por entero a las necesidades del público. Dos estatuas de mármol blanco, obras de SCHWANTHALER decoran los dos lados de la puerta de entrada a la biblioteca: una representa al duque ALBERTO V, primer fundador de la biblioteca, la otra, al rey LUIS I, fundador del edificio que estamos describiendo y a quien ha sido dedicado.

La biblioteca posee más de 900,000 impresos y 40,000 manuscritos. El primero y segundo pisos le están por entero reservados, y está dividida en 77 salas de diversos tamaños. El primero de nuestros grabados representa la facha-

da del edificio en la Ludwigstrasse; el segundo y el tercero, los planos del primero y del segundo piso.

«He aquí la leyenda, revisada por el Dr. LAUBMANN, director de la biblioteca:

«Primer piso (fig. 5).—1 Escalera.—2 Entrada de la biblioteca.—3 Sala de préstamos.—4 Sala de lectura.—5 Secretaría.—6 Sala de los periódicos.—7 Oficina del director.—8 Sala de lectura de los manuscritos.—9 Gabinete de un bibliotecario.—10 Sala de la música.—11 Vestíbulo.—12 Escalera de piedra que conduce al 2.º

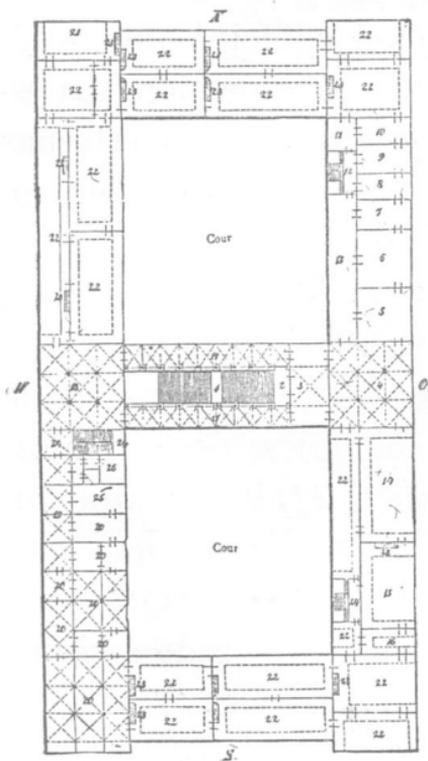


Fig. 5. Biblioteca real de Múnich.
Plano del primer piso.

Escalera de piedra que conduce al 2.º

piso.—13 Galería de comunicación.— 14 Sala del catálogo.—15 Depósito de libros.—16 Sala de conservación para los libros no empastados.— 17 Corredores que dan acceso a la gran escalera.—18 Sala de reuniones, llamada también sala de los príncipes o sala roja.— 19 Galería de comunicación. — 20 Sala de los incunables.— 21 «Schatzkammer», Cámara del tesoro, que contiene las obras rarísimas, los «Cimelien». — 22 Depósitos de libros con dos galerías a las que dan acceso pequeñas escaleras, 23, al segundo piso.— 24 Escaleras de piedra.—25 Colección de litografías de SENEFELDER.—26 Retretes.

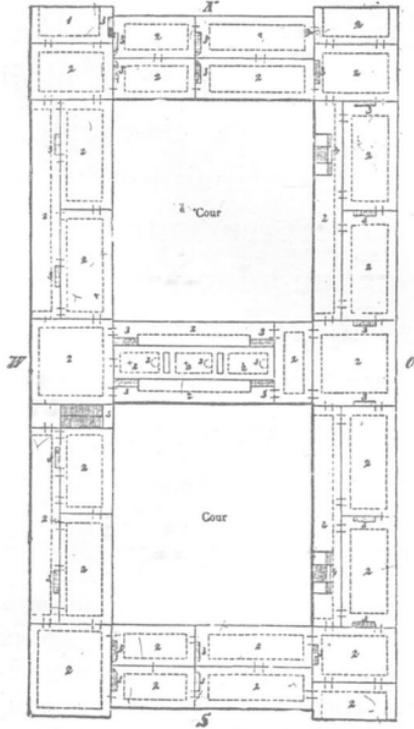


Fig. 6. Biblioteca real de Múnich.
Plano del segundo piso.

«Segundo piso (fig. 6). 1 Segunda «Schatzkammer» para las encuadernaciones preciosas.—2 Depósitos de libros, alumbrados por lo alto.

—3 Pequeñas escaleras.—4 Escaleras secundarias de piedra.—5 Escalera de piedra que conduce al techo.»

La mayor parte de las grandes bibliotecas americanas, como las públicas de Boston y Cincinnati, como la del Boston Athenæum, la Astor de Nueva York, la del Peabody Institute de Baltimore, en fin, la biblioteca del Congreso, en Wáshington, han sido construídas según los mismos principios y nos ofrecen los ejemplos más sorprendentes del tipo de construcciones que han adoptado hasta hoy los americanos (1). Hé aquí sus caracteres generales: galerías en las cuales todos los libros se encuentran al alcance de la mano; una gran sala de lectura en que la luz viene de arriba y rodeada de una serie de

(1) La *Circular of information of the bureau of education*, 1887, n.º 2, ha publicado una serie de excelentes reproducciones de bibliotecas americanas (especialmente de las bibliotecas de los *colleges* y *seminaries*.) Véase también: J. L. WHITNEY «Catalogue of the illustrations and plans of library buildings in the Boston Public Library», *Library Journal*, V, XI, 1886, p. 409-417; K. A. LINDERFELT y A. MEINECKE: *Reports on the proposed library and museum building for the city of Milwaukee* Milwaukee, 1890, con numerosas reseñas sobre la construcción de las bibliotecas americanas. Véase asimismo W. J. FLETCHER en su manual «*Public libraries in America*.» La revista *The library* regularmente publica descripciones y reproducciones de estas bibliotecas

galerías; en fin, la sub-división de cada galería en compartimentos alumbrados por ventanas laterales.

Damos aquí una vista interior de la biblioteca del «Peabody Institute» (y la descripción de este monumento hecha por POOLE), que es, según parece, una de las mejores en su género.

«El depósito de libros tiene 26 metros de largo sobre 21 de ancho y 19 de alto (fig. 7). Está precedida por la sala de lectura, ancho 11 metros y largo 22 (fig. 8), mientras que por la parte de atrás se en-

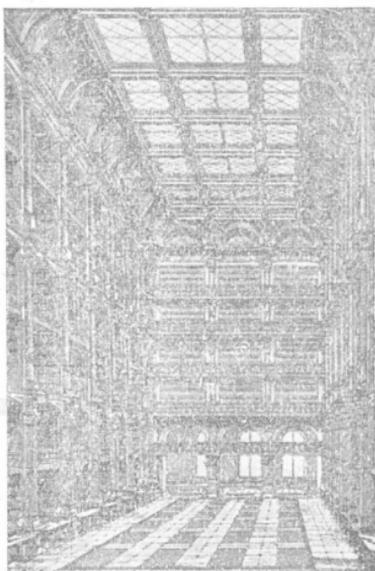


Fig. 7. Depósitos de libros de la Biblioteca del *Peabody Institute*, en Baltimore.

encuentran dos salas: una de trabajo (6×12) y una reservada a los empleados de la biblioteca ($6 \times 5\frac{1}{2}$). Tiene seis pisos divididos como ya se ha dicho en una serie de compartimentos; la profundidad de cada uno de ellos, partiendo

del muro, del que están separados por un estrecho pasillo, como lo muestra el plano, es de $5\frac{1}{2}$ metros por $3\frac{1}{2}$ de ancho. Cada compartimento está perfectamente alumbrado por pequeñas ventanas laterales y por la abundante luz que cae del techo de vidrio. Se ha calculado que el

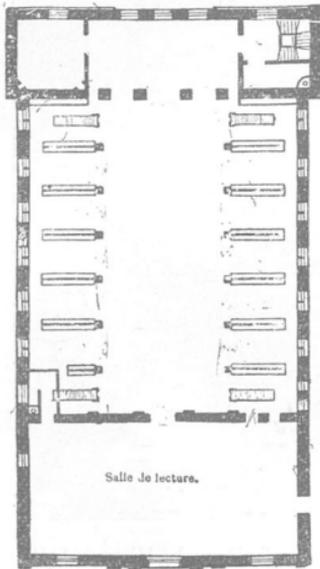


Fig. 8. Plano de la Biblioteca del Peabody Institute.

edificio puede contener 150,000 volúmenes; produce una impresión imponente y recuerda las iglesias góticas de la edad media.»

La nueva biblioteca del Congreso, en Wáshington merece también una mención especial.

«Es un edificio grandioso y de proporciones colosales (fig. 9). Es de forma oblonga y su altura es de dos pisos. Los planos fueron dibujados por el arquitecto J. L. SMITH-MEYER y adoptados por el Congreso⁽¹⁾ a despecho

(1) El «bill» de fundación se encuentra reproducido en el *Library Journal*, vol. II, 1886, p. 50-58.

de la oposición de los bibliotecarios americanos, que en una conferencia celebrada en 1881, en Wáshington, se habían pronunciado contra el proyecto. Hé aquí en sus grandes líneas el plan de SMITHMEYER (fig. 10): al centro una gran sala octogonal de 100 pies de diámetro, alumbrada

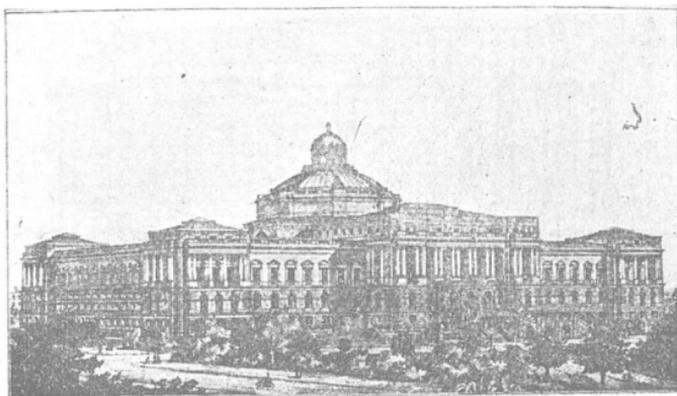


Fig. 9. La Biblioteca del Congreso, en Wáshington.
Vista de conjunto.

por lo alto y rodeada de 56 «alcôves» capaces de recibir 260,000 volúmenes; los depósitos de libros, alumbrados lateralmente por los patios interiores, confinando todos a esta sala, alrededor de la cual estaban dispuestos en forma de rayos, y en los cuatro ángulos del edificio pequeñas salas para manuscritos preciosos. Los locales del primer piso, hacia la fachada principal debían estar reservados a las oficinas



de la administración y a los almacenes de libros del depósito legal; las salas del lado y las situadas atrás, a las artes gráficas. Se comenzaron los trabajos el 15 de Abril de 1886, pero no tardaron en interrumpirse (por decisión tomada por el Congreso el 18 de Junio de 1888) por

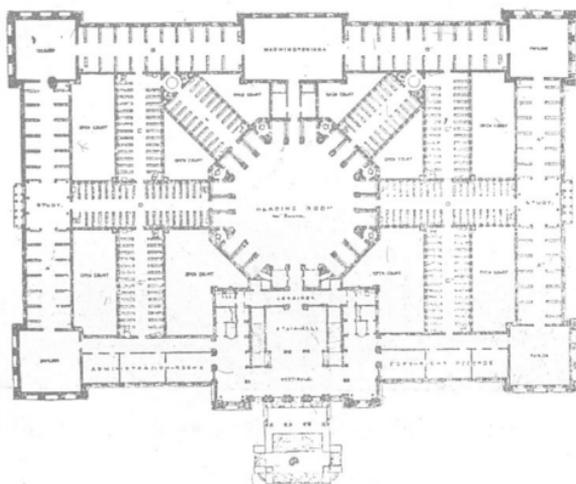


Fig. 10. Biblioteca del Congreso. Plano de *Smithmeyer*.

motivos de carácter financiero. Se reconoció, en efecto, que las cifras primitivas del presupuesto, fijadas en 2 a 2½ millones de dólares, subirían en realidad de 7 a 10 millones de dólares. Entretanto se despidió al arquitecto y se encargó a los «*engineers of the army*» el trazado de nuevos proyectos que permitiesen, utilizando lo ya hecho, reducir sensiblemente los valo-

res primitivos. (1) El General CASEY ensayó el modo de llegar a este fin no introduciendo en el plano de SMITHMEYER sino modificaciones de detalle; presentó dos proyectos: el primero exigía 6 millones de dólares, mientras que el segundo, muy simplificado, reducía los gastos a

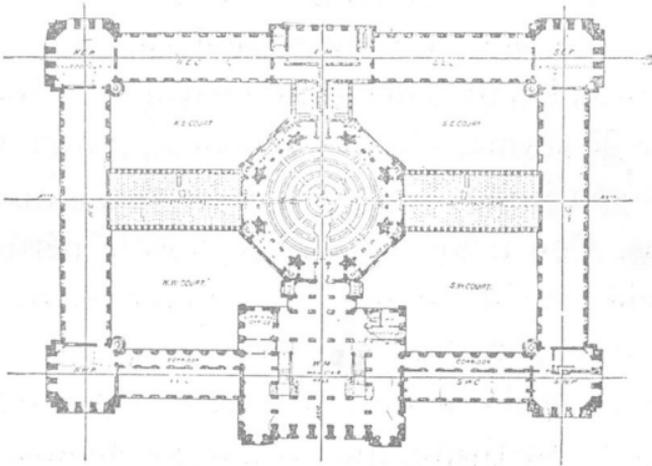


Fig. 11. Biblioteca del Congreso. Plano definitivo,

4 millones. El primero de estos dos proyectos (fig. 11) fue el adoptado por el Congreso y pudieron continuarse los trabajos. (2)

Nuestros grabados permiten darse cuenta de los cambios poco numerosos hechos por el General CASEY al plano primitivo. La bibliote-

(1) *Library Journal*, XIII, 1888, p. 213, 217-218, 343.

(2) *Library Journal*, XIV, 1889, p. 30-34 (con fig.), 173-174.

ca del Congreso puede contener 2.500,000 volúmenes (1) y posee además una galería de pintura y salas de exposiciones.»

Como lo vemos, en estas dos bibliotecas, las salas de lectura son independientes; no sucede lo mismo en la mayor parte de las otras bibliotecas americanas, donde se han contentado con instalar la sala de lectura en el espacio que queda libre al centro del gran depósito de libros. A pesar de su magnífica apariencia, estas bibliotecas con inmensas salas presentan graves defectos. Con razón POOLE deplora la pérdida de espacio considerable producido por la gran sala central; la inutilidad de esta última está particularmente de manifiesto en la biblioteca del Peabody Institute, que, como lo hemos dicho, posee una sala de lectura separada. Todas las otras observaciones presentadas por el bibliotecario americano y relativas a las imperfecciones y a la carestía de la calefacción, a la dificultad que ofrecía el ensanche de los edificios, son igualmente justas. La disposición de galerías es para los empleados un servicio molesto en

(1) Según una nota del *Library Journal* (II, 1886, p. 56), la «book-capacity» habría sido de 3.554,760 volúmenes si se hubiera ejecutado íntegramente el plan de Smithmeyer.

extremo. Están obligados, en efecto, para buscar los libros, a subir una cantidad considerable de escaleras y muy frecuentemente dar la vuelta a la galería central, lo que aumenta la fatiga. Asimismo, cuando la sala tiene calefacción o alumbrado a gas, el aire cálido se encuentra, naturalmente, en la parte superior y sufren demasiado las encuadernaciones de los libros colocados en las galerías superiores; agreguemos que en caso de incendio, este género de construcciones ofrece grandes peligros. En fin, la instalación de la sala de lectura al centro de los depósitos de libros es causa de perturbación para los estudiosos y perjudicial a sus trabajos. Por todos estos motivos, la Asociación de bibliotecarios americanos ha decidido que, en lo sucesivo el sistema de construcción que hemos examinado sea abandonado por completo.

He aquí el proyecto que POOLE (1) ha presentado para reemplazarlo. Dejamos la palabra al bibliotecario americano:

(1) En su ensayo intitulado «Library buildings» y reproducido en la obra varias veces citada: *Public libraries in the U. S. of America (Bureau of Education)*, part. I, p. 465-475, Justin WINSOR había ya preconizado una reforma de la arquitectura de las bibliotecas

«El edificio deberá elevarse sobre un terreno perfectamente despejado y, en lo posible, aislado. Al centro del lado que más convenga se

americanas y propuestos nuevos planos; pero el gran campeón de esta reforma ha sido William POOLE (su biografía se encuentra publicada bajo la firma de W. J. FLETCHER en el *Library Journal*, vol. XII, 1887, p. 281-288; XIX, 1894, p. 81-83; véase asimismo el artículo que C. Nörrenberg publicó sobre F. W. Poole en el *Centralblatt f. B.*, XI, 1894, p. 526-528), Poole era entonces bibliotecario de la Public Library, y por último la Newberry Library de Chicago, que es su obra, y de la cual hablaremos más adelante. Los trabajos que Poole ha publicado con motivo de esta reforma son: «The construction of library buildings», reproducido en *Library Journal*, VI, 1881, p. 69-77, en las *Circulars of information of the bureau of education*, 1881, n.º 1, y en el *American Architect*, sept. 17, 1881, (vol. X, p. 131), y traducido al francés con el título de «La construction des bibliothèques publiques d'après le plan du bibliothécaire William F. Poole», *Rev. des Bibliothèques*, III, 1893, p. 278-291;—«Progress of library architecture», *Library Journal*, VII, 1882, p. 130-136;—«Remarks on library construction. To which is appended an examination of Mr. J. L. Smithmeyer's pamphlet entitled: Suggestions on library architecture, American and foreign, Chicago, 1884». (*Centralblatt f. B.*, I, 1884, p. 99-200, y *Library Journal*, VIII, p. 270 y sig.);—«Small library buildings»: *Library Journal*, X, 1885, p. 250-256.—Citamos los siguientes artículos relativos a la arquitectura de las bibliotecas: William ARCHER, «Suggestions as to public library buildings»: *Transactions and proceedings of the 4. and 5. annual meetings of the library association U. K.*, London, 1884, p. 51-58;—W. HENMAN, «Free library buildings, their arrangement and fittings»: *Trans. of proc. of the 6. meeting of the lib. as. U. K.*, London, 1886, p. 100;—W. J. FLETCHER, «Library buildings», *Library Journal*, XIV, 1889, p. 39-40;—Normand S. PATTON, «Architects and librarians», *ibid.*, p. 159-161; Addison VAN NAME, «Report on library architecture», *ibid.*, p. 162-174;—H. M. UTLEY, «Report on library architecture», *ibid.*, XV, 1890, n.º 12, p. 12-14, 75-85;—C. C. SOULE, «Points of agreement among librarians

construirá el cuerpo central, exclusivamente consagrado a las oficinas de la administración y las salas de trabajo de los empleados. De cada lado de este cuerpo central, como por detrás,

as to library architecture», *ibid.*, XVI, 1891, n.º 12, p. 17-19;—E. E. CLARKE, «Considerations on the card catalogue and library construction», *ibid.*, XVII, 1892, p. 229-232. En la conferencia de Washington, 1881, y de la que ya hemos hablado, los bibliotecarios americanos, después de haberse pronunciado, como POOLE lo hizo de nuevo más tarde (1884) en el trabajo que acabamos de citar, contra el proyecto presentado por SMITHMEYER para la construcción de la biblioteca del Congreso, tomaron, sobre la proposición de EDMANS de Filadelfia, una decisión de la más alta importancia: «that in the opinion of the Association, the time has come for a radical modification of the prevailing typical style of library building, and the adoption of a style of construction better suited to economy and practical utility». Un año más tarde la conferencia de Cincinnati aprobó esta declaración. POOLE dijo, de las construcciones hechas hasta entonces, que ellas eran: «absurd, extravagant, combustible and inconvenient».—El palacio edificado en Boston para la biblioteca pública presenta los mismos defectos (*Centralblatt f. B.*, VIII, 1891, p. 225; *Library Journal*, XV, 1890, p. 297-302, y n.º 12, p. 164-166).

Para terminar citaremos el trabajo de Eirikr MAGNESSON, publicado en el *Library Journal*, XI, 1886, p. 331-339, bajo el título de «Spiral Library buildings», y en el cual propone edificar las bibliotecas de tal modo que los locales tomen una forma espiroide al rededor de una sala de lectura circular que va al centro, a fin de que se le pueda siempre y sin dificultad agregar nuevas construcciones. Véase POOLE, *Library Journal*, XI, p. 359-362;—Sobre la arquitectura de las bibliotecas, véase también Th. H. WEST, «Report on library architecture», *Library Journal*, XIX, 1894, p. 96-100, y L. F. GRAY, «The new public library of the city of Boston», *ibid.*, p. 365-368.

se construirán las alas adyacentes e independientes, pero reunidas las unas a las otras, y cuyo centro será, como lo muestra nuestro plano (fig. 12), ocupado por un gran patio interior que distribuirá a cada pabellón abundante luz.

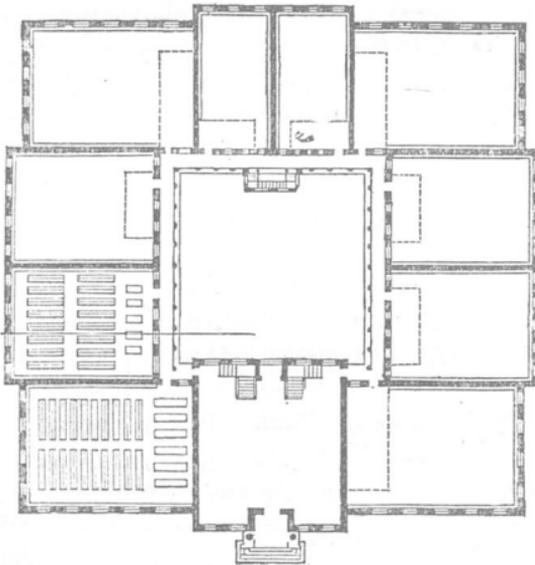


Fig. 12. Plano de la Biblioteca presentado por Poole

Suponiendo que se escoja para las construcciones un terreno cuadrangular de 60 metros por costado, el cuerpo central podrá formar un rectángulo de 18 metros de frente por 22 de fondo; en cuanto a las salas laterales, como se las ve dispuestas, al lado del cuerpo central, podrán tener 16 metros de frente y 5 de altura, por

cuantos metros de fondo se deseen. Cada una de estas salas corresponderá a una de las divisiones especiales del catálogo metódico. Una contendrá, por ejemplo, todas las obras que traten de bellas artes, otra de libros sobre historia, otra de geografía, etc., etc. Amplio corredor, con galería de vidrio, de forma rectangular, dará acceso a las diferentes salas que, por medida de precaución contra incendio, estarán separadas por muros corta-fuego. Esta disposición permite suprimir las galerías y compartimentos adoptados en otras bibliotecas americanas. Los libros se colocarán en anaqueles a lo largo de los muros o en las estanterías dobles transversales en la sala misma y a una altura tal que se les pueda tomar fácilmente con la mano sin recurrir a las escalas. Cada sala, alumbrada, como lo muestra el plano, por dos costados (por las ventanas que dan al exterior e interior del edificio), tendrá mesas y sillas colocadas cerca de la puerta de entrada, y de esta manera cada sala se transforma en sala de lectura en que los libros relativos a la ciencia especial a que está consagrada, pueden consultarse con suma facilidad. El bibliotecario destinado

al servicio de cada sala, podrá asimismo, conociendo perfectamente la sección que se le ha confiado, ayudar y aconsejar a los que a él se dirijan. La gran sala de lectura de este modo queda suprimida y se la reemplaza por una serie de pequeñas salas que, si es necesario, se prestan mutuamente sus libros y donde los lectores podrán estudiar con toda tranquilidad, sin perturbaciones, como que todo el movimiento se concentra en el corredor. Las enciclopedias y las obras de consulta de gran importancia se reunirán en una sola sala. Cuando la necesidad lo exija, se podrá dar al edificio una altura de tres o cuatro pisos con toda facilidad, pero será necesario instalar un ascensor cerca de las escaleras, a fin de facilitar las comunicaciones.

«Este género de construcción ofrece, desde el punto de vista de las garantías contra incendio, ventajas incontestables sobre el sistema hasta hoy adoptado; en efecto, el edificio se construirá con materiales incombustibles (fierro, piedra, ladrillos, hormigón), y cada sala se separará de las vecinas por gruesos muros lo que facilitará localizar el fuego en caso que se

presentare. Por otra parte, la pérdida de espacio se reduce al *mínimum*; como no hay galerías, como se ha dicho, los inconvenientes de un *surchauffage* en la parte superior del edificio, se evitan por completo (1); en fin, durante el invierno es fácil dar a las salas una temperatura igual y regular, economizando una gran parte



Fig. 13. La *Newberry Library*, en *Chicago*.

de los gastos que necesita la calefacción. Agreguemos a esto que el servicio de libros es rápido y que nada perturbará la tranquilidad de las salas.»

(1) Hé aquí lo dicho, en esta materia de calefacción, en la conferencia de *Wáshington* por el bibliotecario del Congreso, *SPOFFORD*, tomando como ejemplo la biblioteca misma del Congreso: «If you go into upper galleries of the Library of Congress, on any day of

POOLE tuvo la suerte de ver realizados los planos que había propuesto. La «Newberry Library» (1), edificada (1891-1893) en Chicago, y de la que hasta su muerte fue bibliotecario, se construyó bajo su dirección (fig. 13)

the winter and take a book from the shelves, the chances are that it will almost burn your hand. It has often occurred to me that if these warped and shrivelled and overheated volumes were not inanimate beings, if they could only speak, they would cry out with one voice to their custodians: «Our sufferings are intolerable.» In the library I speak of, moreover, there is only the injury resulting from the rising heat to which the books are subjected, since no gass is burned. When to the fearful and almost incandescent heat, that gathers under every ceiling, is added the welknown destructive influence of coal-gas, burned through many hours of each day, the effects upon the books and bindings are simply deplorable». Asimismo, durante el verano, el calor, almacenado por las galerías de vidrios, produce tambien efectos deplorables. «Books cannot live where men cannot live», ha dicho con razón POOLE. «In excessive heat the leather of bindings slowly consumes, and its life departs. In libraries bindings have no such aggressive and destructive an enemy as excessive heat. A wellknown architect of Boston recently called upon me, and, conversing upon the subject, which was new to him, said that he frequently went into the galleries of the Boston Athenæum to consult books, and when we came down found his clothes covered whith a fine red powder. He asked if I knew what that powder was. I replied that I had often observed the same fact in the same locality and I had no doubt that it was the ashes of the bindings which had been consumed by excessive heat.»

(1) Véase: *The Newberry Library Chicago. Certificate of incorporation and incorporation act* y el artículo de C.C. SOULE en el *Library Journal*, vol XVI p. 11-13.

«La Newberry Library es un edificio de cinco pisos. El piso bajo (rez-de-chaussée) está exclusivamente reservado a los locales de la administración y contiene además un vasto «auditorium»; los otros pisos están todos divididos en grandes salas, separadas unas de otras por es-



Fig. 14. Sala de lectura de la *Newberry Library*

pesos muros a cubierto del fuego, salas que dan a los espaciosos corredores en donde desembocan las escaleras y ascensores. El primer piso tiene 16 pies de altura, el segundo 15, y los otros 14 cada uno. La gran sala de lectura (fig. 14) ocupa la parte central del segundo piso. Todas las otras salas, sea en este piso o en el superior, constituyen bibliotecas separadas, organizadas

conforme a las ideas expresadas más arriba. Cada una de estas salas tiene 30 pies por 50 y puede contener al rededor de 2.700 volúmenes. El contenido total pasa de un millón de volúmenes. Tal como está, la Newberry Library es susceptible de ensanchamientos considerables, y cuando todo el espacio que se le ha destinado se ocupe por los edificios proyectados, el número de volúmenes que podrá recibir será al rededor de 3.000.000».

El antiguo sistema persiste hasta hoy en Europa; es así, por ejemplo, cómo en la célebre biblioteca de Santa Genoveva (fig. 15), edificada en París por LABROUSTE (1843-1858), todo el primer piso lo ocupa una inmensa sala de lectura. Esta sala, de hermoso efecto y bien alumbrada, mide 1780 metros cuadrados de superficie y ofrece capacidad para 420 lectores. Los casilleros dobles colocados en la sala y aislados del público por una balaustrada de fierro, los anaqueles alrededor, y arriba una galería que utiliza las paredes hasta el nacimiento de las venanas, permiten colocar 100.000 volúmenes. Desgraciadamente esta disposición, interesante desde el punto de vista arquitectural, presenta

numerosos inconvenientes para la conservación

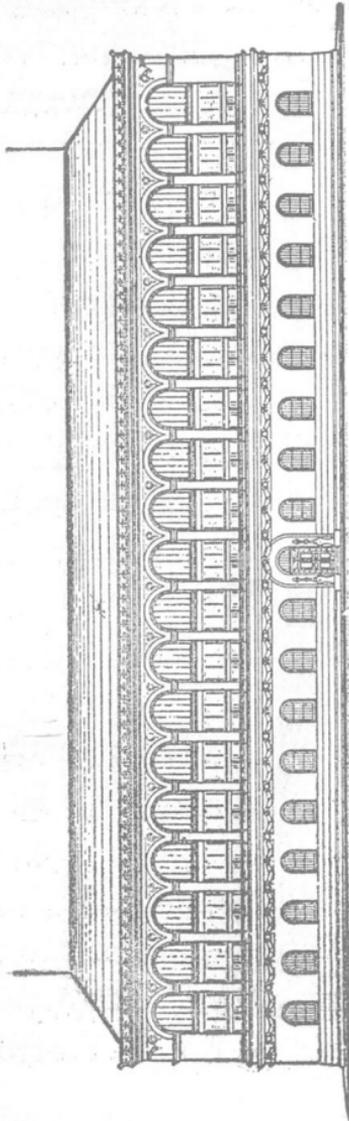


Fig. 15. La Biblioteca Santa Genoveva, en Paris

de los libros. «El polvo los roe, dice M. MOLINIER, la luz del gas descolora las encuaderna-

ciones y el calor excesivo del verano produce efectos deplorables; es así como a la larga se despegan los parches o tejuelos de los títulos e indicación de los tomos en las lomerías de los libros y los marbetes que indican para cada uno la letra y el número (1)». Fue en este edificio donde el fierro se empleó por primera vez como elemento principal de construcción y decoración. La Biblioteca de Santa Genoveva costó 1.692.000 francos, de los cuales 123.000 se ocuparon en la adquisición del terreno.

QUESTEL, arquitecto parisiense, ha construido en Grenoble una biblioteca al estilo americano. La única diferencia consiste en haberse convertido en museo la gran sala central, en lugar de la de lectura.

La biblioteca universitaria de Burdeos, situada en el nuevo monumento de las Facultades de Letras y de Ciencias inaugurado en 1886, ha sido también arreglada conforme al plan adoptado para la biblioteca de Santa Genoveva. Una vasta sala de 30 metros de largo por 13 de ancho y de una superficie de 390 metros cuadrados,

(1) *Grande Encyclopédie*, vol. VI. "Bibliothèque". Installation des Bibl., p. 659.

sirve a la vez de sala de lectura y depósito de libros. «Las paredes han sido utilizadas para la « colocación de los libros en todo el espacio « aprovechable, es decir, hasta el nacimiento de « los plafonds. Así, arriba de las filas de libros, « que están a lo largo y alrededor del piso bajo « de la sala, se levantan tres pisos de tramos, a « los que corresponden tres galerías que existen « en el intervalo de las entre-pilastras, a lo lar- « go de los muros de la calle, y que no son in- « terrumpidas mas que por las dobles pilastras « que sostienen los plafonds y por las escaleras « colocadas en las cuatro esquinas de la sala».

M. V. MORTET, bibliotecario universitario, ha consagrado una interesante noticia, de la que extractamos la reseña que precede, y en la cual después de alabar «el aspecto monumental y decorativo» de la nueva instalación, insiste a la vez en los graves inconvenientes que presenta desde el punto de vista práctico (1).

Paralelo al sistema que hemos examinado se ha desarrollado otro que responde mejor a todas las condiciones exigidas para la instalación de

(1) *Note sur la nouvelle installation de la Bibliothèque universitaire de Bordeaux*, por V. MORTET, París, 1887.

una biblioteca. Dejando de lado toda pretensión estética, este sistema, llamado «système à magasins» presenta la mayor seguridad, reduce al mínimun la perdida de local, ofrece la posibilidad de ensanchar los edificios si las necesidades lo requieren, reúne, en fin, todas las condiciones apetecibles para la vigilancia y todas las comodidades necesarias para el servicio.

El British Museum fue el primero en poner este sistema en práctica; después ha sido aplicado en el continente a un gran número de bibliotecas y siempre ha dado los mejores resultados.

Hé aquí cuáles son, según TIEDEMANN ⁽¹⁾ y M. PASCAL ⁽²⁾, sus rasgos característicos. Dando por sentado que en toda biblioteca el espacio debe ser parcimoniosamente economizado, los casilleros destinados a contener los libros deben estar, en

(1) TIEDEMANN, «Die Universitäts-Bibliothek in Halle a. d. S.» *Zeitschrift für Bauwesen*, año XXXV, 1885, col. 331-354, pl. 47-49 del atlas. Véase igualmente en el *Centralblatt f. B.*, II, 1885, p. 198, otras observaciones del mismo autor, y «Anstalten und Einrichtungen des öffentlichen Gesundheitswesens in Preussen». *Festschrift zum 10 Internationalen medizinischen Kongress, herausgegeben von PISTOR*. Berlín, 1890, p. 314-322.

(2) PASCAL, *Les Bibliothèques et les Facultés de médecine en Angleterre*. París, 1884, p. 40 y sig.

el sistema de magazines, en lo posible tan aproximados unos a otros que no quede más que el espacio estrictamente necesario para pasar, o sea al rededor de dos metros. Estos casilleros

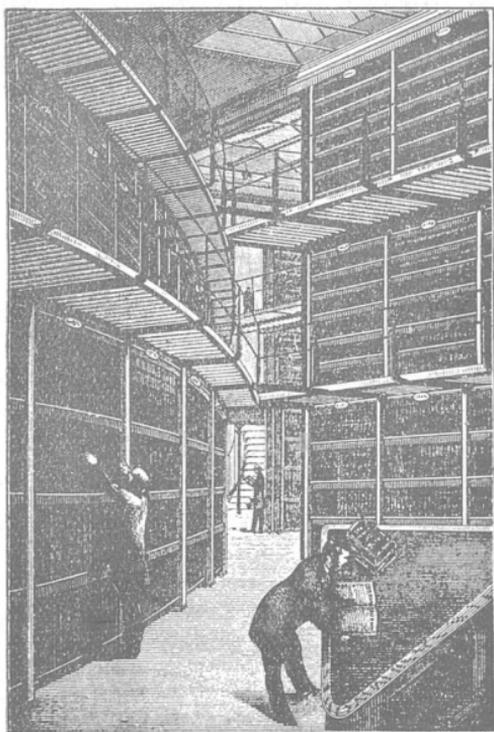


Fig. 16. Los *Magazines* o depósitos de libros del *British Museum*

no pasan jamás de una altura media que varía entre 2^m 10 y 2^m 50, lo que permite alcanzar sin necesidad de escalas ni escabeles los libros colocados en los anaqueles más elevados; un pasi-

llo o una galería de un ancho suficiente comunica los casilleros y los hace fácilmente accesibles (fig. 16). Los espesores de los pisos son otros tantos espacios perdidos para la colocación de los volúmenes; el desiderátum es alumbrar por arriba las piezas en donde estén colocados los muebles, con los que se puede llegar a grandes alturas. Si se suponen, pues, muebles o casilleros dobles en profundidad, elevados a gran altura (en París alcanzan a más de 11^m 50) llenos de tablillas sin interrupción; si en los intervalos dejados entre estos casilleros se puede andar, sobre superficies horizontales transparentes, tan delgadas como sea posible, se habrá resuelto el problema de suprimir los espacios perdidos. La iluminación horizontal desde lo alto se impone naturalmente. Los vidrios transparentes colocados en armaduras de metal o apoyados en los montantes de los casilleros mismos pueden dar este resultado; pero se han preferido, de un modo general, simples parrillas de fundición, de divisiones paralelas, que dejan canales de cerca de 30 milímetros de ancho, donde el tacón no puede introducirse, y que

dan paso a una cantidad suficiente ⁽¹⁾ de luz». En las bibliotecas construídas, tanto en Francia como en Inglaterra, el alumbrado viene, casi siempre, exclusivamente de arriba; pero la experiencia ha probado que no se debe construir, por regla general, más de tres pisos, si se quiere que la parte inferior reciba luz suficiente. Este límite no tiene razón de ser cuando al alumbrado lateral se agrega el de lo alto. Los corredores destinados a facilitar el servicio entre los casilleros deben tener, también, planchuelas de claraboyas. Es en estos corredores donde desembocan las escaleras de comunicación entre los diversos pisos. Cuando la luz viene únicamente de arriba es útil dejar, cerca de las escaleras, grandes aberturas por las cuales pueda penetrar la luz en abundancia. esta pérdida de espacio puede evitarse cuando se disponen ventanas por los costados.

«Los edificios ocupados por el British Museum ⁽²⁾ fueron construídos de 1823 a 1826 según los planos de sir Robert SMIRKE y de

(1) PASCAL, *op. cit.* p. 41.

*⁽²⁾ Sobre el British Museum consúltense, entre otros, el *Centralblatt f. B.*, II, 1885, p. 197 y el *Anzeiger* de PETZHOLDT, 1861, n.º 826.

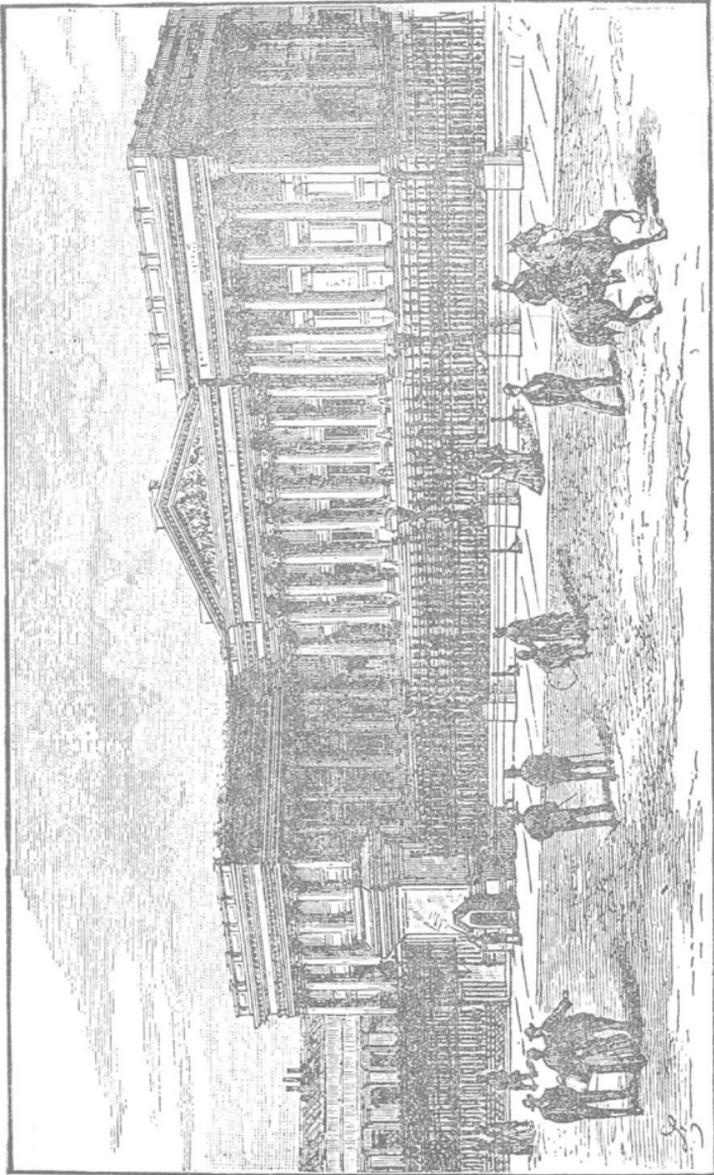


Fig. 17. *El British Museum (Museo Británico), en Londres.*

acuerdo con el antiguo sistema (fig 17 y 18). Fueron ensanchados más tarde, en 1838. De esta época data toda la parte situada al norte. La fachada principal del monumento tiene 140 metros de ancho y está decorada con

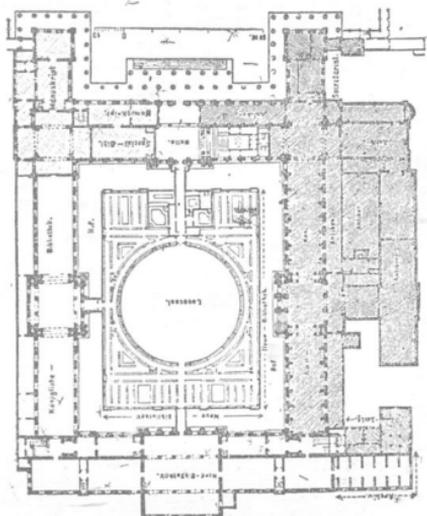


Fig. 18. Plano del *British Museum*.

44 columnas jónicas. Una escalera de unos cuantos peldaños da acceso al pórtico, cuyo frente está adornado con bajorelieves esculpidos por R. WESTMACOTT. Las grandes salas de exposiciones contienen, en la parte oriental, la biblioteca Grenville y la biblioteca real de Jorge III,

477

y al oeste, la preciosa colección de antigüedades. (1)

El ensanchamiento de los nuevos locales de la biblioteca, aunque se hicieron con extrema rapidez, pronto llegaron a ser insuficientes. En 1854 el gran bibliotecario sir Anthony PANIZZI propuso utilizar el gran patio que ocupaba el centro de los edificios, y, sobre sus propios planos, (2) cuya ejecución fue encomendada a sir Sidney SMIRKE, se construyó una gran sala de lectura rodeada de magazines para los libros, que se concluyó en 1857.

Esta célebre sala (fig. 19) «comparable en proporción con el Pantheon de Roma, con la Halle au blé de París,» ha sido descrita por DZIATZKO (3) en un interesante trabajo y por M.

(1) Hasta 1882 estaba aquí igualmente colocada la rica colección de historia natural.

(2) Véase Luis FAGAN, *The life of sir A PANIZZI*, vol. I-II, London, 1880, I p. 350: «The first sketch for the new Reading Room was drawn by Panizzi himself on April 18, 1852, and shown to Mr. Winter Jones on the same day», y Henry ELLIS, que, en una carta del 21 de Abril de 1857 (*ibid*, p. 337), escribía: «Without lessening the merits of Mr. Smirke and Mr. Frierder in carrying out its plans the contriver and real architect throughout has been Antonio Panizzi.»

(3) DZIATZKO, «Die bibliothek und der Lesesaal des Britischen Museums,» *Preussische Jahrbucher*, vol. 48, 1881, p. 346-376. (Véase:

PASCAL ⁽⁴⁾ en su apreciable comunicación. A estos dos autores pertenecen las reseñas que si-

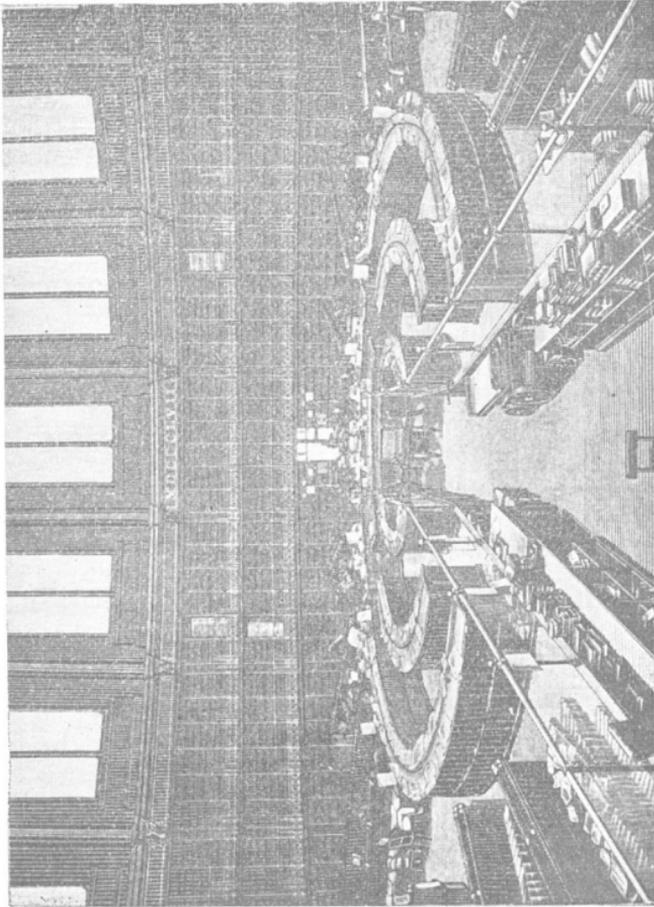


Fig. 19. Sala de lectura del *British Museum*

guen. La sala está coronada por una cúpula de

Anzeiger de PETZHOLDT 1882, números 455, 541). El plano de la sala de lectura y un facsímil del primer trazado de PANIZZI han sido publicados en: «*List of the books of reference in the reading*

vidrio, cuyos costados están formados por grandes ventanas verticales, y decorada con colores azul y oro. Su altura es de 32. m 30, su diámetro de 42 m 50. La construcción es toda de ladrillos y fierro, y, por consiguiente, incombustible. No se ha tomado ninguna disposición arquitectural para decorar la superficie exterior que la envuelve, porque da a patios donde el público no tiene acceso ni vista. La calefacción se hace por medio de caloríferos. Un pasillo circular exterior pone en comunicación las diferentes partes de la biblioteca. La sala de lectura no tiene sino dos entradas, como lo muestra el plano. El público entra por la puerta sur y atraviesa el vestíbulo del museo. Lavabos, guardarropas, excusados, servicios comunes se agrupan inmediatos a esta entrada. La puerta del norte, reservada exclusivamente al servicio de la bi-

room of the British Museum», 3 ed. 1889. Este «*Plan showing the arrangement of the library of reference in the reading room of the British Museum*» muestra las disposiciones adoptadas en la sala de lectura para la ubicación de las obras de referencia. Para facilitar las investigaciones, cada sección ha sido pintada de un matiz diferente.

(4) PASCAL, *Les bibliothèques et les Facultés de médecine en Angleterre*, p. 44 y siguientes.

blioteca, conduce a los departamentos de la administración y a los magazines; no tiene acceso sino por un pasillo cerrado lateralmente (como se le ve en el dibujo) y que parte de la oficina de los empleados, situada en el centro de la sala. Esta oficina es circular y ligeramemente elevada, a fin de facilitar la vigilancia. El catálogo destinado al público, y que por sí solo constituye una biblioteca, está encerrado en volúmenes colocados detrás de esa oficina, en casilleros dobles en profundidad, dispuestos concéntricamente alrededor de ella y cubiertos por pupitres inclinados. Las mesas para los lectores están dispuestas en departamentos en forma de radios, dobles igualmente en profundidad, con una especie de tabiques en la mitad, tabiques que contienen, para cada persona, dos pupitres desdoblables para sostener los volúmenes, y un pequeño tintero. Los casilleros inferiores colocados alrededor de la sala, están destinados a una colección llamada de referencias con 20.000 volúmenes que son como instrumentos de trabajo: diccionarios, enciclopedias, catálogos, libros corrientes sobre materias variadas, donde cada uno puede tomar el que de-

see, con la sola obligación de volverlos a su lugar. Las murallas exteriores de la sala están guarnecidas de casilleros con doble galería, también circundantes, de tres pisos, hasta una altura de 11 metros. No se tiene acceso a estas galerías sino por el exterior; contienen 40.000 volúmenes. Los depósitos se desarrollan en una zona circular interna concéntrica a la sala; se continúan en los triángulos situados entre la zona circular y los costados rectangulares de aquella; por fin, detrás, en una larga sala, y adelante, en otras dos salas; todas divididas verticalmente por los casilleros y horizontalmente por los techos de fundición con claraboyas que, como ya se ha dicho, difunden la luz desde arriba. La distancia que separa los casilleros unos de otros es de 2 m 44; la altura de las galerías es igualmente de 2 m 44; los montantes y soportes son de fierro. Las aberturas de 0.27 m de ancho, colocadas a lo largo de los casilleros, permiten penetrar la luz hasta las galerías inferiores; a fin de evitar accidentes se han guarnecido estas aberturas con una pequeña balaustrada de fierro cuyo alto es también de 0.27 m. Escabeles

colocados en las galerías permiten alcanzar hasta los anaqueles superiores.

En 1882-1884 se construyó una nueva ala hacia la parte sudeste del edificio con los fondos provenientes del legado hecho por William WHITE (1) en 1823. El piso bajo encierra una parte de los manuscritos y la colección de periódicos, con una sala de lectura para consultarlos. El primer piso está dividido en dos partes: una contiene las colecciones arqueológicas, la otra la galería de pinturas.

Las disposiciones adoptadas en el Museo Británico para la construcción de la sala de lectura y los magazines que la rodean, hicieron época en la historia de las bibliotecas. M. LABROUSTE las estudió antes de emprender los grandes trabajos de la reconstrucción de la Biblioteca Nacional de París y supo hacer «una adaptación ingeniosa y excelente del principio inglés», como lo dice M. PASCAL (2), evitando hábilmente cierta pérdida de espacio que se nota en el Museo Británico.

(1) Sobre esta última construcción y sobre el legado WHITE, véase: E. C. THOMAS, «The new building at the British Museum» *The Library Chronicle*, vol. I. 1884, p. 16-18.

(2) PASCAL, *op. cit.*, p. 40.

Tomando de modelo a la Biblioteca Nacional de París se han construído en seguida un gran número de bibliotecas, y es por esta razón que Alemania, por ejemplo, ha tomado el hábito de llamar al sistema de magazines «sistema francés». Entre las bibliotecas construídas y en las cuales se ha adoptado este sistema con modificaciones más o menos importantes, citaremos: en España, la Biblioteca Nacional de Madrid; en Holanda, las bibliotecas de Amsterdam y de Leyde; en Suecia, la Biblioteca Real de Estocolmo; en Austria-Hungría, la biblioteca de la Universidad de Viena, construída según los planos del baron von FERSTEL, y la de Budapest; en Alemania, la Biblioteca gran ducal de Karlsruhe, las bibliotecas de las Universidades de Rostoch, Halle, Greifswal, Kiel, y en fin, la Biblioteca Real de Stuttgart (1). El mismo siste-

(3) KORTÜM ha publicado sabias observaciones sobre la mayoría de estas bibliotecas en el *Handbuch der Architektur* y en el *Allgemeine Bauzeitung*, año 49, 1884, entregas 6, 7; véase también *Centralblatt f. B.*, II, 198. Sobre la Biblioteca de Viena: GRASSAUER en el *Anzeiger* de PETZHOLDT, 1880, núm. 118;—De FERSTEL, *ibid.*, núms. 225, 353; sobre la de Karlsruhe: BRAMBACH, *Die grossherzogliche Hof- und Landesbibliothek in Karlsruhe*, 1875.—Agregaremos a la lista de las nuevas bibliotecas que hemos citado los magníficos palacios elevados en Strasburgo para la biblioteca universita-

ma se aplicó con éxito para el ensanchamiento de las diversas bibliotecas antiguas, como las de Bruselas y Gœtingue.

Antes de emprender el estudio de las nuevas bibliotecas construídas desde hace algunos años en Alemania, creemos útil dar aquí, brevemente, la historia de la Biblioteca Nacional de París y una somera descripción de su actual organización. Los siguientes detalles son extraídos de los trabajos más recientes publicados sobre este gran establecimiento.

El local que ocupa hoy día la Biblioteca Nacional se encuentra comprendido entre las calles Petits-Champs al sur, la de Vivienne al este, la de Richelieu al oeste y la del Arcade Colbert al norte.

En 1666 J. B. Colbert, superintendente de los edificios del rey, hizo transportar la biblioteca de la calle la Harpe, donde se encontraba, a una de las casas de la calle Vivienne. «Esta

ria y regional, en Varsovia para la biblioteca de la Universidad, y en Dublin para la Biblioteca Nacional Irlandesa.

A propósito de la nueva biblioteca de Strasburgo consúltese: S. HAUSMANN, *Die Kaiserliche Universitäts-und Landesbibliothek in Strasburg*, Strasburgo, 1895, y *Centralblatt f. B.*, XIII, 1896, p. 176-177.

casá pronto llegó a ser insuficiente; desde luego no presentaba la solidez necesaria. Las tablas se doblaban al peso de los libros y los muros ofrecían tan poca resistencia que estaban próximos a caerse. Cuando en 1721 el hotel de Nevers, en la calle de Richelieu, quedó desocupado después de la ruina del famoso banco de LAW, el abate BIGNON lo pidió para instalar la biblioteca del rey, y anduvo feliz al obtenerlo.

«El nombre de hotel de Nevers se había dado a toda la parte del palacio MAZARINO heredado por el marqués de MANCINI, marido de la sobrina del cardenal. El palacio MAZARINO se componía: del antiguo hotel de Carlos DURET, señor de Chivry, elevado en el ángulo de las calles Richelieu y de Petits - Champs, del antiguo hotel Tubeuf, que aún existe, construído en 1633 por Pedro LEMUET, en el ángulo de las calles Petits - Champs y Vivienne, y del edificio llamado galería Mazarino que el cardenal había hecho construir por MANSARD. La galería abovedada del piso bajo contenía obras de escultura, y la galería propiamente dicha del primer piso, fue ocupada por colecciones de mue-

bles, tapicerías y cuadros. Las pinturas de la bóveda habían sido ejecutadas en 1641 por ROMANELLI y GRIMALDI. El hotel de Chivry era medianero con el de Tubeuf y servía de dependencias inferiores del cardenal. La biblioteca de MAZARINO estaba colocada en los edificios que había hecho construir en 1650, a lo largo de la calle Richelieu hasta y más allá de la de Colbert, a la que se podía pasar por un arco del que aún se ven los arranques. Esta parte de los edificios, que quedó desocupada después de la translación de la Biblioteca Mazarina al colegio de las Quatre-Nations, fue cedida por el duque de Nevers en 1698 a la marquesa de LAMBERT. En 1719, LAW compró en un millón, a los herederos del cardenal, la totalidad del palacio, e instaló en el antiguo hotel Tubeuf las oficinas de la compañía de Indias. Había decidido prolongar la galería Mazarina hasta la calle Colbert, pero los trabajos no se terminaron.

«El hotel de Nevers, en el que se instaló la biblioteca, comprendía entonces todos los edificios a lo largo de la calle Richelieu, con excepción de los de la marquesa de LAMBERT y

del antiguo hotel de Chivry. El tesoro público y la administración central de finanzas se instalaron en el antiguo hotel Tubeuf, donde estuvieron hasta 1826. La galería Mazarina se agregó a la Bolsa de París, que no entró en posesión de su nuevo local hasta en 1825. Los trabajos comenzados por LAW se continuaron bajo la dirección del arquitecto ROBERT DE COTTE. Se pensó al principio en construir, por el lado de la calle Colbert, una galería para unir los edificios de que acabamos de hablar con los de la calle Richelieu; pero la marquesa de LAMBERT se opuso a la ejecución de este proyecto. Debió esperarse su muerte para emprenderlos (1773). Sólo en 1741 Jules ROBERT DE COTTE, hijo del precedente, pudo construir el pabellón que rodea la calle Colbert. Este pabellón, en los últimos años, no presentaba muchas garantías de solidez; fue demolido, pero la fachada rehecha en 1878 no es más que una copia del antiguo. El frontón, que era la parte más notable, ha sido cuidadosamente reproducido. Se esculpió al mismo tiempo un bajo relieve moderno en el frontón, enteramente desnudo, del edificio construido por ROBERT DE COTTE. La sala

donde se encuentran colocados aún los dos enormes globos de CORONELLI, hechos para el cardenal de ESTRÉES y ofrecidos por éste a Luis XIV, en 1683, fue construída en 1731 para recibirlos; habían quedado hasta entonces en el castillo de Marly.

«Los trabajos ejecutados en la Biblioteca, de 1854 a 1875, bajo la dirección de M. LARROUSTE y después de 1875 bajo la de M. PASCAL, hanla cambiado completamente de aspecto. En 1854 se rehicieron los muros del antiguo hotel Tubeuf que daban al jardín; en 1855, se restauró la fachada de la galería Mazarina y se demolieron el muro y los arcos que rodeaban la calle Vivienne. Se reparó el mismo año lo que quedaba de los arcos de la antigua Bolsa para instalar las oficinas de la administración. En 1857 se prepararon los departamentos actuales del director; en 1859 se demolió, calles Petits-Champs y Richelieu, el antiguo hotel de Chivry y se construyeron sobre sus cimientos la sala llamada de Labedoyère y la rotunda del ángulo que algunas veces se ha llamado pabellón Voltaire; en 1860 se comenzó la instalación de los primeros desagües de la biblioteca mientras se

proseguía la construcción de los edificios de la calle Richelieu; en 1863 se trabajaba ya en el magasin central. La gran sala de trabajo se abrió al público el 16 de Junio de 1868». (1) Sin embargo, sólo en 1884 se terminaron los trabajos; la sala de trabajo del departamento de manuscritos no fue accesible al público sino en los últimos meses de 1887, y la gran puerta de entrada, que da a la calle Richelieu y a la plaza Louvois, no se acabó sino en 1888.

En resumen, se puede decir, sin exageración que la Biblioteca Nacional ha sido rehecha de punta a cabo. En efecto, sobre una superficie de 9,124 metros ocupados por los edificios, 1,080 metros solamente están cubiertos por las partes restauradas y 8,044 por las partes nuevas (2). Publicamos aquí tres planos de la Biblioteca Nacional (fig. 20, 23 y 25) que permiten darse perfecta cuenta de la disposición de los locales.

«Los edificios han sido construídos con la

(1) Grande Encyclopédie, t. VI, artículo «Bibliothèque Nationale», por C. COUDERC, § III, Bâtiments, pp. 678-680. Véase al fin de este artículo la bibliografía de las obras publicadas sobre la B. N.

(2) León LABOUSTE, La Bibliothèque nationale, ses bâtiments et ses constructions; París, 1885, p. 80.

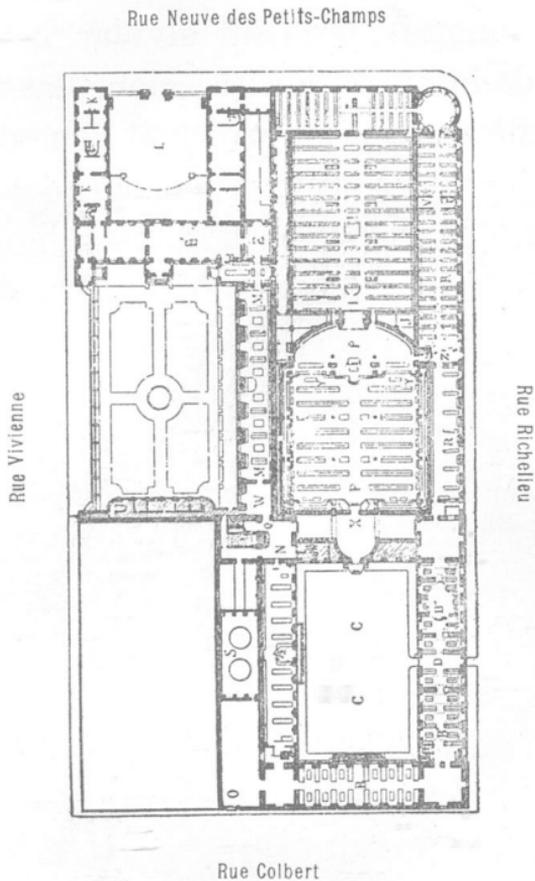


Fig. 20. Biblioteca Nacional, París.—Piso bajo, (Rez-de-chaussée).

D. Entrada.—C. Patio de honor.—X. Entrada de la sala de trabajo del departamento de los impresos.—P. Sala de trabajo de los impresos y oficina de los bibliotecarios.—V. Casillero de los catálogos.—I. Magasin central.—V. Escalera que conduce al departamento de las medallas.—R. Depósito de impresos.—Z. Posta de bomberos.—B. y B' Depósito de periódicos.—B'' Oficina del registro de entrada de libros.—S. Sala de los globos de Coronelli.—A. Oficina de la secretaría.—N. Entrada a la secretaría.—Q. Entrada del departamento de estampas.—W. Sala de exposición del departamento de estampas.—M. Sala de trabajo del departamento de estampas.—E. Gabinete del Conservador de estampas.—E'. Talleres.—K. Departamento del administrador general.—L. Patio de la administración.—U. Antiguas oficinas de la administración (Destinados a desaparecer).

mayor economía, pero sin olvidar las leyes generales de la buena construcción. Las fachadas, a las calles y patio principal son de piedra tallada; pero los muros interiores del resto de las nuevas construcciones de la Biblioteca son de hormigón, divididos de 4 m. 60 en 4 m. 60, de eje a eje, por pilares de piedra tallada con consolas que sostienen las vigas y tijerales. La altura vertical de los muros está dividida cada 2 m. 30 por zócalos, igualmente de piedra tallada, destinados a recibir los durmientes de los pisos, que están siempre representados por un múltiplo de este número; todos los arcos son de ladrillos o de fierro y todos los pisos y dinteles son de fierro; sobre éstos existe un camino en circunvalación, con barandas, que permite circular en caso de incendio. Los techos dejan la armadura visible para darle así un aspecto decorativo; las ventanas y un gran número de puertas y escaleras son igualmente de fierro; así, pues, están tomadas las medidas necesarias contra incendios.

«Estas disposiciones generales están muy manifiestas en la gran sala de trabajo de los impresos (fig. 21), donde la decoración indica francamente

esta construcción sabia y económica. En efecto, gruesos pilares sostienen los arcos de ladrillos que forman el esqueleto de la albañilería, cuyos

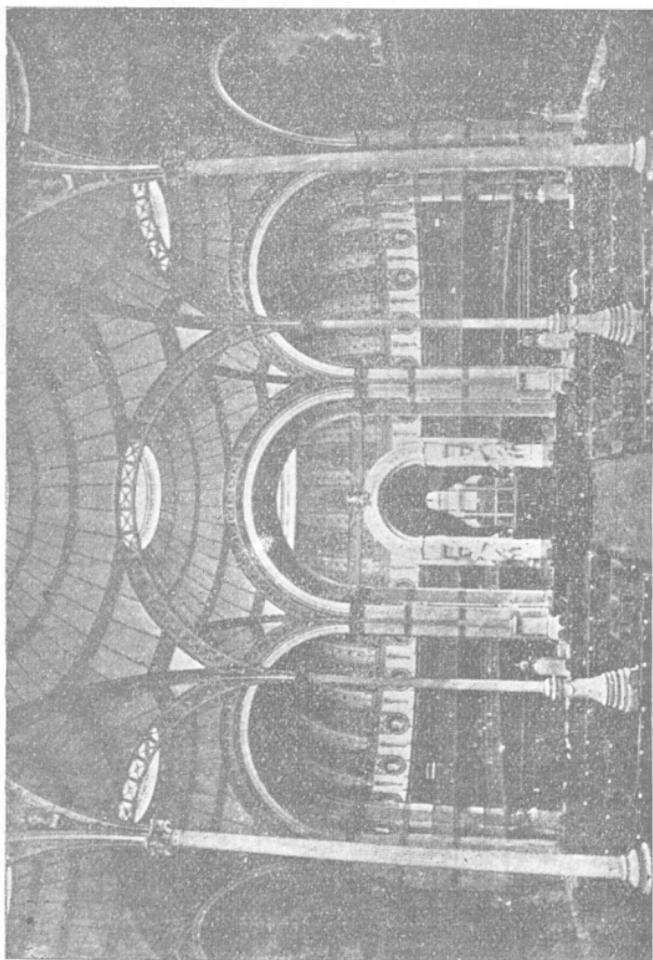


Fig. 21. Sala de trabajo de los impresos en la Biblioteca Nacional, París.

grandes espacios de hormigón, comprendidos los arcos, no forman más que los rellenos. Estos

pilares están decorados con barrotes adornados que alternan con las partes lisas y soportan las galerías espaciadas de 2 m. 30. comprendidos los pisos. Esta altura se ha juzgado conveniente para suprimir bancos o escalas de mano. Las columnas, los arcos y cúpulas son independientes de la albañilería; sus ensambles permiten la dilatación o extensión que pueda producirse, de tal suerte que el peso se reparte por iguales proporciones. Estos elementos forman filetes en la sala y soportan el techo que no se liga a la piedra, evitando de este modo la íntima mezcla de dos materias tan diversas, empleadas en vasta escala. El fierro que queda a la vista en la sala de trabajos, está en armonía con todo el resto de los magazines y da a esta parte del edificio una gran ligereza quedando todos a una altura de posible calefacción. Esta proporción no habría podido obtenerse probablemente sin la división de la nave general en nueve cúpulas.

«El magasin central de los impresos (fig. 22), que sigue a la sala de trabajo, es enteramente parecido, como construcción, a esta sala: solamente su mobiliario ha sufrido las modificaciones reclamadas por la naturaleza misma de sus

pisos de claraboyas. Esta parte es particularmente curiosa. Es un paralelogramo enorme cerrado por cuatro muros que dejan entre sí un espacio ocupado por los cuerpos de bibliotecas dispuestos en el sentido del costado menor. Los anaqueles son de fierro en X verticales, espaciados de 4 m. 60 y unidos entre sí por tirantes

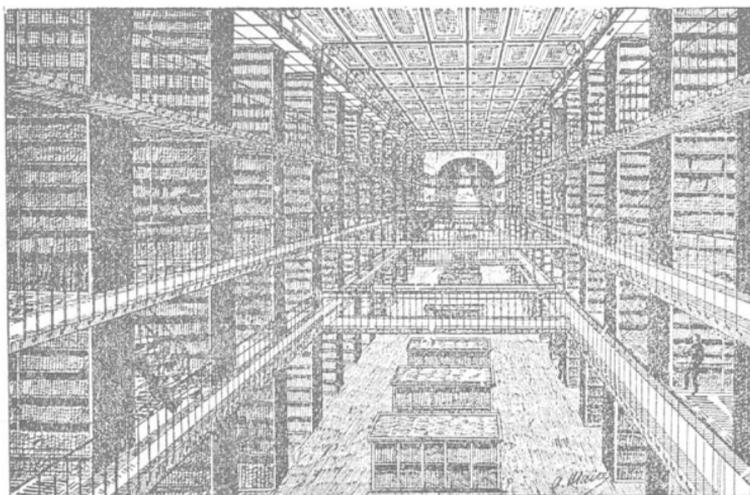


Fig. 22. Magasin central de los impresos

de fierro plano, colocados horizontalmente a la altura de los pisos. Los tirantes, colocados sobre consolas, están reforzados de planchas fundidas con claraboyas que sirven para la circulación. El todo está alumbrado por lo alto, y la luz pasa

a través de las planchuelas en los cuatro pisos hasta el subsuelo adonde la luz llega en cantidad suficiente para las necesidades del servicio. El centro del magasin está libre, y sus costados derecho e izquierdo están ocupados por los libros. Los pasillos de fierro en planchuelas unen estos costados, mientras que las escaleras de fierro en claraboya dan acceso a los diferentes pisos.

«En efecto, el programa que se había dado al arquitecto había sido: en un espacio donde es difícil extenderse, sobre un terreno limitado, crear el mayor sitio posible para las colecciones. De aquí la supresión de la mayor parte de los patios y el alumbrado desde lo alto (1).»

Volvamos a la sala de trabajo.

Tiene acceso por un vestíbulo que da al patio principal.

«Este vestíbulo es de piedra de Euville; las paredes verticales figuran una tapicería de una escultura muy sobria y decorativa que ostenta una serie de 54 medallones alternados de mármol Campan verde y de Sarrancolin de los Pi-

(1) León LABROUSTE, op. cit. p. 59-62.

rineos. El enlosado está hecho de baldosas de lias de Grimault, con rinconeras redondas de mármol rojo antiguo y cuadrículos de marmol verde mar (1).» A la izquierda se encuentran el depósito de bastones y paraguas, los retretes y lababos; a la derecha un pequeño buffet-restaurant; directamente al frente a la gran puerta, la entrada de la sala de lectura.

La cuestión principal era «aislarla del ruido de la calle y colocarla en el centro de las colecciones para evitar al público toda demora en la consulta de las obras. Lo que se consiguió. Era también necesario dar a todos los lectores la misma cantidad de luz, de aire y de calor. Lo que se buscaba. Viniendo la luz de arriba durante todo el día, en general, se han evitado las sombras proyectadas, particularmente la del lector sobre su libro, y las sombras de los entre-paños, que resultan de las ventanas verticales existentes en las antiguas salas, con lo cual se crean buenos y malos sitios, constituyendo estos últimos, a menudo una contrariedad para el público. Cañerías de agua ca-

(1) León LABROUSTE, op. cit., p. 57-58.

liente pasan bajo los pies de los lectores, sentados o de pie ante sus pupitres, y los radiadores en torno de la sala expiden el aire caliente de los caloríferos al espacio. El calor, al subir, pasa por encima de las vidrieras de las cúpulas por el coronamiento superior, que contiene partes llenas y recortadas y, finalmente, penetra en una cámara construída para recibirlo; de esta manera la pérdida es poco sensible, y el vapor húmedo que proviene del enfriamiento exterior no puede producirse sobre los vidrios, ni caer enseguida sobre los lectores y sobre los libros. Además, en el verano, no ha bastado ventilar la sala recojiendo el aire en diferentes sitios, sino que se ha colocado todavía un poderoso aspirador hacia el norte, que lleva el aire a las bóvedas, donde, pasando bajo una lluvia continua de agua fría, se lo ofrece a los lectores a una temperatura inferior en cuatro grados centígrados al aire exterior tomado a la sombra. Un servicio completo contra incendios se ha instalado en la sala de trabajo y en el depósito de libros central.

«Pero cedamos la palabra a M. Henri LABROUSTE; hé aquí lo que escribía en 1867.

«La nueva sala de lectura ocupa el espacio en que estaban, hace diez años, los patios interiores de los antiguos hoteles en que se colocó la Biblioteca imperial; 344 lectores sentados ante las mesas y 70 de pie ante sus pupitres encuentran cómodo lugar en ella. Son 414 personas las que pueden admitirse simultáneamente en la nueva sala de lectura.

«Cada lector sentado o de pié tendrá los pies sobre los calentadores de agua caliente. Los tubos que la contienen y la vuelven a llevar al fogón principal tienen un largo de 200 metros. Además la calefacción de la sala está ayudada por 25 estufas o radiadores de agua caliente. La parte de la sala reservada al público tiene una superficie de 1155 metros. La sala termina en un vasto espacio en forma de hemiciclo de 140 metros de superficie (destinado a los escritorios de los bibliotecarios y al servicio). El conjunto de esta sala de lectura tiene, pues, 1300 metros de superficie.

«Adosados a los muros de esta sala están colocados 40.000 volúmenes dispuestos en tres pisos servidos por balcones salientes a los que

se tiene acceso por las escaleras colocadas en los ángulos de la sala.

«Al fondo de la sala de lectura se encuentra el vasto depósito de libros ofrecidos al estudio (el depósito central de impresos). Este depósito, al que se tiene acceso por un pasadizo de vidrios y decorado con dos cariátides de 4 metros de altura, tiene 1218 metros de superficie y está alumbrado por un techo de vidrios.

«La disposición de este vasto depósito de libros permite colocar, en 5 pisos de 2^m.30 cada uno, 900.000 volúmenes. Las galerías de libros alumbradas por las calles Richelieu, Petits-Champs y Arcade Colbert, y que rodean completamente la sala de lectura, colocada al centro, la garantizan contra el ruido de las calles vecinas.

«Las bóvedas de esta sala son de fierro forjado revestido de lozas esmaltadas, de colores inalterables (1).

«Una serie de retratos o medallones de per-

(1) Estas lozas esmaltadas que no tienen mas que nueve milímetros de espesor miden 1m por 1.50 m.; han sido «fabricadas en Inglaterra en los talleres de M. W. E. COPELAND». LABROUSTE, *op. cit.*, páj. 55

sonajes de la antigüedad y de los tiempos modernos decora la parte superior de la sala de lectura. Estos 48 medallones han sido ejecutados por artistas franceses.

«Las dos cariátides colocadas al fondo de la sala, son debidas al talento de M. PERAUD, escultor, y seis grandes cuadros que representan paisajes, de una ejecución sencilla y de un dibujo grandioso, han sido confiados a la mano de M. DESGOFFE⁽¹⁾.

«Todo lector que desee estudiar en esta sala, llamada “Sala de trabajos” o “Sala de impresos” debe estar premunido de una tarjeta especial entregada ál efecto por la secretaría; de la misma manera para las salas de trabajo de los demás departamentos. Se pueden consultar, dentro de los límites fijados en el reglamento, todos los impresos de la biblioteca. Dos mesas cercanas al escritorio de los bibliotecarios, una a la derecha y otra a la izquierda, están exclusivamente destinadas a los periódicos (Mesa de los periódicos), y a la consulta de las obras de la “Reserva” ⁽²⁾.

(1) L. LABROUSTE, *op. cit.*, p. 62-66.

(2) *Grande Encyclopédie*, t. VI, art. «Bibliothèque Nationale», por C. COUDERC, § Organisation, p. 673

Otra sala llamada "Sala pública de lectura", situada provisoriamente en el primer piso de los edificios de la calle Colbert, permanece abierta a todo el mundo, sin formalidad alguna que llenar, todos los días, aún los domingos.

La oficina receptora de libros y la del catálogo dan a la calle Richelieu detrás de la plaza Louvois.

A la izquierda y al fondo del gran vestíbulo de que hemos hablado, se encuentran la secretaría y la sala de los globos de Coronelli y a la derecha, con vista al jardín Vivienne, la sala de exposición y de trabajo del departamento de estampas, que ofrece lugar a 60 lectores (1).

En el primer piso (fig. 23) están colocadas, además de la sala pública de lectura, la sala de trabajo de los manuscritos, que da al patio principal y que dispone de 50 asientos; la colección de las medallas (2), que encierra las medallas

(1) «El departamento de estampas, dice M. LABROUSTE, es uno de los más incómodos: el lugar que ocupa es absolutamente insuficiente, sobre todo en los últimos años en que las publicaciones de grabados, estampas i litografías han tomado un gran desarrollo». *Op. cit.*, p. 86-87. Como lo veremos más adelante, las construcciones proyectadas en la calle Vivienne le dieron el medio de extenderse.

(2) El departamento de las medallas ocupa actualmente el local

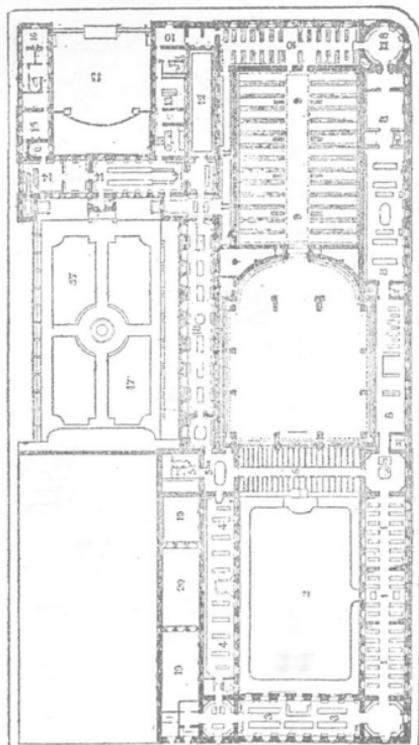


Fig. 23. Primer piso

1. Reserva de los impresos.-2. Patio de honor.-3. Sala provisoria de lectura pública.-4. Sala de trabajo de los manuscritos.-5. y 5. bis. Escaleras y vestibulo.-6. Galería de las cartas.-7. Sala de lectura.-8. Gabinete de la medallas.-9. Magasin central.-10. Magasin de los impresos.-11. Geografía.-12. Patio de la encuadernación.-13. Exposición de Geografía.-14. Sala de lectura de las cartas y planos.-Patio de la administración.-Departamentos del administrador.-17. Jardin.-18. Galería Mazarina.-19. Cours.-20. Sala medio demolida destinada a desaparecer en el proyecto de construcción en la calle Vivienne.

provisorio que se le destinó, 30 años ha, a la llegada de las incomparables colecciones del duque de Luynes. Este local, insuficientemente alumbrado e impropio al arreglo metódico de las diferentes series del gabinete, ha sido construido en el riñón mismo del de-

propriadamente dichas, las piedras grabadas y las antigüedades, y que puede ofrecer lugar a 15 lectores; la sala de trabajo de la sección de cartas y planos; después la «Reserva» y la «Galería Mazarina.»

La «Reserva» es el tesoro de la Biblioteca: encierra las obras particularmente preciosas, incunables, impresiones en vitela, libros de encuadernaciones históricas o notables por su belleza, etc., etc. Hay cerca de 80,000.

«Materialmente la Reserva (fig. 24) es una hermosa y ancha sala que ocupa el primer piso de la Biblioteca, entre la plaza Louvois y el patio. Está dividida en bibliotecas y, a cierta altura, partida en dos pisos por una galería de planchuelas de fierro. En el camino del medio, contra cada uno de los cuerpos de las bibliotecas hay una vitrina cerrada con llave. La Reserva está cerrada por rejas como una jaula.

partamento de los impresos, cuyo funcionamiento entraba y complica, es necesario rodear el departamento de medallas, en el piso superior, para hacer llegar los innumerables volúmenes colocados en la parte superior del costado de la calle Richelieu. Este inconveniente desaparecerá cuando las colecciones de medallas y antigüedades sean instaladas en las piezas que deben ocupar sobre el jardín y la calle Vivienne». L. DELISLE, *Notes sur le département des imprimés de la Bibliothèque Nationale*, París, 1891, p. 58

Cada vez que su bibliotecario especial entra o sale debe cerrarla. Los libros de la Reserva sólo se consultan en una mesa especial y bajo



Fig. 24. La Reserva.

la atenta y constante vigilancia de un bibliotecario.

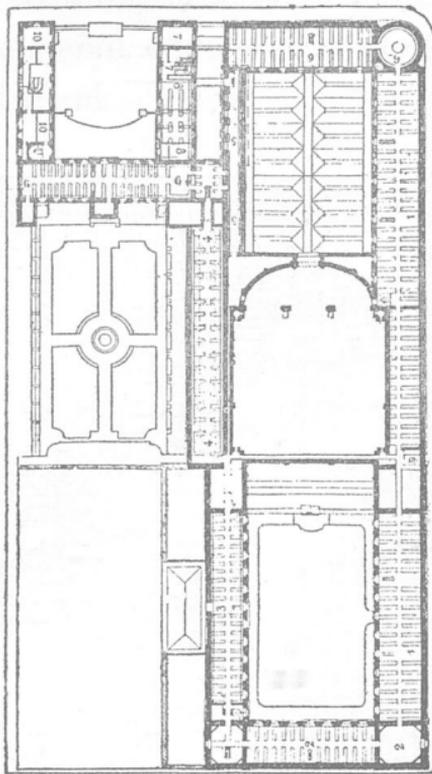
«La Galería Mazarina» es el Museo de la Biblioteca. Es la galería de Apolo del libro. En

un soberbio local está expuesta desde 1878 una colección transcendental, formada por M. THIERRY, quien redactó un catálogo instructivo, de setecientas obras: impresiones xilográficas, orígenes de la imprenta en los Países Bajos, en Maguncia, en Strassburgo, en Italia, en España, en Alemania, etc..., en París y en las diversas ciudades de Francia, historia del libro en figuras, historia de la encuadernación (1).»

Damos enseguida (fig. 25) un plano de las manzardas de la biblioteca. Sobre la calle Richelieu corren de punta a punta del edificio (de la calle Colbert a la de Petits-Champs) y están divididas en dos alas. «Un corredor de 180 metros de largo (fig. 26) atraviesa cada costado formando una perspectiva casi indefinida. A cada lado del corredor la manzarda está dividida por una sesentena de estantes, formando de esta manera 120 fracciones de magazines por costado; en todo 240 bibliotecas parciales. Hacia el medio, el corredor se obscurece: por ahí corren las cañerías de agua (2).»

(1) Henri BERARDI *Voyage d'un livre a travers la Bibliothèque Nationale, a Paris. La Nature*, 2.º sem., n.º 1052.

(2) Henri BERARDI, *op. cit.*, *La Nature*, 2.º sem., n.º 1052.



—Fig. 25. Manzardas.

1. Magasines de los impresos.—Corredor de 180 metros de largo.—2. Magasines mixtos de impresos y manuscritos.—3. y 4. Magasines de manuscritos.—5. Taller de fotografía.—6. Magasin de impresos.—7. Departamentos.—8. y 9. Magasines de impresos.—10. Alcobas.

Un taller de fotografía, indicado en el plano, se ha instalado desde 1880, y no pasa día que no se pida una reproducción. Todos los demás

departamentos son sus tributarios; pero el de estampas es el que lo ocupa más a menudo.

El sistema de casilleros de la Biblioteca Na-

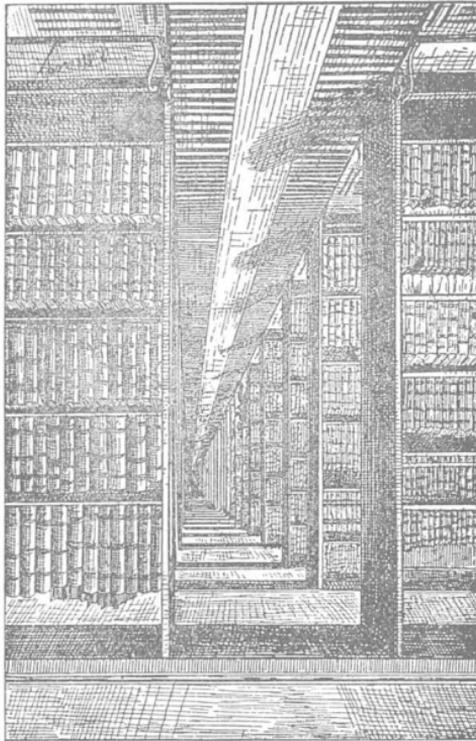


Fig. 26. Manzardas.—La galería de 180 metros de largo.

cional está compuesto, como en el Museo Británico, de soportes de madera. Los anaqueles son movibles; pero en vez de sostenerse, como en las antiguas bibliotecas, en listones con cor-

tes de cremallera, que presentan serios inconvenientes, reposan sobre clavijas de fierro o cobre que penetran en hoyuelos circulares repartidos regularmente en toda la extensión de los soportes.

La Biblioteca Nacional no se abre de noche; por este motivo no es necesario el alumbrado artificial; en cuanto a la calefacción, ésta se obtiene por 22 fogones para los caloríferos.

Perfeccionados servicios de comunicación reúnen los diversos locales de la Biblioteca. Los ascensores sirven los diferentes pisos hasta el subsuelo, y, confinando en el piso bajo, facilitan el transporte de libros; las vagonetas permiten el pronto arribo a las oficinas encargadas de centralizar las obras pedidas.

Como lo muestra el plano (fig. 20), un extenso terreno vacío se encuentra comprendido entre la calle Vivienne, la calle Colbert y el jardín Vivienne. Hasta 1882 estaba ocupado por edificios cuya vecindad era un permanente peligro para la Biblioteca; por esto se demolieron (1).

(1) Entre las industrias ejercidas en estos inmuebles había: un hotel, una fotografía, un café, una segunda fotografía, una farmacia, un laboratorio y un depósito de aceites grasos, de aceites mi-

Los planos de los diversos arquitectos que se han sucedido desde hace 50 años en la biblioteca, siempre han proyectado la utilización de este terreno, y, actualmente, la necesidad de aprovecharlo y comenzar las construcciones definitivas, se impone cada día más imperiosamente. Los inconvenientes que resultan de la insuficiencia de los locales afectos a las colecciones se hacen sentir vivamente. «Los edificios de que disponemos, ha dicho M. Leopoldo DELISLE ⁽¹⁾, responden casi exactamente como superficie a los que habían sido asignados, hace más de siglo y medio, a la Biblioteca del rey. Han sido menester los esfuerzos de varias generaciones de bibliotecarios y arquitectos para colocar dos millones y medio de libros im-

nerales y licores, una barraca de maderas, un comerciante en vinos, una casa de huéspedes, y, por fin, tres talleres de operarios. En 1877 M. Bardoux, después, M. Lockroy en 1878, que deseaban evitar que tantos documentos preciosos, cuyo valor sobrepasaba de varios millares de francos, estuvieran expuestos a ser destruidos por el fuego, insistieron ante la Cámara de Diputados y pidieron un crédito de 3.700,000 francos para adquirir aquellos inmuebles. Este crédito se concedió, la expropiación de los edificios se llevó a cabo y se demolieron las construcciones. LABROUSTE, *op. cit.*, p. 89.

(1) L. DELISLE, *Notes sur le département des Imprimés...* p. 56.

presos (sin hablar de los manuscritos, estampas y medallas) en un terreno que se estimó al principio necesario para la ubicación de apenas 150 mil volúmenes. Hoy día estamos sujetos a valernos de expedientes; hemos llegado a la necesidad de colocar, en ciertas series, dos hileras de volúmenes sobre un mismo anaquel, o bien a colocar cajas sobre consolas casi inaccesibles, o más aún, a almacenar en el suelo, en pasillos muy estrechos, las series de varias colecciones muy voluminosas. Estos inconvenientes, cuya gravedad no se escapará a las personas aún menos familiarizadas con la administración de las bibliotecas, se producen sobre todo en las galerías destinadas al almacenamiento de los periódicos. En 1890 hemos debido acumular las series del año en curso con series de años anteriores, a riesgo de hacer casi imposible la consulta de legajos de ciertos años precedentes ».

Tal situación exige una solución inmediata, y sería de desear que se comenzaran cuanto antes los nuevos edificios. M. PASCAL nos ha comunicado el anteproyecto que ha propuesto y cuya realización se aguarda con impaciencia.

« Sumariamente, este proyecto consulta una

entrada por la calle Vivienne, abierta sobre un gran vestíbulo que precede a una vasta sala elíptica, que debe reemplazar a la actual sala provisoria de lectura, y a la que se tiene acceso por la calle Colbert. El edificio sobre el jardín, contendría salas de arqueología, y una gran escalera conduciría al nuevo gabinete de medallas, cuyas salas ocuparían, detrás del vestíbulo precisado, todo el ancho de la fachada de la calle Vivienne. Cuatro patiecillos comprendidos entre los edificios y la sala elíptica, darían aire y luz a las dependencias. Las salas destinadas a los aparatos de calefacción, y aún para producir energía eléctrica, estarían en el jardín; en los nuevos edificios no habría fogones. El eje de la futura gran sala sería el del vestíbulo del patio principal actual.»

«La translación de las medallas, dice M. L. DELISLE, ⁽¹⁾ permitiría poner la sección geográfica en contacto inmediato con la gran sala de impresos, y dar, para satisfacción de los estudiosos, en numerosos casos, facilidades para consultar los libros al mismo tiempo que las cartas;

(1) *Op. cit.*, p. 51-59.

ventaja evidente que no podremos aprovechar mientras la sección geográfica esté alejada del centro del departamento de impresos.

«La translación de la sección geográfica permitiría dar al departamento de estampas la extensión que reclama, en el primer piso. Los dibujantes podrían trabajar en una sala bien alumbrada y fácil de vigilar, condiciones que actualmente son defectuosas; podríamos al mismo tiempo organizar en el piso bajo una exposición que pondría a la vista de los visitantes una historia completa del grabado desde sus orígenes hasta nuestros días, análoga a la que existe en la galería Mazarina para los libros manuscritos e impresos. Quitaríamos del departamento de impresos piezas que ha debido entregar, hace algunos años, al departamento de estampas, quien no tiene menos necesidad de las cedidas provisoriamente al departamento de medallas».

En el primer piso de la calle Colbert se podría «dar a los manuscritos la instalación confortable y definitiva a que tienen derecho los volúmenes adornados con miniaturas».

La gran sala elíptica de que hemos hablado, podría recibir cuatrocientos o quinientos lecto-

res y «estaría dotada de 60 u 80.000 volúmenes escogidos en todas las divisiones del cuadro bibliográfico. Serviría para reemplazar la actual sala de la calle Colbert, que, por muchas razones, es indigna de un país como la Francia y de una ciudad como París. Sería fácil organizarla en condiciones tales, que muchos lectores la preferirían a la actual sala de trabajo, donde los lectores de cartas no encuentran medio de sentarse y donde la estadía será de alguna duración, a causa de la inmensidad de colecciones de libros que se piden en este sitio. La nueva sala estaría arreglada de manera a recibir al público en las noches; podría autorizarse excepcionalmente, para consultar los libros raros y aún los manuscritos, a los estudiosos de provincia o del extranjero, cuya estadía en París sea de corta duración (1).»

(1) M. LEOPOLDO DELISLE agrega: «Ilimitados serían los servicios que los estudiosos de provincia tendrían derecho de pedirnos el día en que se concluyeran los nuevos edificios y realizaran todas las mejoras que tenemos en vista. Podríamos organizar en su favor, sobre amplia base, un sistema de préstamos en que la organización general ha sido redactada por el señor Director del secretariado y de la contabilidad, en una comunicación hecha en 1890 a la Academia de Ciencias Morales y Políticas». Un servicio

El número de volúmenes o piezas impresas que posee la Biblioteca puede evaluarse en 2.500.000. «La cifra de tres millones se sobrepasaría seguramente si el censo tomase en cuenta todos los volúmenes, entregas o cuadernos constituídos aisladamente, y si se hiciese entrar los ejemplares dobles y las colecciones afectas al servicio de la sala pública de lectura (1).» El largo de los anaqueles ocupados por el conjunto de libros es a lo menos de 40 kilómetros. El número de volúmenes del departamento de manuscritos, que en 1.º de Mayo de 1876 era de 91,700, hoy día no debe ser inferior a 97,000. Una lista aproximativa de las colecciones del departamento de medallas, hecha en 1873, indicaba un total de 143,000 piezas. Después se han hecho numerosas adquisiciones. El departamento de estampas, que encierra las estampas, aguas fuertes, los grabados, las litografías y los dibujos, contiene alrededor de 2 500.000 piezas (2).

de préstamos volúmenes duplicados se organizaría «en favor, sobre todo, de los estudios de provincia». *Op. cit.*, p. 60.

(1) L. DELISLE, *op. cit.*, p. 26-27.

(2) *Grande Encyclopédie*, t. VI, art. «Bibl. nat.» § III. Bâtiments, p. 681.

La reconstrucción de la Biblioteca Nacional ha costado, tanto por los grandes trabajos como por los grandes y pequeños gastos de conservación y por los gastos de oficina, alrededor de 6.614,000 francos, en 21 años (1).

En Alemania, la Biblioteca de la Universidad de Halle, construída de 1878 a 1880, puede, desde muchos puntos de vista, servir de modelo para las bibliotecas de su misma importancia que se quieran construir. La experiencia ha probado que las disposiciones adoptadas han sido excelentes. He aquí su descripción, hecha por su arquitecto M. TIEDEMANN (2).

«El edificio, absolutamente independiente y rodeado de un jardín (fig. 27), tiene su eje longitudinal de este a oeste, paralelo a la Wilhelmstrasse. La entrada principal se encuentra al oeste, en la Friedrichstrasse. Por este lado los edificios están separados de la calle sólo por una distancia de 5.^m 50, mientras que por el costado de la Wilhelmstrasse, el jardín tiene 26

(1) León LABROUSTE. La Bibliothèque Nationale, etc., p. 80.

(2) TIEDEMANN *Zeitschrift f. Bauwesen*, año XXXV, 1885, *loc. cit.*, nota 2, p. 69.

metros de ancho. Se ha reservado este lado para la posibilidad de ensanchar más tarde la Biblioteca en la dirección del este, mientras que por sus otros costados sólo se ha pensado en preservarla del fuego y alejarla, en lo posible, de las construcciones vecinas.

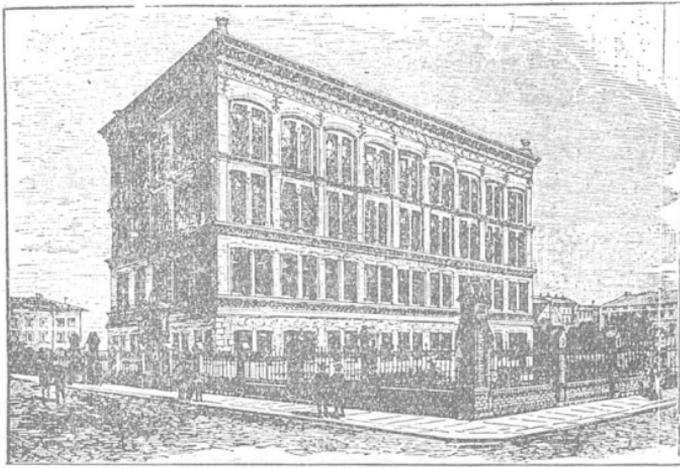


Fig. 27. Biblioteca de la Universidad de Halle.

«El edificio tiene un piso bajo y tres principales. En el piso bajo y en el primer piso, un tercio solamente está ocupado por los depósitos de libros, mientras que en los superiores, al contrario, los llenan enteramente.

«Una galería conduce de la entrada principal

del guardián, la sala de estampas y la de los manuscritos e incunables.

«El primer piso (fig. 29) contiene la sala de

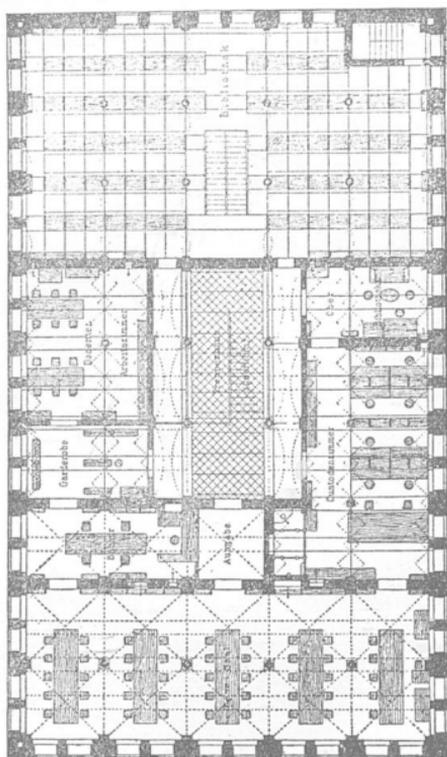


Fig. 29. Biblioteca de la Universidad de Halle.—Primer piso.

lectura, la sala de trabajo de los profesores, y, alrededor de la gran escalera de que ya hemos hablado y que está alumbrada por arriba, las oficinas de la administración.

«A fin de que la vigilancia sea más fácil y perfecta, se ha colocado la sala de distribución de los libros de tal suerte, que es necesario atravesarla para salir de la sala de lectura. Además de la escalera central precitada, se ha construído en el ángulo sud-este de la biblioteca una escalera de piedra, destinada al paso de los obreros en caso de reparaciones, o de escape en caso de incendio. Esta escalera se comunica con todas las salas por puertas de fierro. En cuanto a los depósitos de libros, están puestos en comunicación unos con otros y con los demás pisos superiores por dos escaleras (divididas en dos tramos en dirección contraria) que desembocan al vestíbulo central y a los pisos inferiores por una sola escalera.

«El edificio no descansa sobre subterráneos sino donde son necesarios para instalar los caloríferos. Sin embargo, con el objeto de prevenir todo peligro de humedad, se ha dejado, entre el terreno y el piso, un vacío de 80 centímetros de altura, muy ventilado gracias a la disposición especial adoptada para los caloríferos.

«El principio fundamental adoptado en las construcciones ha sido el de no emplear sino

materiales incombustibles. La escalera principal es toda de granito y las de los depósitos de libros son de fierro fundido (1). Todos los cielos son de ladrillos, arqueados, y están sostenidos por pilares de fierro. En la sala de préstamos y en la de lectura, hay bóvedas en arista, a fin de disimular las construcciones de fierro. En los depósitos de libros, los pisos están dotados en todas partes de claraboyas, esceptuando, naturalmente, los de la planta baja y los del segundo, que descanza sobre el cielo arqueado del primero.

«Para sostener el piso de la planta baja, situada, como ya lo hemos dicho, a 80 centímetros del terreno, no hubo ninguna dificultad. Bastaba construir, según las necesidades, pequeños pilares con fierros doble T, los cuales se ensamblan con arcos de media luna. Al contrario, era más difícil hacer una construcción suficientemente fuerte para sostener los cuerpos de biblioteca de los dos pisos superiores y su carga de libros; allí, todo el peso debía caer sobre las columnas que se elevan según el eje longitudinal de las cons-

(1) Según TIEDEMANN (consúltese *Nota 1*, p. 110) la cantidad de fierro empleado en la construcción ha sido de 352.509 kg., lo que representa 16,5 kg. por metro cuadrado.

trucciones, y, por consiguiente, sobre las fundaciones mismas. Cada cuerpo de biblioteca se apoya sobre dos soportes que distan uno de otro 0.^m 70, dispuestos en el sentido de profundidad. El peso total de los casilleros se encuentra así transmitido a las vigas maestras colocadas en el sentido longitudinal, y por ellas, a las columnas de que hemos hablado. Estas columnas sostienen los techos, que se elevan verticalmente sin apoyo a una altura de 9 ^m 20; es necesario, pues, que ellas sean de una resistencia muy grande para no flexionarse bajo el peso. Son de fundición y huecas en su interior; su espesor es de dos centímetros y están divididas en dos partes sólidamente remachadas una sobre otra.

«Cada uno de los dos pisos superiores está dividido, a su vez, en dos secciones de 2 m. 30 de altura, por *un piso* intermediario de claraboyas (fig. 30); hay de este modo, cuatro galerías de libros de una altura total de 9 m. 20. Los pisos se apoyan en los montantes de los casilleros, a los que las columnas que los atraviesan les dan la resistencia necesaria. Esta disposición no era posible en la galería central, de un ancho

de 4 m. 20, que ha debido sostenerse sobre una armadura de fierro cilíndrico. En las vigas de

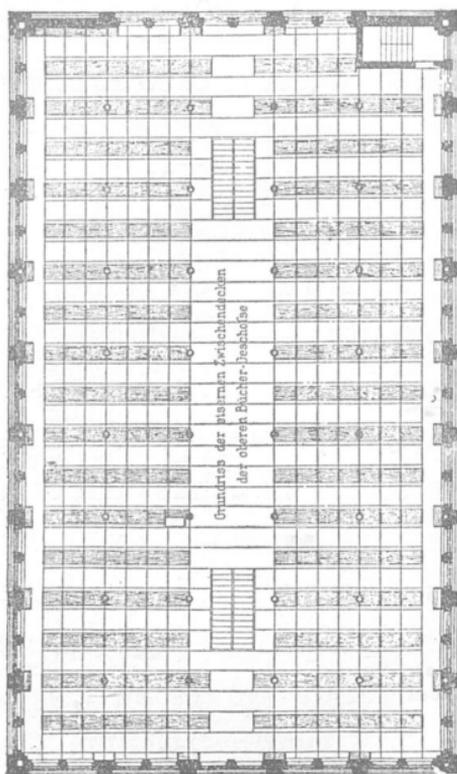


Fig. 30. Biblioteca de la Universidad de Halle.—Las galerías a claraboyas del piso superior.

acero longitudinales que unen entre sí las columnas, hay atornilladas vigas mas livianas de fierro en **I**, sobre las cuales se apoyan, sin ninguna

posibilidad de desplazarse, las parrillas que constituyen los pisos.

«Si la luz sólo hubiese venido de arriba, la forma de parrillas habría tenido importancia; pero como en el presente caso se trataba de aprovechar la luz lateral, hacía necesario que las canales se dispusieran en aquella forma, abiertas paralelamente para dar paso a los rayos luminosos (fig. 31). Esta dirección coincide con los pasillos dejados entre las escaleras.

«De uno a otro casillero se han colocado barras de apoyo de fierro, livianas, con muescas en las que se embuten las planchas cuadradas de fierro, a claraboyas, destinadas a formar el piso. Estas planchas se mantienen sólidamente en su lugar gracias a su propio peso que es de 86 kilos. Tienen 1 m. 03 de ancho y 3 centímetros de espesor. Los barrotes tienen 2 centímetros de ancho; están distantes 3 centímetros unos de otros y sostenidos en su parte media por una barra transversal.

«Casi todos los pisos, aún los de los grandes vestíbulos del centro, están formados por planchas semejantes en dimensiones a las que acabamos de describir e indicar.

A lo largo de todos los casilleros se ha dejado un espacio de 18,5 centímetros, a fin de que la luz que viene de arriba pueda penetrar más fá-

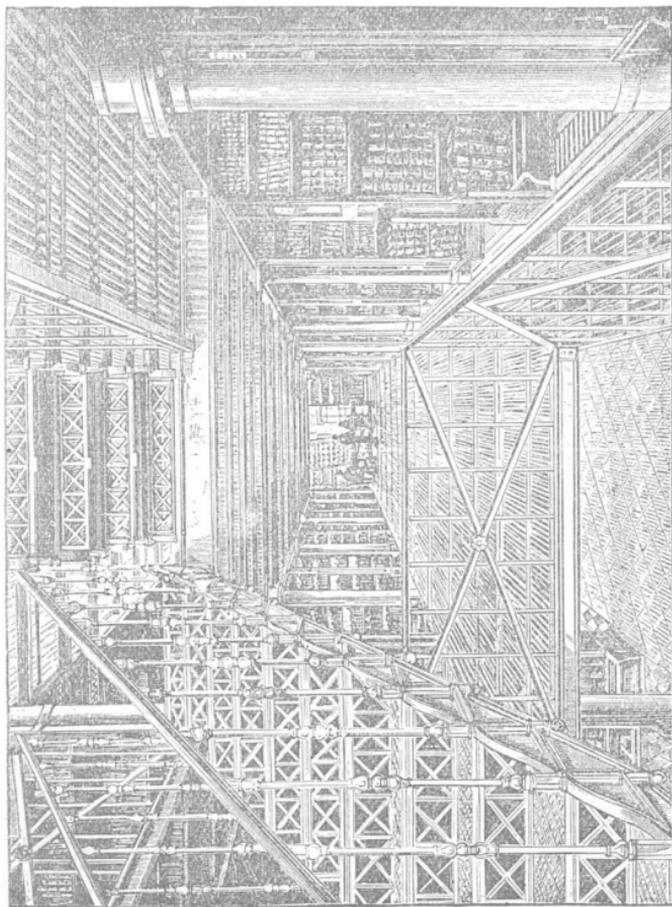


Fig. 31. Biblioteca de la Universidad de Halle.—Los depósitos de libros.

cilmente hasta las galerías inferiores. Esta disposición, imitada del extranjero, era superflua,

porque la luz obtenida por las ventanas laterales es suficiente. Un tejido metálico de anchas mallas impide que los libros caigan por estas aberturas; a este tejido lo protege una barra de fierro que corre a lo largo de los casilleros a una altura de 20 centímetros, y que sirve al mismo tiempo de apoyo para alcanzar fácilmente los libros de los anaqueles superiores. Un ascensor facilita el servicio entre los diversos pisos.

«La escalera principal está alumbrada desde lo alto por un plafond de vidrios. El vestíbulo y la escalera pueden iluminarse con gas. Todo el edificio está provisto de agua, y está protegido por un pararrayos muy curioso: han servido, para ponerlo en comunicación con la tierra, las construcciones de fierro que forman la armadura del edificio (1) ».

Después de la Biblioteca de Halle debemos mencionar aquí la nueva y magnífica biblioteca de Stuttgart [fig. 32].

(1) Se ha escogido para esto tres columnas de fierro que suben hasta el techo. Para más detalles, véase TIEDEMANN *Zeitschrift f. Bauwesen*, año XXXV, 1885, col. 347-349.

El profesor Dr. SCHOTT ⁽¹⁾ ha hecho de ella una descripción, de la cual tomamos los detalles siguientes:

«La biblioteca se principió en 1878, según los planos de von LANDAUER, arquitecto jefe de obras

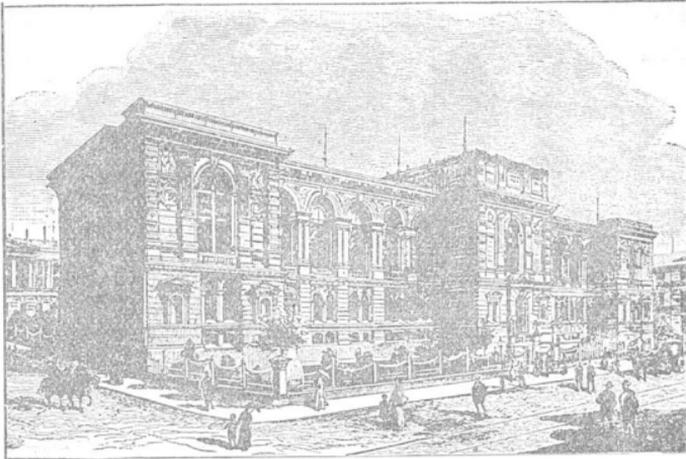


Fig. 32. La Biblioteca real de Stuttgart.

públicas, y se terminó en el verano de 1883.

(1). Th. S(CHOTT) «Die Königliche öffentliche Bibliothek zu Stuttgart,» en *Ueber Land und Meer*, vol. 53, 1884-85, núm. 13, p. 286-287. Véase también (Th. SCHOTT): *Der Neubau der K. öffentlichen Bibliothek,» Schwäbische Kronik, Beilage zum Schwäbischen Merkur*, núm. 183, 2 Agosto 1883;—*Wochenblatt für Baukunde*, VIII, 1886, núm. 91 y sig.;—*Allgemeine Bauzeitung*, 1888. fasc. 6,—y los «*Festschriften*» publicados con ocasión del 25º año del reinado del rey Carlos de Württemberg: «*Stuttgart 1864 bis 1889,*» p. 36-38 y «*Württemberg und sein König, 1864 bis 1889,*» p. 61-88; Stuttgart, 1889.

«Los fondos acordados por el gobierno, y que se elevaban a la suma de 2.106,048 marcos, permitieron erigir un edificio grandioso, que contribuyó en gran parte a la decoración de la capital de Württemberg. Desde 1776, es decir desde su traslado de Ludwisburg a Stuttgart, hasta 1820, las colecciones habían ocupado el antiguo «Herrenhaus» en la Plaza del Mercado. En esta época fueron transportadas al «Invalidenhaus» construido por Federico 1.^o En la cercanía de este último edificio fue donde se eligió el vasto espacio destinado a la construcción de la nueva biblioteca. En el interior la luz es perfecta: la claridad penetra en abundancia por inmensos ventanales y por el techo de vidrios. Pocas bibliotecas hay tan bien concebidas desde este punto de vista. Para preservarlo del fuego no ha bastado aislar el edificio de una manera absoluta; más aún, se han separado completamente los locales reservados a la administración del depósito de libros, disposición que se encuentra aquí por primera vez.

«El edificio, construido un poco retirado de la calle Neckarstrasse, tiene un largo de 97^m 80, con dos antecuerpos en las extremidades y uno

en su parte central. Su mayor fondo es de 28^m 65; su altura, hasta la corniza es de 25 metros.

«Para la construcción de las fundaciones y del piso bajo se ha empleado granito rojo; para los pisos superiores, se ha usado una piedra granítica fina de un blanco crema y la diferencia de tonos produce un hermoso efecto. Las columnas apareadas del cuerpo principal, las pilastras laterales, dan al edificio, dotado de un gran número de ventanas, una apariencia tan imponente como agradable. Un ático macizo corona la parte central y domina los edificios colindantes. Hermosos jardines rodean la biblioteca, preservándola del ruido y del polvo de las calles.

«Echemos ahora una ojeada al interior.

«Bajo las bóvedas inmensas del subsuelo están colocadas las piedras catastrales de Württemberg en número de 17.000; allí ha sido igualmente dispuesto el «*lapidarium*», la tan interesante colección de monumentos romanos descubiertos en Württemberg. Las altas y hermosas salas del piso bajo contienen la galería real de pinturas y colección de antigüedades. En cuanto

a los depósitos de libros, ocupan la totalidad de las dos alas del norte y del sur. Los locales que les están reservados son gradiosos y se extienden en todas direcciones. Hay cuatro pisos de galerías superpuestas y sólo se ha reservado para el servicio el espacio estrictamente necesario. La altura de los casilleros es de 2^m 20. Un escabel de fierro permite a un hombre de talla media alcanzar los libros colocados en los anaqueles más elevados. La armadura general está formada por una construcción de fierro elegante y sólida; numerosas escaleras colocadas en el medio y en los ángulos facilitan las comunicaciones. Los casilleros están colocados perpendicularmente a las ventanas de modo que la luz puede caer sobre el título mismo de los libros. Cada piso tiene 20 grandes casilleros de 6^m de largo y 13 pequeños de 3^m 50. Los dos depósitos pueden bastar a los incrementos durante un lapso de tiempo de 40 á 50 años; su superficie, sin tomaren cuenta las manzardas, es de 6.939 metros cuadrados.

«Una puerta de fierro separa los depósitos de libros del departamento de la administración, que se encuentra inmediatamente detrás. Una galería,

que se ha utilizado para instalar en ella el servicio de préstamos, une estas partes entre sí. El espacio remanente está ocupado por las salas de trabajo de los bibliotecarios, la del catálogo, la de lectura, ricamente decorada, y la de dibujo que se encuentra al lado. En la sala de lectura, tres mesas cubiertas de paño verde ofrecen sitio a 38 visitantes. La sala de dibujo puede recibir 17 personas. En el piso bajo se encuentra además el gabinete del director de la biblioteca, y, en los sótanos, las oficinas y talleres de los litógrafos y las habitaciones para los empleados. La escalera principal, de muros magníficamente decorados con moldurajes y rosetones, termina arriba por una especie de galería sostenida por cuatro columnas de mármol, rojo con una balaustrada también de mármol. Esta escalera, iluminada desde arriba, constituye la parte arquitectónica más rica de este espléndido edificio.»

La descripción de la nueva biblioteca de

Wolfenbüttel ⁽¹⁾, construída en reemplazo de la antigua, que ya hemos mencionado, no dejará de tener interés para nuestros lectores. Héla aquí tal como la describe, por pedido nuestro, M. von HEINEMANN bibliotecario jefe.

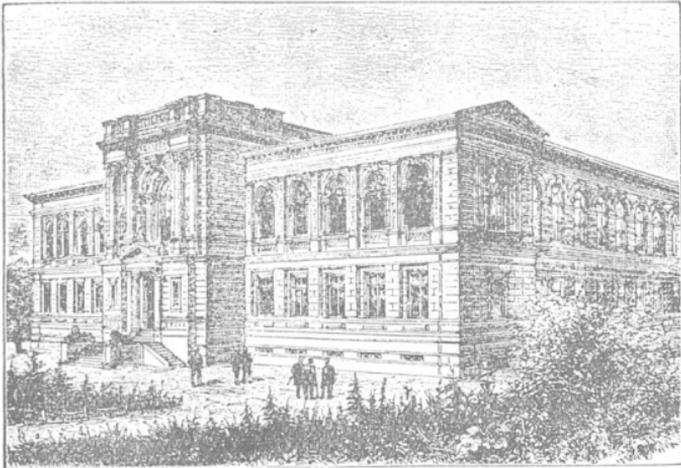


Fig. 33. Nueva Biblioteca ducal de Wolfenbüttel

«La nueva biblioteca ducal de Wolfenbüttel (fig. 33), construída de 1882-1886 según los planos del Inspector de distrito Carlos MÜLLER y del arquitecto Gustavo BOHNSACK, tiene 53^m50 de largo. En su parte central que, sobre un an-

(1) Con respecto a esta biblioteca véase también *Centralblatt F. B.*, año II, 1885, p. 198; está brevemente descrita, *ibid* p. 520-521.

cho de 13^m50, forma saliente tanto en la fachada como en la casa posterior, la profundidad llega a 34^m68. Dos pequeños patios interiores de 12×8^m permiten penetrar en abundancia la luz a la gran sala central y a los depósitos de libros.

«El edificio está construído en estilo renacimiento italiano. La parte inferior es de dolomita, la superior de granito amarillo de Langelsheim; las columnas que encuadran las ventanas en la fachada anterior son de granito rojo del Maine. Con su ancha gradería que da acceso a la entrada principal y decorada con dos leones echados, de bronce, con sus altas ventanas en arco y el conjunto de su rica decoración arquitectónica, el edificio produce un efecto tan agradable como imponente.

«En la corniza de la parte principal se destacan en letras mayúsculas doradas las dos palabras: *Biblioteca Augusta*, nombre que llevaba antiguamente la biblioteca. A derecha e izquierda, entre las columnas que soportan la corniza, se encuentran dos inscripciones votivas; a un lado: *Condita. a. D. Augusto Domus Brunswico-Luneburgensis Lineæ Senioris Satore*, al otro

lado: *Ædificata a. D. Guilliemo Domus Brunswico-Luneburgensis Lineæ Senioris Ultimo.*

En la disposición interior de los locales (fig. 34) se ha esforzado, por un sentimiento de piadoso recuerdo, en restaurar el plano de la

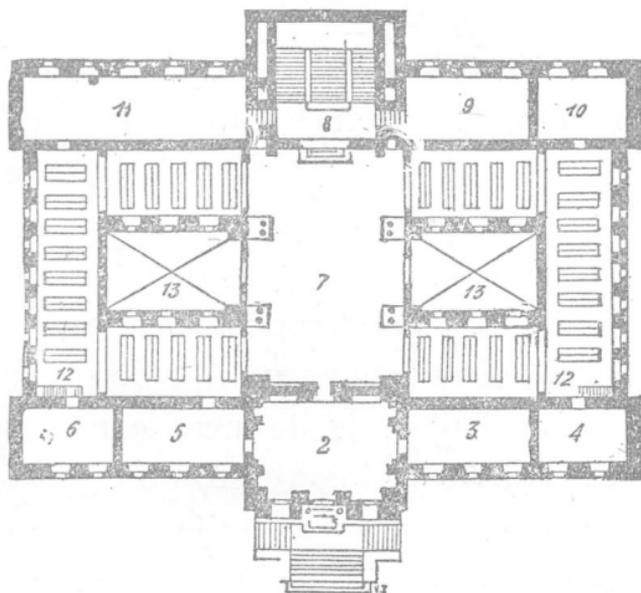


Fig. 34. Plano de la nueva Biblioteca de Wolfenbüttel

antigua biblioteca hoy desaparecida. En el centro del edificio se encuentra la gran sala (7), de dos pisos; cuatro pares de columnas de mármol sostienen la bóveda decorada de pintura; y una galería de balaustres dorados rodea la sala. Dos inmensas ventanas practicadas en las pare-

des longitudinales dan a los patios interiores; estas ventanas están decoradas a ambos lados por cuadros que reproducen las célebres figuras alegóricas de Rafael: la poesía, la teología, la jurisprudencia y la filosofía, que simbolizan aquí los tesoros conservados en la biblioteca. En el fondo (8) se encuentra la escalera principal que conduce al primer piso.

«Los depósitos de libros (12) organizados según el sistema francés, están dispuestos en todo el rededor de esta sala central, lo que facilita mucho el servicio. Estos depósitos son sencillos, pero, no obstante, notables e instalados con un gusto y una perfección arquitectónica que el sistema mismo no entraña. Como medida de precaución contra incendios, los pisos de clara-boyas no han sido instalados en todas partes; el segundo piso, por ejemplo, está separado del primero por un cielo abovedado a prueba de incendios.

«Además de las diferentes salas de que acabamos de hablar, debemos mencionar todavía el magnífico vestíbulo (2) en medio del cual ha sido colocado, en su forma primitiva, el monumento de LESSING esculpido por DÖLL, el pri-

mero que fué erigido a la memoria del grande hombre. *

«A la izquierda del vestíbulo se encuentran la sala de préstamos (5) y la oficina del bibliotecario-jefe, decorada con ricas talladuras (6); a la derecha, la sala de lectura (3) y la sala de las revistas (4). Todas las demás salas especiales pueden, en caso de incendio, aislarse las unas de las otras por medio de puertas de fierro. Entre ellas citaremos, además, la sala de los manuscritos (11) y la en que se conserva la colección de la Biblia (9), colección que, en su género, no es menos importante. La sala 10 no tiene aún destino especial.

«En el primer piso hay dos salas magníficas, amobladas al estilo del Primer Imperio con armarios donde se conservan los tesoros de la biblioteca y las colecciones raras. Ahí es donde se encuentran los incunables, las obras impresas en pergamino y en seda, etc. En fin, sobre el vestíbulo, una galería de pinturas contiene

(*) Sobre la actividad desplegada por LESSING como bibliotecario en Wolfenbüttel, véase K. LANDSTEINER, *Gotthold Ephraim Lessing als bibliothekars literarisch-historische Skizze*, Wien K. K. Hof und Staatsdruckerei, 1861, (Progr. d K. K. Josephstädter Gymnasiums in Wien).

los retratos de todos los duques de Brunswig y dos hermosos cuadros al óleo que representan la antigua biblioteca. En esta sala es donde se conservan, así mismo, las colecciones de estampas, grabados, retratos, etc., etc.

«Este edificio, en el que se gastaron todos los esfuerzos posibles por ponerlo al abrigo del fuego, tratando de construirlo de tal manera que satisficiera todas las exigencias del tiempo presente, y que permitiera admirar los tesoros que contiene, hace el más cumplido honor al gobierno, que consagró a él la suma de 730.000 marcos, y a los arquitectos que dirigieron los trabajos».

La biblioteca de la Universidad de Leipzig, recientemente construida, es una de las más hermosas y de las más grandes de toda Alemania (fig. 35). He aquí, sobre ella, algunos detalles debidos a la atención del señor arquitecto Arwed ROSSBACH, de Leipzig, autor del proyecto.

«El proyecto del nuevo edificio, terminado en 1891, fué adoptado a raiz de un concurso abierto, en 1885, entre los arquitectos alemanes y

en el cual obtuvo el primer premio. Lo que distingue a la nueva biblioteca de las que se construyeron precedentemente, es que en lugar de desarrollarse sobre una altura de varios pisos separados los unos de los otros por claraboyas, los depósitos de libros fueron dispuestos, al

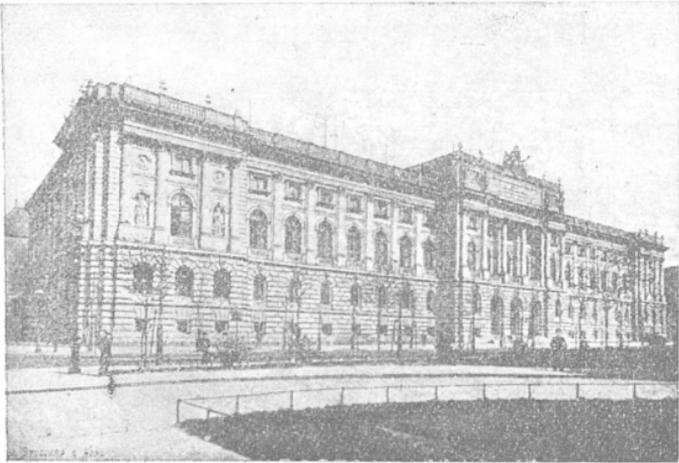


Fig. 35. La nueva Biblioteca de la Universidad de Leipzig

contrario, en una serie de salas bajas e iluminadas por dos costados.

«Estas salas tienen 3^m de altura por 10.^m 75 de ancho. Los techos arqueados y macisos están sostenidos por dos hileras de columnas de fierro distantes dos metros unas de otras. Las paredes longitudinales de estas salas

están dotadas de grandes ventanas que ocupan toda la altura. Frente a frente de cada ventana y perpendicularmente a los gruesos muros, están colocados los cuerpos de biblioteca dobles en profundidad, y que, gracias a la disposición adoptada están perfecta e igualmente iluminados. Una especie de corredor, formado por las columnas antes mencionadas, atraviesa los depósitos de libros y permite el fácil acceso a los casilleros, tanto como a las escaleras de fierro o a los elevadores que reúnen entre sí los depósitos de libros y los diferentes locales. La altura de los casilleros está calculada de tal manera que se puede alcanzar fácilmente al anaquel más elevado sin ayuda de escabel ni escala.

«El plan adoptado para la construcción de los depósitos presenta la gran ventaja de dejar, gracias a las puertas de fierro que los separan de las otras partes del edificio, los libros al abrigo de todo peligro, particularmente del fuego. Otra ventaja sobre el sistema de pisos superpuestos: el polvo no cae desde los pisos superiores a los de abajo.

«La idea dominante del autor del proyecto fue

la de disponer los locales de la biblioteca en tal forma, que todos los servicios interiores, de de-

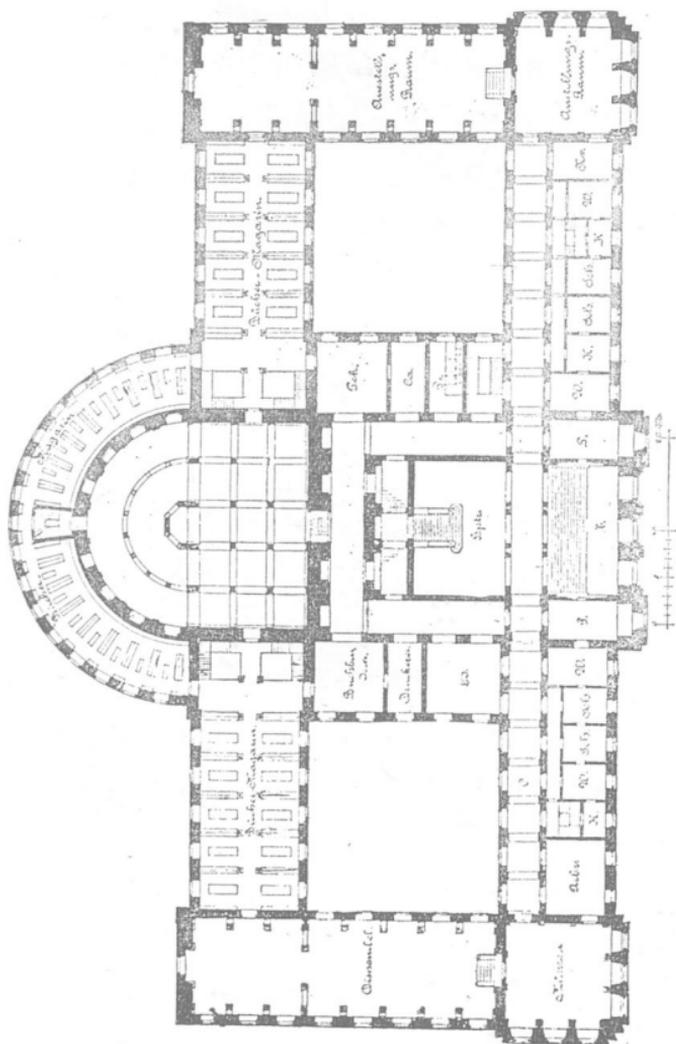


Fig. 31. Biblioteca de la Universidad de Leipzig.—Piso bajo (Rez-dechaussée).

pósitos, de salas de manipulación, de la sala del catálogo, de las oficinas de la administración,

son, por ejemplo; la sala de lectura, los corredores, la gran escalera, etc.

«Los planos que damos aquí permiten darse cuenta de las disposiciones adoptadas (fig. 36 y 37).

«En el primer piso, en la fachada principal,

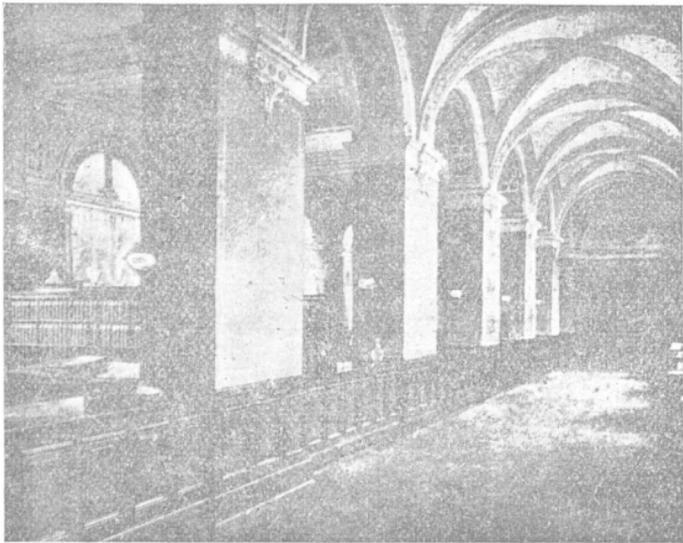


Fig. 38. Biblioteca de Universidad de Leipzig.—Sala del catálogo.

se encuentran: la sala del catálogo (fig. 38) y los locales de la administración que están contiguos, la sala de lectura de los profesores, la sala de los manuscritos, la de las cartas, etc.

«En el piso bajo, a derecha e izquierda del vestíbulo, están las habitaciones de los empleados.

«En el cuerpo central, entre los dos grandes

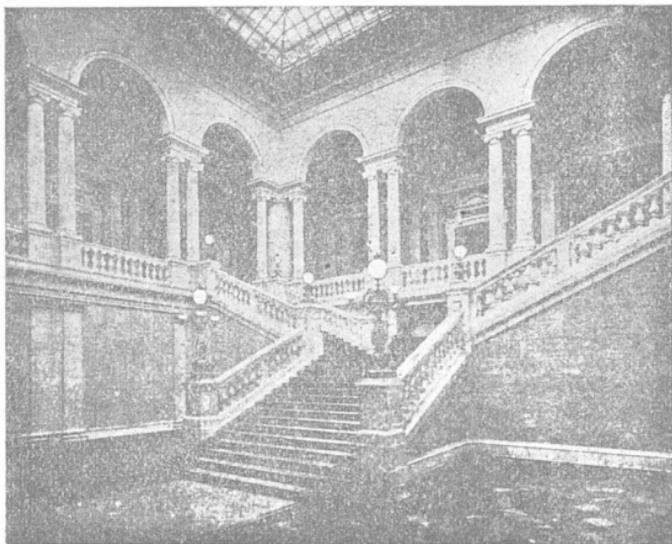


Fig. 39. Biblioteca de la Universidad de Leipzig.—Gran escalera.

patios interiores, se encuentra la gran escalera (fig. 39) que conduce a la sala de lectura. Esta sala (fig. 40) está alumbrada desde arriba y por inmensas ventanas. Los depósitos de libros colocados en las dos alas laterales y en las construcciones transversales, ocupan cinco pisos de

3 metros de alto cada uno (fig. 41). El local ha sido calculado de tal suerte que la biblioteca puede contener 800.000 volúmenes; pero agregando a cada casillero un anaquel más, será fácil colocar 1.000.000. Más tarde, si los ensan-

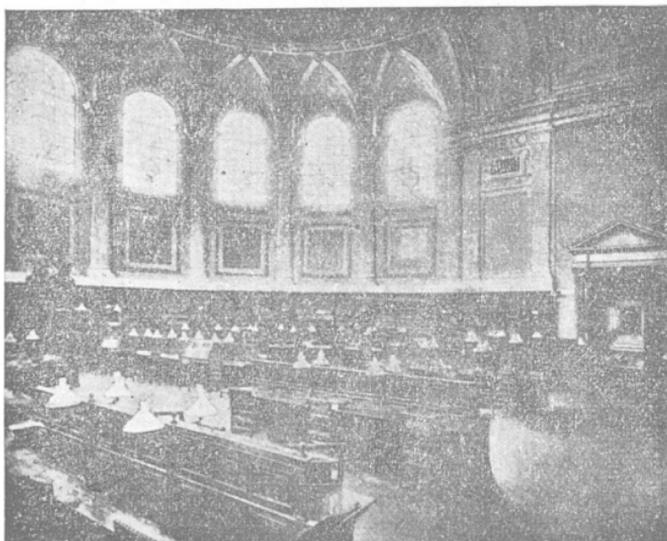


Fig. 40. Biblioteca de la Universidad de Leipzig.—Sala de lectura.

ches se hacen necesarios, será fácil, sin cambiar nada las disposiciones generales del edificio, prolongar las dos alas laterales A y B. Todos los depósitos, como las salas de estudio y locales de la administración, están provistos de caloríferos.

«El gasto total, tanto para la gran obra como para el amoblado interior, se elevó a la suma de 2.250,000 marcos».

Terminaremos este capítulo dando algunos detalles sobre el proyecto, presentado en 1891 por el bibliotecario en jefe D. CHILOVI y por el arquitecto Cav. Alejandro PAPINI, para la cons-

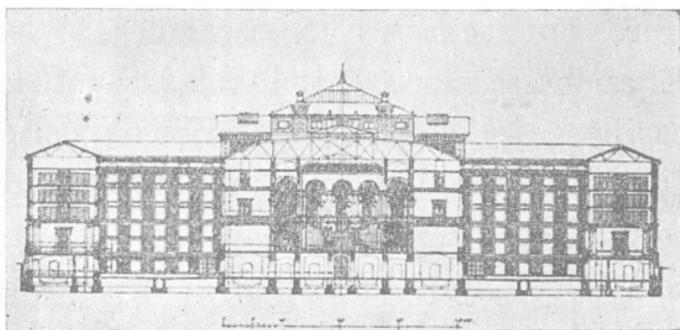


Fig. 41. Biblioteca de la Universidad de Leipzig.—Corte vertical.

trucción de un nuevo edificio destinado a recibir la Biblioteca nacional central de Florencia.

Este proyecto ⁽¹⁾ muy interesante no ha sido aún puesto en ejecución; pero los planos que damos más adelante permiten darse cuenta del

(1) Debemos la descripción que sigue a la traducción italiana del Dr. A. CAPRA, p. 33-41.

modo como se busca, en Italia, la resolución de las numerosas dificultades que promueve la construcción de las bibliotecas (1).

«Si se examinan los tres grabados (fig. 42-44) es fácil ver que toda la parte anterior del nuevo palacio está destinada al uso público, mientras que la otra sirve únicamente de depósito para los libros. Este depósito está subdividido en ocho pisos, cada uno de 3.^m50. Es fácil tomar los libros sin recurrir a los escabeles.

«El ancho interior de todos los anaqueles en los casilleros es de un metro. Los depósitos no se alumbran por lo alto, sino lateralmente, lo que evita las parrillas a claraboyas. Se ha seguido así el ejemplo dado por el arquitecto M. Arwed ROSSBACH en la construcción de la espléndida biblioteca de la Universidad de Leipzig.

«Para la transmisión mecánica de los libros, de los depósitos a la gran sala de distribución, se ha resuelto adoptar el sistema inventado por M. Bernardo R. GREEN, superintendente y di-

(1) Sobre el proyecto de construcción para la Biblioteca nacional central de Florencia, consúltese D. CHILOVI y A. PAPINI, *Il nuovo palazzo per la Biblioteca Centrale de Firenze*, Firenze, 1892.

rector de los trabajos de construcción de la gran biblioteca del Congreso de Wáshington.

«La ciudad de Florencia donó el terreno; pero

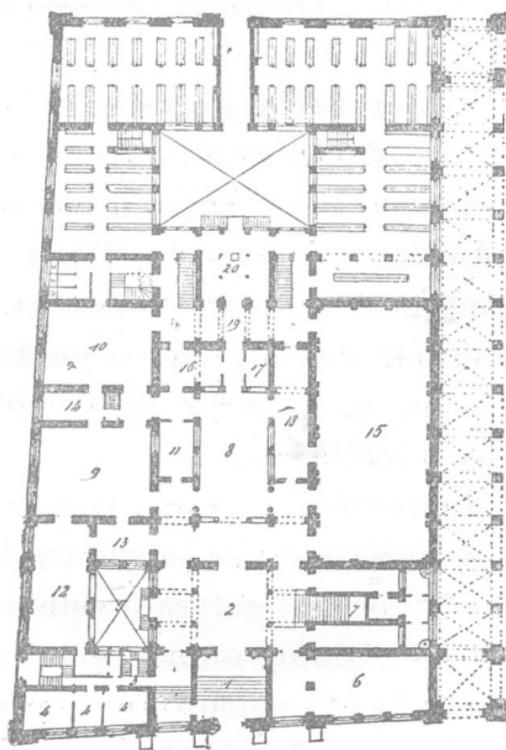


Fig. 42. Proyecto de un nuevo palacio para la Biblioteca nacional central de Florencia.—Piso bajo (Rez-de-chaussée).

estipuló la condición de construir, en uno de los costados del nuevo palacio, pórticos desti-

nados al paso del público. Había una gran dificultad que salvar; una dificultad tanto mayor cuanto provenía de la necesidad de llenar las múltiples necesidades de una gran biblioteca pública, abierta a todo el mundo sin excepción.

«La entrada principal está en la calle Porta Rossa (fig. 42). De la entrada (1) se pasa al vestíbulo (2); a la izquierda una puerta lateral conduce a la escalera de servicio (3) y a la habitación del guardián (4) de la biblioteca. No lejos de la escalera de servicio se encuentra otra escalera que da acceso a los departamentos del prefecto de la biblioteca.

El vestíbulo está alumbrado por un pequeño patio (5). A la derecha se encuentra la sala de periódicos (6) donde estarán a disposición de los lectores los últimos números aparecidos. Al mismo lado y frente al patio precitado, se abre la gran escalera (7) alumbrada por lo alto y que conduce al segundo piso.

«Frente a la entrada principal, y reunida al vestíbulo por una galería de comunicación, se encuentra la gran sala de distribución de los libros (8) con techo de vidrios.

«Si el lector desea consultar el catálogo alfabético, que es público (9), o el catálogo metódico (10), que es reservado, vuelve a la derecha pasando por la sala de préstamos a domicilio (11). Es por allí por donde pasan igualmente las señoras que desean ir a la sala de trabajo (12) que les está especialmente destinada. Las otras dos salas (13 y 14) están reservadas para los empleados agregados al servicio de los catálogos.

«El lector, después de haber pedido el libro que necesita en la sala de distribución, vuelve a la derecha para entrar a la gran sala pública de lectura (15). Esta sala tiene dos entradas, vecinas una de otra, (la segunda para el servicio nocturno). El alumbrado viene de arriba y por cuatro grandes ventanas colocadas en el segundo piso, al lado opuesto de los pórticos.

«Esta sala de lectura, difiere de todas las construídas hasta la fecha, en lo relativo a las mesas de trabajo, que no están todas al mismo nivel sino sobre una especie de plano inclinado. Los autores del proyecto están convencidos que de esta manera el lector no tiene enfrente otro que pueda o desee mirar lo que lee o escribe, disfrutando por esto de mayor libertad; que la vigi-

lancia se ejerce de arriba y es más fácil, y que, en fin, la luz, sea natural, sea artificial, no encontrando ningún obstáculo, alumbrará mejor las mesas de trabajo.

«A lo largo de los muros en que se encuentran abiertas las grandes ventanas de la sala, se halla una biblioteca de referencias de más de 1000 volúmenes. Entre los casilleros de esta biblioteca y las mesas de trabajo, un pasillo queda libre para los lectores y los empleados.

«Volvamos sin embargo a la sala de distribución (8). Los empleados que aquí se encuentran tienen toda facilidad de acceso a los dos catálogos (9 y 10), a la sala de préstamos de libros a domicilio (11), a la del préstamo de libros fuera de la ciudad (16), a la pieza de los portavoces y teléfonos (17), por medio de los cuales la oficina de distribución está en comunicación con todos los depósitos de libros y todos los servicios de la biblioteca, y, en fin, al gran ascensor (20).

«Hay todavía tres depósitos especiales para los libros: en uno están puestos aparte los libros para la lectura nocturna y los que se devuelven de la sala de lectura (18); en otro, los libros que

el lector declara continuará su estudio al otro día; en el tercero, en fin, colocado cerca del ascensor (20), los libros que se devuelven a los depósitos.

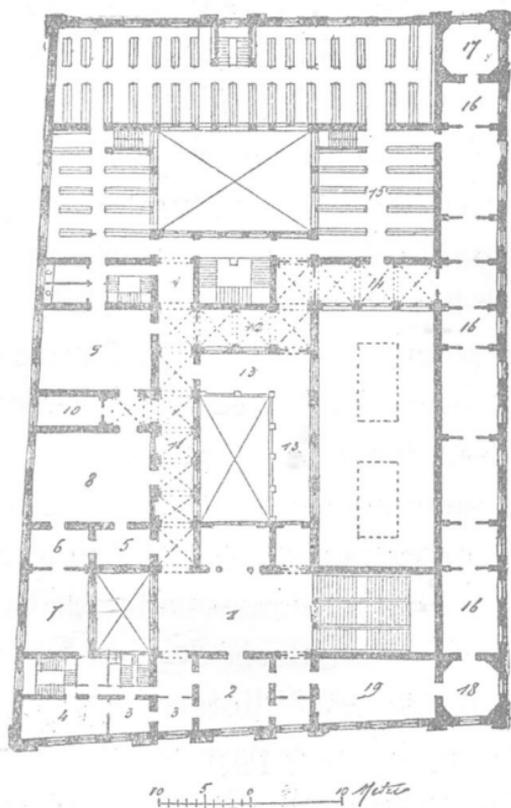


Fig. 43. Proyecto de un nuevo palacio para la Biblioteca nacional central de Florencia.—Segundo piso.

«Continuaremos nuestra descripción pasando inmediatamente al segundo piso (fig. 43), al que

conduce la gran escalera de que ya hemos hablado. Llegando al gran vestíbulo (1) se encuentra a la izquierda la oficina de la dirección (2), dos pequeñas piezas para el prefecto de la biblioteca (3), y la sala de trabajo del prefecto y demás empleados (4). Una galería (11) comunica el vestíbulo con el catálogo de los manuscritos (5); de aquí se puede pasar a la oficina del censor agregado de los manuscritos (6), y de aquí, a la sala (7) donde se reúnen los libros enviados por los libreros y que la dirección de la biblioteca se reserva para examinarlos antes de decidir su compra. La sala de trabajo de los manuscritos (8) está contigua a la del catálogo y, al lado se encuentra la sala donde se consultan las obras rarísimas (9). Entre estas dos salas se encuentra la del conservador de los manuscritos (10). Por la galería de comunicación (11), los visitantes de la biblioteca, acompañados de un empleado, pueden pasar a la galería de los manuscritos (12), que da a una terraza descubierta destinada a las reproducciones fotográficas (13), después a la tribuna (14), de lo alto de la cual se puede, sin perturbar a los lectores,

abarcara el conjunto de la sala de lectura, y ejercer la vigilancia.

«De esta tribuna, el visitante pasa a la sala de los «Archivos literarios» (15), donde, se conservarán las cartas, documentos o fragmentos, manuscritos, etc., etc.

«El museo bibliográfico (16) ocupa todo el largo de los pórticos, y está destinado a recibir las bibliotecas especiales, los incunables, las colecciones preciosas y el museo bibliográfico propiamente dicho: encuadernaciones artísticas, música antigua, etc. Al fondo de esta galería se encuentra una tribuna en honor de Galileo (17), donde se guardarán los 300 volúmenes autógrafos escritos por él o sus discípulos, las ediciones de sus obras, etc., etc.

«En la otra extremidad, una tribuna en honor de Dante (18), contendrá más de 100 manuscritos y más de 400 ediciones diversas de la *Divina Comedia*.

«De esta tribuna se pasa, en fin, a la sala de las miniaturas (19), que completa el museo bibliográfico.

«El primer piso, del que aún no hemos hablado (fig. 44), está destinado exclusivamente a

la instalación de los diferentes servicios de la biblioteca y a los depósitos de libros. A ella el público no tiene acceso.

«Parecería desde luego que el espacio reservado a las oficinas es muy grande. Se cambiará de parecer si se reflexiona en el número y en la variedad de servicios que necesita el funcionamiento de una biblioteca nacional central, obligada a recibir, como depósito legal, todo lo que se publica en Italia, conservarlo todo, desde el gran volumen hasta el programa teatral, sin tener la libertad de escoger. El trabajo que resulta es considerable, y con el tiempo no tendrá sino que aumentar.

«Como ya lo hemos dicho, se llega a este piso por la escalera que se encuentra a la izquierda del piso principal. Esta escalera desemboca a una sala de espera (1); se atraviesa en seguida las oficinas del economato (2) para entrar a los archivos de la biblioteca (3). Al lado del economato se encuentra la sala de inventario de los libros (4). La oficina de registro de adquisiciones (5) está contigua a la oficina de redacción del catálogo sobre fichas (6) de los libros antiguos italianos o extranjeros. De esta última ofi-

cina se pasa a la galería (7) que rodea la sala del catálogo alfabético situada en el piso bajo.

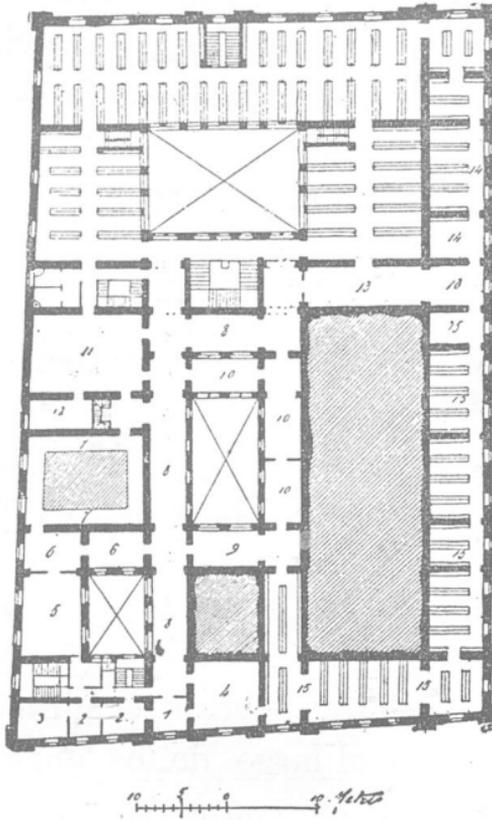


Fig. 44. Proyecto de un nuevo palacio para la Biblioteca nacional central de Florencia. Primer piso.

Una galería (8) comunica entre sí las oficinas de donaciones, de cange internacional y de estadística (9), con la de redacción del catálogo de

los libros modernos italianos (10) y la Dirección del *Bolletino delle pubblicazione italiane* (11), que la biblioteca publica dos veces al mes. La misma galería conduce también á la oficina donde se organiza la colocación de los libros y al depósito de las obras que deben empastarse (13).

De ahí se pasa a la oficina (14) de las obras de publicación no terminada y de las publicaciones oficiales.

Al frente se encuentran las oficinas de las revistas (15) científicas y literarias de Italia y del extranjero, de todos los periódicos políticos, impresos en Italia, de las hojas sueltas, avisos, etc., etc.

«El edificio una vez construído medirá 80 metros de largo por 52 de ancho, y ocupará una superficie de 4.160 metros cuadrados. Según cálculos hechos, el largo de los anaqueles será de 63.000 metros, sin contar los que podrían colocarse en el segundo piso en el espacio actualmente destinado al museo bibliográfico.

«Si se admite que un casillero de una superficie vertical de 1 metro cuadrado pueda contener fácilmente 100 volúmenes, la biblioteca podría recibir 1.894.200 volúmenes, y, teniendo en

cuenta los locales del museo bibliográfico y los libros de referencias depositados en las diversas salas, se obtendría la cifra de 2.000.000.»

§ III

Menaje interior de la biblioteca

En lo que concierne al menaje interior de la biblioteca ⁽¹⁾, nada será mejor si se une lo bello y lo agradable a lo útil; el confort que resultará no podrá menos que ejercer una influencia favorable sobre los estudios y los trabajos de los bibliotecarios y del público. Naturalmente que los locales destinados al trabajo serán amoblados con el mējor gusto; deben ser calentados en invierno, y en verano, por el contrario, protegidos contra los grandes calores. Bien entendido, sin embargo, que no se deberá jamás,

(1) SPIRE-BLONDEL, «Des bibliothèques au point de vue de l'ameublement,» *Le Livre*, núm. 84 (Déc. 1887), p. 353-366.—James D. BROWN «Library appliances. Descriptive guide to the complete technical equipment of Libraries». London, 1892 (*Library Association serie*, núm. 1).

so pretexto de elegancia o de lujo, sacrificar lo útil y lo necesario.

El conservador o bibliotecario jefe está obligado, como representante de la biblioteca, a recibir numerosas visitas cada día, y, por decirlo así, a cada momento; debe ser su oficina más elegantemente amueblada que las demás que se reservan a la administración.

Las salas de trabajo de los demás bibliotecarios estarán provistas de mesas sólidas con cajones con llave, o, si es posible, de escritorios ministros sobremontados de anaqueles para los libros y catálogos, y, en fin, de pupitres si es necesario. Los casilleros colocados a lo largo de los muros, contendrán obras de referencias y de bibliografía tan numerosas como sea la importancia de la biblioteca.

Si se redacta el catálogo metódico, que, conforme al sistema alemán se escribirá en fichas, es necesario que las cajas destinadas a contenerlas sean suficientemente altas y profundas. En gran número de bibliotecas alemanas se destina una sala especial para la formación de este catálogo, sala que debe ser muy extensa, porque el número de fichas aumenta con gran rapidez. Más

adelante, en un capítulo especial dedicado al estudio del catálogo metódico, insistiremos más sobre este punto. En lo que concierne al catálogo alfabético, si se le acepta en forma de libro, es necesario colocarlo en pupitres a fin de facilitar su manejo. En la sala de préstamos, el empleado encargado del servicio estará separado del público por una baranda, tras la cual se colocará su mesa de trabajo. Esta sala estará provista de casilleros o de mesas destinadas a recibir los libros que han sido solicitados y se han devuelto. También se colocan allí los catálogos que puede consultar el público, catálogos que deben instalarse en pupitres para su fácil consulta. En construcciones modernas, elevadores y aún ascensores, unen la sala destinada al préstamo con los depósitos de libros para la rapidez del servicio. El empleado respectivo debe pedir por medio de un portavoz, los libros que necesita a fin de recibirlos inmediatamente.

En la sala de lectura, el bibliotecario encargado de su vigilancia debe tomar una colocación tal que le permita inspeccionar todo lo que pasa en ella. Las mesas de trabajo estarán dispuestas de manera que el servicio sea fácil y

de modo que los lectores, al entrar o al salir, no molesten a los demás; finalmente es necesario que todo lector tenga a su disposición un espacio suficientemente amplio. En la nueva biblioteca de Halle cada mesa tiene 25.^m de largo por 1 de ancho, mesa en la cual pueden colocarse diez lectores, correspondiendo a cada uno un metro de largo. En Gotinga los asientos tienen 1.^m 05 de largo por 0^m 62 de ancho; en el Museo Británico, 1^m 27 de largo y también 0^m 62 de ancho. En estos últimos establecimientos la altura de las mesas alcanza a 0^m 76, y la de las sillas, a 0^m 45. En las bibliotecas más concurridas conviene dar su numeración a cada localidad, y entre mesa y mesa dejar un espacio, como se ha hecho en la biblioteca Nacional de París.

En lo que se relaciona con la lectura de obras raras y preciosas o de gran valor, es necesario tener mesas especiales provistas de atriles y en las que esté prohibido el uso de la tinta.

Los anaqueles dispuestos a lo largo de las paredes de la sala de lectura, permitirán poner a disposición del público las enciclopedias,

léxicos, manuales, etc., y, en general, todas las obras de referencias.

Como en las otras salas de trabajo, las celosías o ligeras cortinas protegerán a los lectores de los rayos del sol, en caso que los vidrios opacos, de las ventanas no sean suficientes. Finalmente, los alfombrados, linoleums o cualquiera otra materia poco favorable al polvo, disimularán el ruido de las pisadas, evitando así toda molestia a los lectores.

Conforme a lo que dijimos acerca de la construcción del salón de lectura, es evidente que esta sala, en virtud de su destino, debe estar decorada con cierta elegancia. Indispensable es que el lector encuentre todas las comodidades y facilidades posibles, de suerte que encuentre estas condiciones y trabaje con agrado.

En los depósitos de libros, los cuerpos de biblioteca, los casilleros, constituyen los muebles principales; merecen así, por esta causa, llamar un instante nuestra atención. Antiguamente estos casilleros estaban, por lo general, colocados a lo largo de los muros, como puede verse examinando las láminas 45 y 46. La letra *a* in-

dica las puertas; *b*, las ventanas; *c*, los casilleros; y *d*, las mesas de consulta.

PETZOLDT, en su *Catéchisme*, recomienda los casilleros dobles en profundidad, dispuestos perpendicularmente a los pilares que separan las ventanas (fig. 47); pero añada que no debe

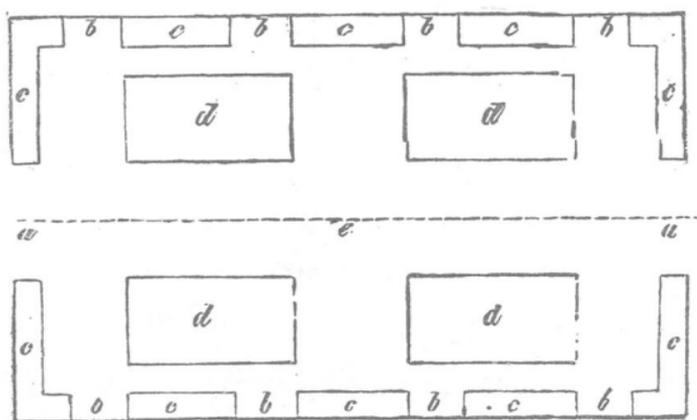


Fig. 45. Disposición de los casilleros

emplearse sino cuando haya necesidad de economizar el espacio de que se dispone. En este último caso recomienda la disposición indicada en la fig. 48. Pero debería tenerse en cuenta, según él, que la falta absoluta de espacio sería el único capítulo que justificaría tal expediente cuyo principal inconveniente impide abarcar de

una mirada los casilleros y, por consiguiente, los libros contenidos en la sala. Esto constituye un gran inconveniente y hoy día es todavía muy sensible en las bibliotecas construídas según el antiguo modelo; pero desde que la necesidad cada vez más imperiosa de ahorrar espa-

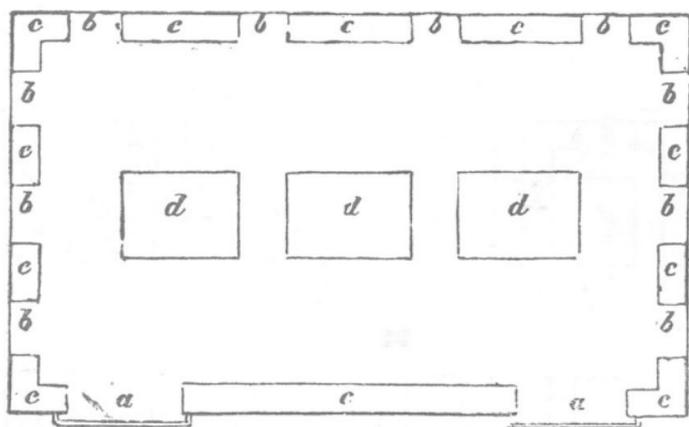


Fig. 46. Disposición de los casilleros.

cio, ha indicado la adopción del «sistema de magazines,» ha sido posible, conservando la vista del conjunto de los libros, utilizar la totalidad del espacio disponible. El plano (fig. 49) dibujado por el bibliotecario STEFFENHAGEN y que indica cómo están colocados los casilleros en los depósitos de la biblioteca de Kiel, permi-

tirá al lector darse mejor cuenta de las disposiciones adoptadas.

La introducción de los pisos medios ha presentado la gran ventaja de limitar la altura de los casilleros y de hacer por esto, inútil (fig. 31) el empleo de las peligrosas escalas, necesarias en las antiguas bibliotecas y que han originado tantos accidentes.

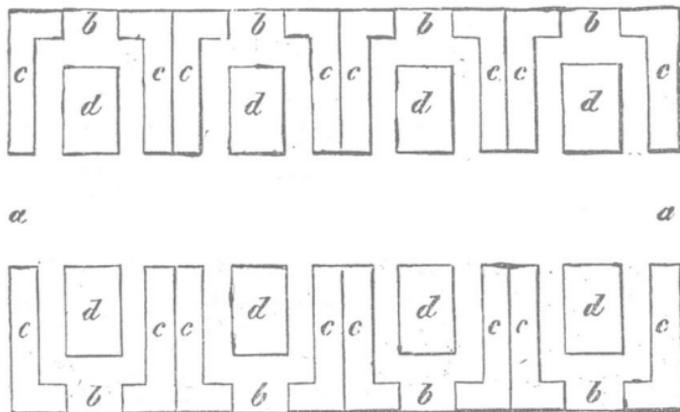


Fig. 47. Disposición de los casilleros.

En su tiempo, LEGER había aconsejado, para evitar el uso de escalas demasiado elevadas, dar a los casilleros una altura que variaba de 2^m83 a 3^m39, alturas que él consideraba como las más cómodas. Cuando se estaba obligado a

excederse, PETZHOLDT recomendaba construir a los 2^m26 galerías de fierro ligeras y elegantes dotadas de una balaustrada, o galerías de madera si se imponía la economía; varias galerías

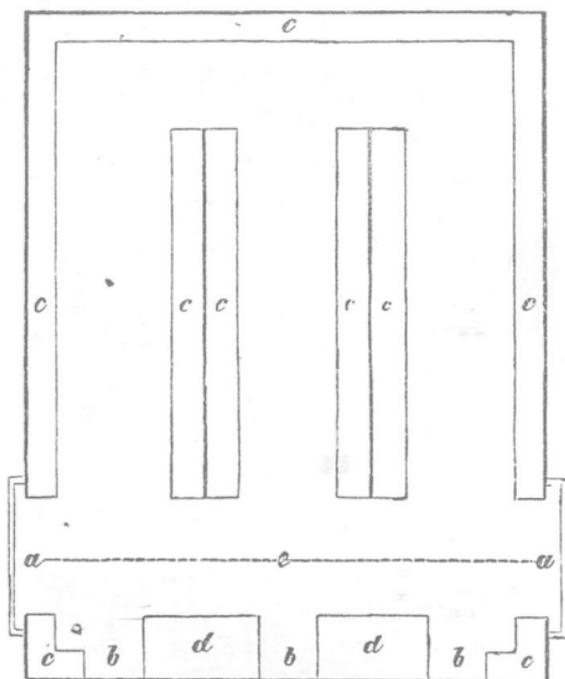


Fig. 48. Disposición de los casilleros.

superpuestas eran necesarias, y se imponía siempre conservar entre ellas esta misma distancia de 2^m26.

Como lo hemos dicho en el segundo párrafo de este capítulo, las galerías, sobretodo cuando

hay muchas seguidas, presentan tan grandes inconvenientes que, en las construcciones modernas, se han abandonado por completo reemplazándolas por los pisos de claraboyas de que ya hemos hablado. Hasta hoy no se ha fijado aún

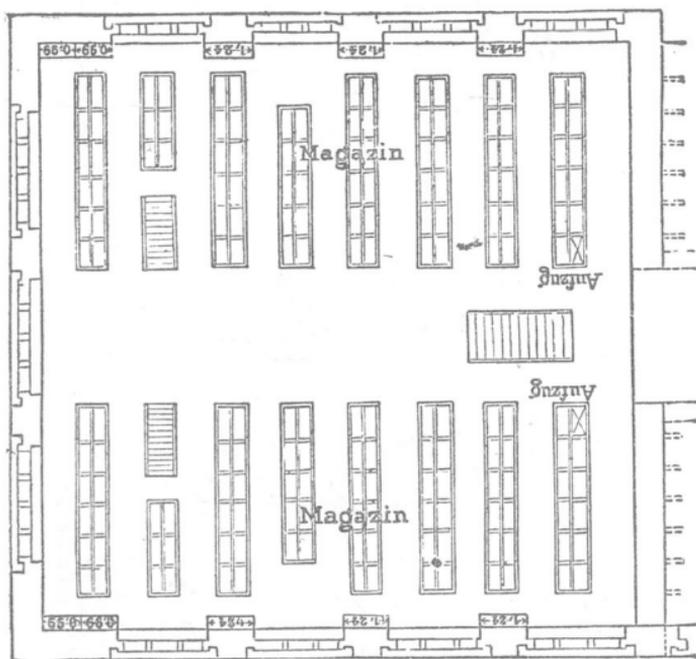


Fig. 49. Disposición de los casilleros en los magazines de libros de la Biblioteca universitaria de Kiel.

de un modo preciso y definitivo la altura que conviene dar a los diferentes pisos de los depósitos de libros y, por consiguiente, a los casilleros mismos. Mientras que, por ejemplo, en la

Biblioteca Nacional de París y en Greifswald esta altura es de 2^m50; en el Museo Británico es de 2^m44, y en Halle de 2^m30. M. STEFFENHAGEN⁽¹⁾, bibliotecario-jefe de la Biblioteca Universitaria de Kiel, ha querido determinar con certeza la altura normal que deben tener los casilleros; este es, en efecto, un punto de gran importancia: una pérdida de algunos centímetros por casillero, insignificante en apariencia, pero, repetida en gran número de veces, llega a producir una pérdida total considerable, y que en una gran biblioteca representa el espacio que ocuparían muchos casilleros.

Después de haberse impuesto el trabajo de medir una cantidad de libros y de hacer numerosos cálculos, M. STEFFENHAGEN llegó a las conclusiones siguientes: los pisos deben tener uniformemente 2^m50 de altura y los casilleros, 2^m47. Esta altura presenta un inconveniente: los anaqueles son casi inaccesibles a las personas de talla mediana. Para remediarlo, M. STEFFENHAGEN recomienda los escabeles de fierro atornillados en los montantes de los casilleros.

(1) E. STEFFENHAGEN, *Ueber Normalhöhen für Büchergeschosse. Eine bibliothektechnische Erörterung.* Kiel, 1885.



En Halle, donde los casilleros son, como ya lo hemos visto, mucho menos elevados, se ha adoptado el sistema empleado ya en la biblio-

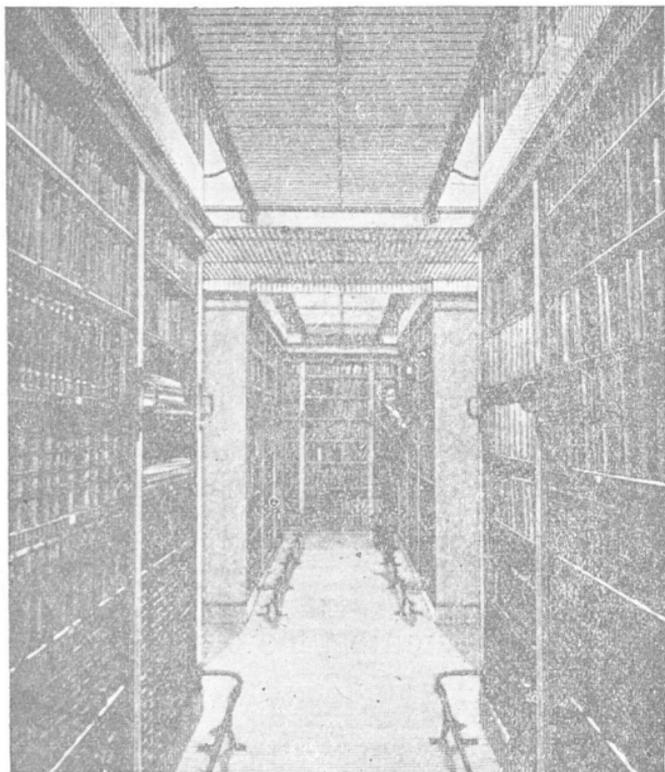


Fig. 50. Magasines de la Biblioteca de Leyde.

teca de Leyde (fig. 50). Una barra de fierro dispuesta paralelamente a los cuerpos de biblioteca y sostenida por soportes a cierta altura sobre el piso sirve de escabel (como lo indica nuestro

grabado), y una manilla también de fierro, fijada en lo alto de los montantes, permite tomar los libros de las hileras superiores sin riesgo de perder el equilibrio. En el Museo Británico, al contrario, sirven para el caso, como nos lo señala el arquitecto KORTÜM, pequeños escabeles muy ligeros, pudiendo fácilmente correrlos sobre los pisos de fierro, y que han sido igualmente adoptados en Gotinga.

La profundidad de los casilleros debería ser, según PETZHOLDT, considerable, de 57 a 85 ctm. para los anaqueles inferiores destinados a recibir grandes volúmenes, los in-folios, y de 42 a 57 cm. para los anaqueles superiores. En las nuevas construcciones, al contrario, partiendo del principio de economizar en lo posible el espacio de que se dispone, se han adoptado profundidades mucho menores.

En Halle, por ejemplo, para los casilleros dobles la profundidad es sólo de 0,^m50; puede alcanzar para los in-folios a 0,^m70 por medio de un ante-cuerpo. En Gotinga se han adoptado sólo las siguientes medidas: 0,^m20 para los en 8.°, 0,^m30 para los en 4.°, 0,^m40 para los in-folios. Anaqueles especiales se han construido

para los formatos de dimensiones excepcionales.

Sería más recomendable que el ancho de los anaqueles fuese siempre el mismo; esto es en efecto, un punto de grande importancia, tanto para la colocación de los libros nuevos, como para su transporte a un nuevo sitio. Según M. KORTÜM, esta longitud debe ser de un metro, por consiguiente, muy aproximada a la de 90 ctms. fijada por M. STEFFENHAGEN ⁽¹⁾ en su obra.

La distancia entre los diferentes anaqueles en servicio, debe naturalmente variar según la altura de los volúmenes y disminuir de abajo a arriba. Dar a todos los anaqueles la misma altura sería una simple pérdida de espacio, absolutamente inútil si se piensa separar los libros según su formato, reservando los anaqueles inferiores para los de gran formato, los del medio para los de formato mediano y los altos para los de pequeño formato.

(1) En el Museo Británico, según Kortüm, el largo de los anaqueles es de 93 ctms.; en Leyde, donde cada cuerpo de biblioteca tiene 8 anaqueles, este ancho tiene, según una nota del *Centralblatt f. B.* (II, 333) sólo 90 centímetros.

En estos últimos tiempos se ha tratado de determinar de una manera exacta la altura normal que satisfaga a la menor pérdida de espacio. PETZHOLDT indicaba en su *Cathechisme* 57 ctmts. para los in-folio, 42 para los en 4.º y 28 para los en 8.º. Las experiencias y las investigaciones hechas por M. STEFFENHAGEN han demostrado que se podría fijar una altura normal para los in 8.º, y que esta altura podría reducirse a 25 ctmts. En la biblioteca de Kiel se ha llegado, en casos aislados, a 23 ctms. por falta de espacio; donde por el contrario, el espacio lo permitía y no podía ser más ventajosamente utilizado, se ha dado a los casilleros una altura que llega hasta los 27 ctms. En cuanto a las dimensiones para los in-folios y los in-4.º, son esencialmente variables. Se da ordinariamente 45 ctms. de altura a los anaqueles destinados a los in-folios, y 33 a los de los in-4.º. Pero se encuentran también alturas de 37, 39, 41, 43, 47, 49, 51, 53, 55 ctms. para los in-folios y de 31, 35, 37, 39 ctms. para los in-4.º; en algunos no se pasa de 55 ctms. para los infolios y 39 para los in-4.º. Este asunto se encuentra, ade-

más, extremadamente simplificado cuando, así como se hace ahora en un gran número de bibliotecas, se deja de lado el formato real para tomar sólo en cuenta el formato aparente. Sobre esta materia trataremos más adelante cuando nos ocupemos de la colocación de los libros.

Para que los empleados no se fatiguen al tomar o reemplazar los libros de los anaqueles inferiores, es bueno que éstos queden a cierta altura del suelo. PETZHOLDT recomendaba una altura que varía de 7 a 10 centímetros. KORTÜM propone establecer el primer anaquel inferior sobre una base de 20 centímetros de altura, y dar a la barra de apoyo destinada a servir de escabel la misma elevación. Esta elevación ocasionaría una pérdida de espacio, pero estaría bastante compensada por la mayor facilidad que se obtendría para tomar los libros. El alega, en efecto, que muy frecuentemente la barra de apoyo en cuestión llega a la mitad del primer anaquel, lo que es molesto, por lo que no se puede tomar los libros o colocarlos sin peligro de destrozarlos. Este grave inconveniente desaparecería si se adoptara la disposición

recomendada por KORTÜM. En Halle, por ejemplo (como lo demuestra la fig. 31), las barras de apoyo están paralelas a los anaqueles inferiores y situadas a la misma altura, es decir, a 25 centímetros. A fin de no perder espacio, estos 25 centímetros se utilizan en un anaquel profundo, en el que se depositan tendidas las obras de enorme formato y que no se piden con frecuencia. En Kiel, al contrario, el anaquel inferior no tiene base; para extraer los libros de este anaquel es necesario sacarlos por debajo de la barra de apoyo, y para colocarlos hay que introducirlos por encima, utilizando la abertura que queda a lo largo del casillero entre la barra y el anaquel. En este caso, la barra de apoyo debe estar naturalmente colocada lo más alta posible y a una gran distancia del anaquel.

El espesor que debe darse a los anaqueles depende, en primer lugar, del material que se emplee, y en segundo, del peso que sostengan. PETZHOLDT admitía un ancho superior al que hemos indicado más arriba como el mejor; proponía dar a los anaqueles inferiores, que deben sostener el peso considerable de los in-folios y

de los in-4.º, un espesor de 4 ctms., reducido a 2 ctms. para los demás anaqueles. Los anaqueles muy largos deben mantenerse con soportes. En Kiel, el espesor de los anaqueles es uniformemente de 3 ctms.; este es igualmente el espesor que se ha dado en Halle a los anaqueles fijos que son en número de 2 o 3 por casillero.

El empleo de los anaqueles movibles se ha reconocido como preferible al de los anaqueles fijos, en razón de las grandes ventajas que presentan. Son, en efecto, infinitamente más cómodos, la movilidad de las tablillas permite, según las necesidades, disminuír o aumentar su altura sin dificultad alguna. Se alega contra los anaqueles movibles su mayor precio de costo que el de los fijos; pero la objeción no tiene fundamento serio, porque el aumento de precio es largamente compensado por el espacio que se gana. En los casilleros dobles es necesario que las dos caras sean absolutamente independientes una de otra; el ancho de las tablillas deberá así corresponder a la mitad de la profundidad de los casilleros (1).

(1) Es necesario tener en depósito una provisión de tablillas su-

Primitivamente los anaqueles movibles⁽¹⁾ estaban sostenidos por cuñas de anaquel adaptadas a las cremalleras; bastaba así para subir o bajar los anaqueles, subir o bajar las cuñas, pero esta operación, en apariencia tan sencilla, no se hace sin dificultad; frecuentemente, en efecto, la madera se hincha, y entonces con gran dificultad se sacan las cuñas de la cremallera. Además este sistema ofrecía, desde el punto de vista de la conservación de los libros, múltiples inconvenientes. Más tarde se reemplazaron las cremalleras por *clavijas*, especie de pitones de fierro o cobre, en los cuales se apoyan los anaqueles y cuyas espigas penetran en pequeños huecos circulares abiertos en las paredes de los tramos cada 3 ctms., como en Halle, o cada 4 ctmts., como en Kiel. Este sistema está hoy día adoptado casi en todas partes. A fin de evitar que la solidez de las paredes se comprometa por esta sucesión, por así decirlo, casi ininterrumpida de hoyos muy cercanos unos de

plementarias. Se las necesita, en efecto, sea para cambiar, sea para aumentar la dotación de anaqueles.

(1) Ch. BUGHOEFFER ha tratado recientemente la cuestión de los anaqueles movibles en un artículo del *Centralblatt f. B.* (XIII, 1896, p. 152-157), intitulado «Ewegliche Repositorien».

otros, se les puede colocar alternándolos, sobre dos filas paralelas, o mejor, como las maderas que se emplean para los casilleros no son en general muy resistentes, en listones de madera o de metal ajustados con la ayuda de una muesca en toda la altura de los tableros.

Las *clavijas* realizan incontestablemente un progreso considerable sobre las cremalleras. Su manejo es mucho más fácil y rápido que el de las cuñas, y sin embargo ahora se encuentra este sistema muy lento y complicado. Admitiendo que todo marche bien, dice EBRARD, hay aún que hacer seis movimientos para cambiar de lugar un anaquel; se debe, en efecto, levantar alternativamente la tablilla a derecha e izquierda y las cuatro *clavijas*. Pero no es en esto solo donde reside la verdadera dificultad. Para sacar las dos clavijas del fondo es necesario que bajo la tablilla haya un gran espacio para que pueda introducirse el antebrazo, y si esto no es posible, de antemano se ha dejado entre los anaqueles un espacio considerable, lo que representa una enorme pérdida de espacio; en el caso contrario, es decir cuando los anaqueles están muy cercanos unos de otros, es pe-

noso, para sacar las clavijas en cuestión, despejar el anaquel inmediatamente superior de todos los libros que contiene. Y no son estas solas las molestias; para retirar las clavijas, el operador encargado de este trabajo se ve precisado a levantar y sostener el anaquel cargado de libros y ordinariamente de mucho peso. La fatiga que resulta es soportable cuando es necesario bajar algunos anaqueles; pero no sucede lo mismo cuando son necesarias una gran transformación y numerosos cambios, es preciso entonces sacar todos los libros de los anaqueles que se desea cambiar.

Es necesario reconocer que estos inconvenientes son serios, y para remediarlos los bibliotecarios y constructores se han ingeniado, desde hace algún tiempo, para encontrar nuevos modelos. Recientemente se han publicado, particularmente en Alemania, un gran número de invenciones que tienen por fin el reemplazo de las actuales clavijas por otro sistema que hace más fácil el cambio de anaqueles. En un trabajo que tiene por título: *Die modernen Systeme von Büchergestellen mit verstellbaren Legeboeden*, Leipzig, Spirgatis, 1895 (*Sausm-*

lung bibliothekswissenschaftlicher Arbeiten herausgegeben von Karl DZIATZKO, 9. Heft), el Dr. Paul JÜRGES ⁽²⁾, de la biblioteca universitaria de Marbourg, describe y compara los diferentes sistemas propuestos. Nos contentaremos

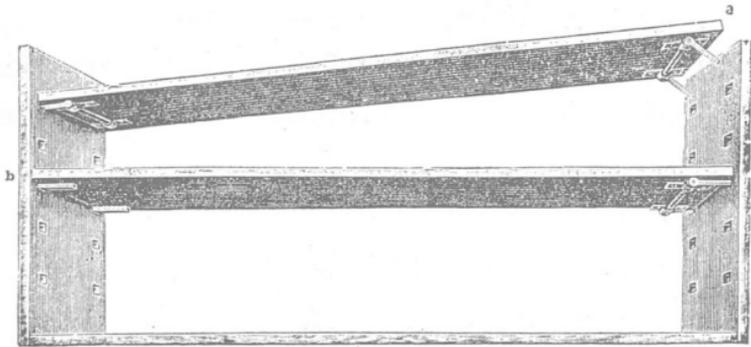


Fig. 51. Anaqueles móviles, sistema STAENDER.

aquí con enumerarlos y dar algunas reseñas sobre los más importantes, y deferir los otros a la obra que acabamos de citar.

El director de la biblioteca real y universitaria de Breslau, profesor Dr. STAENDER, obtuvo patente para un nuevo sistema de anaqueles móviles en uso ahora en la biblioteca universitaria de aquella ciudad, como también en algunos otros establecimientos, particular-

mente en la biblioteca consistorial del príncipe obispo de Breslau. El grabado adjunto permitirá darse cuenta (fig. 51) de las disposiciones adoptadas. Cada anaquel tiene en sus dos extremidades pitones de metal montados en goznes (a) movibles. Estos pitones penetran en hoyos cuadrados colocados en los montantes. Se puede también reemplazar en una de las extremidades del anaquel los pitones movibles por pitones fijos (b).

En Francfort, el bibliotecario de la ciudad, F. EBRARD ⁽¹⁾ y el inspector de obras públicas, C. WOLFF, han hecho igualmente patentar un nuevo sistema de casilleros, instalado ya en la biblioteca de la ciudad, donde se le ha ejecutado todo de fierro, mientras que en la biblioteca universitaria de Giessen, que igualmente lo ha adoptado, se prefirió la madera. Cada anaquel tiene cuatro pitones fijos que se embuten en cuatro cremalleras, de las cuales dos están colocadas delante de los paños y dos en el interior de los casilleros, a lo largo de los paños mismos (fig. 52).

(1) Véase: EBRARD, "Verstellbare Lagerung der Tragebretter an Bücheregalen," *Centralblatt f. B.*, X, 1893, p. 23-28.

El sistema de LIPMAN, de Strassburgo, tiene la mayor analogía con el precedente, como así mismo el sistema ROTH ⁽²⁾, empleado en Graz, (fig. 53). El sistema de GREEN, del que se sirven en América en un gran número de pequeñas bibliotecas y que se ha adoptado para la bi-

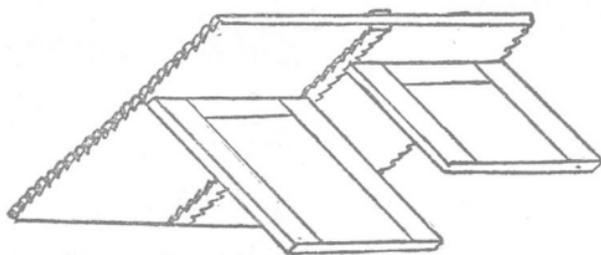


Fig. 52. Sistema EBRARD.

lioteca del Congreso de Wáshington, está igualmente fundado en el mismo principio.

El Dr. WENKER, bibliotecario de la Universidad, en Marburgo, ha inventado una nueva forma de casilleros empleados en la biblioteca universitaria de Marburgo y la biblioteca de Posen, como también en diferentes establecimientos. Hasta hoy ha dado los mejores y

(2) Sobre el sistema de J. ROTH, empleado en Graz, véase la noticia publicada por el *Centralblatt f. B.*, XI, 1894, p. 573-574.

excelentes resultados y es, así lo creemos, uno de los mejores ideados y más prácticos. Su construcción es enteramente de fierro y muy liviano. Gracias a un ingenioso sistema de cremalleras, los anaqueles, que están provistos en cada una

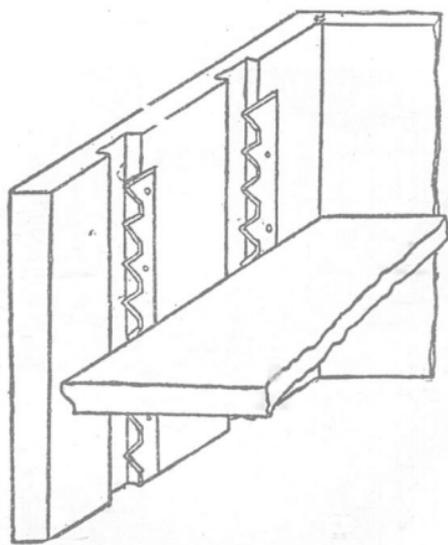


Fig. 53: Sistema Roth.

de sus extremidades de un cuchillo en forma de dientes para el sostén en el cual se apoyan los libros, pueden ponerse y quitarse con la mayor facilidad (fig. 54).

En Dresden, el ebanista LEUTHOLD ha obtenido privilegio para un sistema posteriormente

adoptado en la real biblioteca pública de la ciudad e íntimamente relacionado con el de SMITH. Recordaremos aún dos sistemas, el del Dr. O. UHLWORM, de Cassel, y el de MÜLLER, de Breslau, además de los sistemas americanos de STIKEMAN (fig. 55) (perfeccionado en Marburgo por el in-

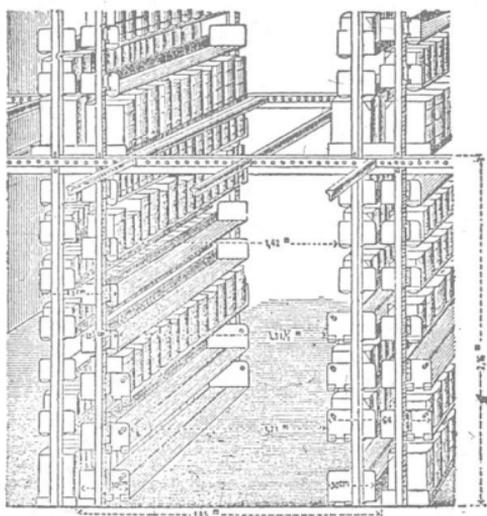


Fig. 54: Sistema WENKER

geniero von DALH y el inspector general de obras civiles KRÜCKEN); el de PAULI, ya antiguo, el de KOCH y, en fin, el de la *Library Bureau*⁽¹⁾.

(1) Véase: «Library Bureau steel stack», *Library Journal*, XIX, 1897, núm. 12, p. 193-196.

Cuál de todos estos sistemas se puede considerar como el mejor? Las experiencias efectuadas hasta hoy no son muy concluyentes para que pueda pronunciarse con conocimiento de causa y es necesario remitirse al porvenir para resolver esta cuestión.

Cuando los casilleros estén colocados a

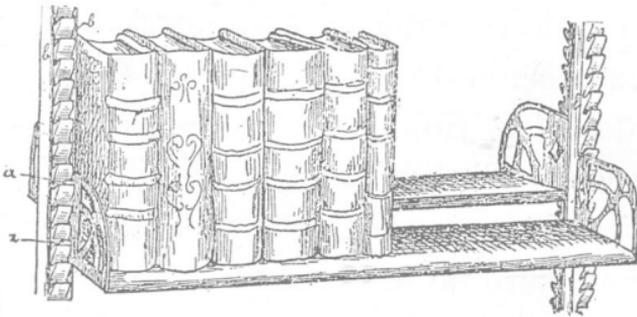


Fig. 55. Sistema STIKEMAN

lo largo de los muros, de ordinario casilleros simples, deberá tenerse presente dejar, entre la extremidad de las tablillas y el muro, cierto espacio vacío que permita al aire circular libremente e impida así el desarrollo de los insectos y de las larvas. Los casilleros dobles facilitan naturalmente la circulación del aire que se efectúa por sí sola sin necesidad de recurrir

a una disposición especial, pero presentan un grave inconveniente: los libros se deslizan de un anaquel al opuesto; para remediarlo, es necesario colocar en el medio de los casilleros, paralela a las caras, una tela metálica de anchas mallas, como se ha hecho en el Museo Británico.

Réstanos decir algunas palabras sobre la madera que debe emplearse de preferencia, para la construcción de los casilleros, y del color que debe dárseles. Sobre esta materia no hay regla precisa. El empleo del ciprés, del abeto o del roble se impondrá más o menos según las regiones; pero de todos modos, la madera deberá ser firme y durable e inatacable por los gusanos. En los últimos tiempos se ha substituido muy frecuentemente el fierro a la madera, y para las tablillas se han usado a veces planchas de fierro fundido o de pizarras. (1)

(1) Según lo que nos dice KORTÜM, en la nueva Biblioteca Real de Stokolmo las paredes laterales de los casilleros son de fierro; siempre, según él, en el Museo Británico los anaqueles son planchas de fierro fundido montadas sobre cuadros de madera y recubiertos con cuero rojo, mientras que en la *New Record Office* de Londres se han servido, de preferencia, de planchas de pizarra de 2 centímetros de espesor recubiertos de tela encerada.

A fin de proteger los libros contra las larvas que se crían en la madera, LEGER propuso, en su tiempo, que se recubriera las tablillas con planchas de fierro, vidrio, pizarra, porcelana o de otra materia análoga. También se han indicado otros medios; se ha aconsejado, por ejemplo, hacer a las tablillas numerosos hoyos, o reemplazarlas por listones de madera igualmente separados unos de otros.

Todas estas precauciones son inútiles si se limpian regularmente los anaqueles y se sacuden los libros; ésta es, en efecto, la mejor medida contra los gusanos.

Si hay necesidad de pintar los casilleros, es necesario elegir una pintura a la vez que refractaria a la mugre, suficientemente clara para no ensombrecer el alumbrado de las salas. Esta elección es de grande importancia, el tono más o menos feliz que se escoja contribuye en gran parte al aspecto de propiedad y elegancia de los locales.

De acuerdo con la mayoría de los bibliotecarios, no aconsejamos la colocación de puertas a los casilleros; desde luego porque es costosa sin ser útil; en seguida porque la obligación de

abrir o cerrar constantemente estas puertas ocasiona una pérdida de tiempo considerable y dificulta el servicio. Las puertas con vidrios o enrejado no pueden sino recomendarse para los armarios que contengan manuscritos u obras preciosas, que de esta manera se las pone mejor al abrigo. Colocar cortinas ante los casilleros podría hasta cierto punto, preservar del polvo a los libros, pero impediría abarcar de una ojeada el conjunto de colecciones, y este inconveniente basta para rechazarlas.

Después de los casilleros, los muebles que debemos tener más presentes son los pupitres destinados a la conservación y consulta de los grandes in-folios y de las cartas. Ciertas obras de tamaño considerable no encuentran colocación en los anaqueles de altura o profundidad ordinarias, de aquí la necesidad de construir para recibirlos, muebles especiales, especie de mesas altas de apoyo, entre las patas de las cuales se instalan los anaqueles horizontales o verticales. Cuando los anaqueles son verticales, es necesario que sean bastante estrechos para que los libros faltos de apoyo no se doblen o tumben sea a un lado o a otro.

Si se desea exponer los manuscritos o libros raros, debe ponérseles en vitrinas o simplemente en cajas provistas de un tejido metálico, y si hay necesidad de protegerlos contra la luz, basta una cortinilla de género. Se puede también servir, pero esto a simple título de curiosidad,

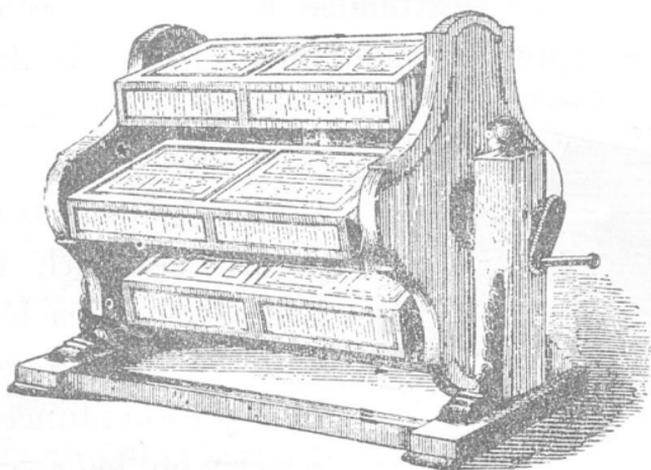


Fig. 56. Vitrinas rotativas.

sin utilidad inmediata, de aparatos como el que se representa más arriba y que se compone de cuatro vitrinas puestas en movimiento rotativo por medio de una manilla (fig. 56).

Las cartas y estampas ordinariamente se conservan en cajones, y de preferencia, en «mesas de correderas». Estas son de madera o fierro, sus

montantes están provistos de una serie de hoyos (fig. 57), donde se introducen los pequeños rodillos de madera o metal cubiertos de tela que sirven de soportes (1).

Las dimensiones de las mesas pupitres deben, naturalmente, estar en relación con el tamaño de las piezas destinadas a contener. Si estas mesas son muy anchas, impiden la circulación

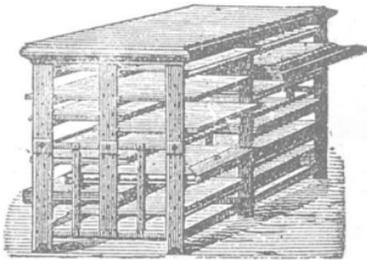


Fig. 57. Mesas de correderas

por los costados de la sala (fig. 45); si son muy largas y colocadas en el pasillo central, impiden la comunicación directa entre las puertas; lo mejor es entonces colocarlas en los costados

(fig. 45). Se puede también, si el espacio lo permite, adosarlas a los pilares que separan las ventanas (fig. 48). Inútil es agregar, en lo que concierne a su número, que es mejor tener una de más que una de menos (fig. 47).

En las bibliotecas modernas, donde se ha

(1) Véase: en la *Deutsche Bauzeitung*, 1883, p. 102, un artículo firmado C. Ik. en el que se tratan otros muebles del mismo género.

adoptado el sistema de magazines, es imposible colocar estas mesas entre los estrechos pasillos que separan los casilleros; se está entonces obligado a colocarlas en las anchas galerías centrales que se encuentran en cada piso de los magazines. Cuando estas galerías son de clara-boyas, las patas de las mesas deben juntarse entre sí por travesaños horizontales que impidan que se embutan entre las barrillas de los pisos y aseguren su estabilidad.

Haremos algunas observaciones en orden a las escalas ⁽¹⁾ usadas todavía en gran número de antiguas bibliotecas. Para obviar en lo posible los peligros que presentan, es necesario que sean sólidas y livianas para manejarlas con facilidad. Cada escala deberá estar provista en su extremidad superior de garfios de fierro que permitan sujetarlas sólidamente a una barrilla de fierro, dispuesta sobre todo el largo de los casilleros, a la altura del penúltimo anaquel superior, o del antepenúltimo, y que impe-

(1) El uso de las escalas no desaparecerá jamás completamente; en la nueva biblioteca universitaria construída en Copenhague en 1880, son, nos dice KORTUM, indispensables en razón de la altura de los pisos. Por otra parte, el número de antiguas bibliotecas donde no se puede prescindir de ellas, es todavía considerable.

dirá que resbale (fig. 58). Las mejores dimensiones para este género de escalas son las siguientes: ancho 43 centímetros; distancia entre los tramos, 24 centímetros; ancho de los escalones, 12 centímetros. Las escalas de ruedas no son recomendables, ocupan más espacio que las de mano y no ofrecen tanta estabilidad; a



Fig. 58. Escala portátil.

veces, sin embargo, se está obligado a utilizarlas cuando los casilleros están próximos unos a otros. Los escabeles de 3 a 4 tramos son también muy prácticos.

Terminaremos, en fin, mencionando las vagonetas ⁽¹⁾ o pequeños carros de que se sirven algunas grandes bibliotecas para transportar pesos considerables, y los elevadores que facilitan el servicio entre los diferentes pisos.

(1) Véase en la *Allgemeine Bauzeitung*, II, 1884, p. 61, bajo la firma de KORTUM, la descripción de uno de estos pequeños carros, con dibujo.

§ IV

De la conservación y ensanche de los edificios

Hemos dicho todo lo que era útil decir sobre la construcción y menaje de las bibliotecas; nos quedan por presentar algunas observaciones con motivo de su conservación y de los ensanches que pueden, en un momento dado, llegar a ser necesarios. El primer punto no exige largo desarrollo; para mantener una biblioteca en buen estado, las medidas que deben tomarse son, en efecto, las mismas que para cualquier otro edificio. En lo que concierne a los ensanches, pocas cosas tenemos que decir; las disposiciones que hay que tomar varían, en efecto, de una biblioteca a otra, y sólo cuando se ha dado cuenta de la disposición topográfica de los locales se puede ver de qué lado los ensanches deben efectuarse.

La conservación de la biblioteca se confiará al empleado encargado especialmente de la vigilancia. El bibliotecario deberá dar a este empleado la orden formal de velar con cuidado por los deterioros que pudieran sobrevenir por accidentes o ser causados por la falta de vigilancia, debiendo exigir que de ello se le de aviso inmediato. Será útil, además, que el bibliotecario visite personalmente y de tiempo en tiempo la biblioteca, a fin de ver si todo está en buen estado y si se han adoptado todas las precauciones contra la humedad, contra el fuego, (1) y, de un modo general, contra todo otro peligro. Como el bibliotecario puede no tener en estas materias toda la experiencia necesaria, y como, además, cuando los locales son muy vastos, podrían escapársele muchos detalles, haría bien en hacerse acompañar, para esta inspección, de un individuo entendido en trabajos de construcción. Cuando se trate de una biblioteca del Estado, el bibliotecario podrá, por ejemplo, hacerse asesorar de un delegado de la comisión de obras públicas.

(1) R. B. POOLE, «Fires, protection, insurance,» *Library Journal*, vol. XVIII, 1893, p. 223-224.

En cuanto a los muebles, casilleros, mesas, escalas, etc., etc., el bibliotecario tiene frecuentemente ocasión de ocuparse de su conservación y de apreciar, mejor que nadie, las reparaciones que son necesarias. Es menester vigilar y remediar los desperfectos tan pronto como se produzcan; los gastos se disminuyen mientras mejor tenida esté la biblioteca.

Las reparaciones más importantes, las que interesan directamente a la conservación de los libros o el bienestar y seguridad del público, no deberán en ningún caso diferirse. Cuando un edificio antiguo, por ejemplo, es absoluta e irremediablemente defectuoso y no presenta las seguridades necesarias contra incendio, el deber estricto del bibliotecario es procurar por todos los medios a su alcance, valiéndose de todas sus influencias, que se proporcione a los tesoros cuya guarda le está confiada, un abrigo, a la vez que conveniente, seguro.

Cuando los ensanches se reputan necesarios, es menester ante todo examinar si se pueden hacer sin tener que renunciar a las ventajas que ofrecen los locales ya existentes. Se debe, con este objeto, practicar investigaciones especiales

para ver si los constructores han previsto a su vez esta eventualidad e indicado en sus planos la mejor manera de proceder a esos ensanches sin perjuicio de la armonía general del edificio. Si, como sucede muy a menudo, una parte de los locales está ocupada por colecciones diversas o por una galería de pinturas, se impone averiguar, en interés de la biblioteca, si estos locales serán transformados, y si se les puede mantener, diferir las construcciones proyectadas hasta el día en que ellas lleguen a ser indispensables.

Todo ensanche es imposible? Entonces se impone la construcción de un edificio nuevo; pero, mientras éste se termina, debe buscarse la manera de sacar el mejor partido posible de los locales de que se dispone ⁽¹⁾. En todo caso, hay

(1) En el Museo Británico, se ha subsanado la falta de espacio sirviéndose de casilleros montados sobre ruedas, que se colocan ante los casilleros fijos y que se quitan a voluntad. Esta invención es de H. JENNER. Véase *Centralblatt f. B.*, IV, 1887, p. 364.—K. GARNETT, «The sliding press at the British Museum», *The Library*, vol. III, 1891, p. 414—420. Del mismo, «Sliding presses», *Library Journal*, vol. XVIII, 1893, p. 145—146. J. LIMBURN, «The plan of suspended iron-presses as a general system of book accommodation in large libraries», *The Library*, vol. IV, 1893, p. 241—242. *Library Journal*, vol. XVIII, 1893, p. 10.—Véase también sobre los “Sliding (moveable, hanging) presses” del Museo Británico: H. JENNER, *Li-*

que evitar poner doble fila de libros en un mismo anaquel; este expediente es demasiado incómodo.

Aprovechando todo el lugar disponible se puede, gracias a la movilidad de las tablillas, ganar aquí y allá algunos anaqueles; el menor espacio vacío debe servir para colocar en él un nuevo casillero; si es posible, en fin, es necesario construir galerías o mejor pisos intermedios separados de los depósitos inferiores por un piso de claraboyas. En esos casos se impone, por lo demás, pasar por alto muchos inconvenientes, debiendo en ellos el bibliotecario valerse de recursos ingeniosos.

Pero cuando se han agotado todos los medios, la situación se hace crítica; paulatinamente los servicios se desorganizan y la biblioteca corre el riesgo de transformarse en un verdadero caos. Este es el momento en que las autoridades competentes, obligadas a rendirse a la evidencia, deben atender las reclamaciones del

brary Chronicle, IV, 1887, p. 88—90.—H. M. MAYHEW, "A revolving extension press", *The Library*, VII, 1895, p. 10.—R. GARNETT, "On the provision of additional space in libraries" *ibid.*, p. 11—17.

bibliotecario, y concluyen por donde debieron haber comenzado, concediendo los fondos necesarios a la construcción de un nuevo edificio. Una vez éste terminado, el bibliotecario debe preocuparse de trasladar a él los libros de la manera más práctica y sencilla. Las condiciones locales, esencialmente variables, tienen necesariamente una grande influencia en esta delicada operación;⁽¹⁾ además, siempre será posible

(1) Véase: A. WINTERLIN, «Die Uebersiedelung der k. öffentlichen Bibliothek zu Stuttgart im Sommer 1883», *Centralblatt f. B.*, II, 1885, p. 59-64.—W HAAS, «Die Uebersiedelung der k. k. Universitäts—Bibliothek zu Wien in September 1884», *ibid.*, p. 312—321,—*Anzeiger* de PETZHOLDT 1884, N.º 1182.—E. STEFFENHAGEN, *Ueber Normalhöhen für Büchergeschosse*, etc., Kiel, 1885, p. 33—35.—F. EHRLE, «Die Ueberführung der gedruckten Bücher der Vaticana aus dem Appartaments Borgia in die neue Leoninische Bibliothek», *Centralblatt f. B.*, VIII, 1891, p. 504—510.—O. v. HALLER, «Die neuen Bäumlichkeiten der St. Petrusburger Universitäts—Bibliothek», *ibid.*, IX, 1892, p. 343—351.—W. S. MERRILL, «How the Newberry library was moved», *Library Journal*, vol. XIX, 1894, p. 11—12.

A los trabajos indicados en esta nota agregaremos los siguientes: C. RINAUDO, *Sul trasferimento della biblioteca civica di Torino. Relazione*. Torino, 1893.—C. R. GILLET, «Practical library—moving», *Library Journal*, XX, 1894, p. 48—49.—L. F. GRAY, «The new public library of the city of Boston. Moving», *Library Journal*, XIX, 1894, p. 367.—W. LIST, «Uebersiedelung der Kaiserlichen Universitäts—un Landesbibliothek in Straesburg i. E. in

obtener algún beneficio de las numerosas experiencias que se han hecho con este objeto en los últimos años.

den Neubau», *Centralblatt f. B.*, XIII, 1896, p. 145—152.— G. MAAS, *Bibliothekumzuge*. Leipzig, 1896, (Véase sobre esta obra: *Centralblatt f. B.*, XIV, 1897, p. 120—124).



CAPITULO II

DE LOS EMPLEADOS DE LA BIBLIOTECA

§ I.

Del bibliotecario en general

El nombre de bibliotecario tomado en su acepción más amplia podría aplicarse a todos los que se ocupan de la ciencia de las bibliotecas; pero por hábito ha prevalecido y se le restringe en el sentido de reservarlo exclusivamente para designar a *aquel que se consagra a la organización y a la administración de las bibliotecas y que hace de este trabajo su profesión*. En la práctica

misma la palabra tiene una significación aún más limitada: de un modo general, hoy día no se la emplea sino para designar a los directores de bibliotecas, y si en algunos casos en establecimientos muy importantes, se ha aplicado a algunos de los empleados superiores, no ha sido más que a título puramente honorífico. Es necesario confesar, sin embargo, que esta última acepción no corresponde a la que tiene ordinariamente en la actualidad; así pues, nos atenderemos a la definición teórica subrayada más arriba, porque nos permite comprender bajo la denominación genérica de bibliotecarios a todos los altos funcionarios de la biblioteca y llegar de este modo a la precisión y claridad apetecidas⁽¹⁾.

En los últimos años la profesión de bibliotecario ha llegado a ser, con justo motivo, más y más independiente. Antiguamente las funciones de bibliotecario eran, sobre todo en las bibliotecas universitarias, confiadas a profesores que las consideraban como accesorias, mientras que hoy día constituyen una verdadera profe-

(1) Véase *Apéndice I*.

sión, que exige, como todas las profesiones importantes, «*un homme tout entier*», decidido a consagrarle lo mejor de su vida y de sus esfuerzos; y no se considere lo que aquí decimos como una simple frase; las bibliotecas actualmente han adquirido tan extenso desarrollo e importancia tan considerable, que absorben toda la actividad y reclaman toda la inteligencia de los individuos que se dedican a su conservación⁽¹⁾.

¿Cuáles son las principales cualidades que hay derecho a exigir de un bibliotecario? (2).

(1) Véase *Apéndice II*.

(2) Mencionaremos aquí lo que HUGO BLOTIUS escribía con este motivo en 1579 (in consilio, quod de augenda et ornanda bibliotheca cæs ad Rudolphum II dedit hodieque inter Msta. bibliothecæ cæsaræ adservatur) ds. BURC. GOTTH. STRUVIUS, *Epistola ad Christ. Cellarium*, p. 104-105 (véase el *Anzeiger* de PETZOLDT, año 1846, p. XI) y ds. LAMBECCIUS. *Comentariorum de bibliotheca Vendobonensi Lib. I*. (Vendobonæ 1665), p. 53 y sig. «Requiri itaque videtur, ut bibliothecarius a reliquis muneribus sit liber, linguarum multarum habeat cognitionem, sit justus, laboriosus, fidus, industrius, non pauper, non superstitiosus, amans rei literariæ; et natura in promovendam sem bibliothecariam propensus».—En su pequeño libro, hoy día echado al olvido, y titulado «*The reformed Librarie-Keeper*», London 1650 y 1651, JOHN DURIE habla también del bibliotecario y sus deberes. Véase JOHN DURIE «Reformed Librarie Keeper» and its author's name as a librarian, *The Librarian*, vol. IV, 1892, p. 81-89, y J. KEMKE, *Bibliographisches, Centralblatt f. B.*, 1893, p. 121-127.—Citaremos también el discurso latino, que

Son tres: el amor al orden, el amor al trabajo y la amabilidad. Sabido es que todo hombre educado, cualquiera que sea su posición, debe-

merece siempre ser leído, pronunciado hace más de cien años por el abate J. B. COTTON DES HOUSSAYES con ocasión de su nombramiento de bibliotecario de la Sorbona: *Oratio habita in comitiis generalibus societatis Sorbonicae die 23 decembr. 1780.* Parisiis, 1781 (chez Ph. D. PIERRES).—GRATET DUPLESSIS ha publicado una traducción francesa, 1839, París (Techener), reproducida en el *Bulletin du Bouquiniste*, 1857, 1.º Sept., que hizo una tirada aparte: J. B. COTTON DES HOUSSAYES, *Des devoirs et des qualités du Bibliothécaire. Discours prononcé dans l'assemblée générale de la Sorbonne le 23 décembre 1780. Traduit du latin en français avec quelques notes par GRATET DUPLESSIS.* Paris. El «*Book Lore*», vol. II, n.º 7, publicó una traducción inglesa, y el *Anzeiger* de PETZOLDT, 1855, n.º 1800; una traducción alemana.

Véase también: "Bibliothekarische Briefe," en el *Anzeiger* de PETZOLDT, año 1852, n.ºs 825, 840; 1853. n.º 1;—J. PETZOLDT, *Aus den Erfahrungen eines fünfundzwanzigjährigen Bibliotheklebens,* *ibid.*, 1863, n.º 356;—"Bibliothekserfahrungen," *Grenzböten*, año 37, 1878, 1.º sem., vol. I, p. 251-265. reproducido en el *Börsenblatt f. d. deutschen Buchhandel*, año 45, 1878, n.º 47, p. 766-768, n.º 53, p. 878-880;—Giuseppe AMENDUNI, *Dell' ufficio del bibliotecario.* Napoli, 1879 (20 p.);—J. D. MULLINS, "The librarian and his work," *Transactions and proceedings of the 3. annual meeting of the Library Association U. K.* London, 1881, p. 69-76;—R. R. BOWKER, "The work of the nineteenth-century librarian for the twentieth," *ibid.*, 4 and 5 annual meetings, London, 1884, p. 149-152;—THEOPHRASTUS junior, "Of librarians" *The Library*, vol. I, 1889, p. 24, 107;—H. MIDWORTH, "The duties of a librarian to the readers," *The Library*, vol. V, 1893, p. 130-135.—Entre los trabajos publicados en Inglaterra mencionaremos aún el artículo de S. SMITH, "The public-librarian: his helps and hindrances," *The Library*, VIII, 1896, p. 157-167.

ría poseer estas cualidades. A primera vista parecerá extraño que presentemos estas cualidades como utilísimas al bibliotecario; pero quien quiera que esté al corriente de las funciones que debe llenar, convendrá con nosotros que les son más indispensables que a otro cualquiera. Podríamos decir que les son más neces-

Inútil es decir que más allá del Océano, en los Estados Unidos de Norte América, la importante cuestión que nos ocupa ha sido estudiada con el mayor interés. Sobre todo se ha colocado siempre, desde el punto de vista de las bibliotecas públicas libres, que no persiguen, en general, como nuestras grandes bibliotecas europeas, un fin riguroso y únicamente científico. Sin embargo, los diferentes artículos o trabajos que se han publicado en este país sobre la materia, merecen llamar nuestra atención. Citaremos entre otros: Lloyd P. SMITH, "The qualifications of a librarian," *Library Journal*, vol. I, 1877, p. 69-74;—Samuel S. GREEN, "Personal relations between librarians and readers," *ibid.* vol. I, 1887, p. 74-81;—R. B. POOLE, "The librarian and his constituents," *ibid.*, vol. XI, 1886, p. 229-232;—F. M. CRUNDEN, "Business methods in library management," *ibid.*, vol. XII, 1887, p. 335-338;—"Being a librarian," *ibid.*, vol. XV, 1890, p. 201-202, 231-232, 264-265, 294-296, 330-332;—H. E. GREEN, "Library experts, their rights and duties," *ibid.*, vol. XV, 1890, n.º 12, p. 15-18;—L. H. STEINER, "Should uniformity mark the arrangement and administration of our public libraries, or should individuality be permitted to assert itself in each," *ibid.*, vol. XVIII, 1893, p. 40-41;—F. M. CRUNDEN, "The librarian as administrator," *ibid.*, vol. XIX, 1894, p. 44-47;—"Don't; warnings of experience," *ibid.*, XIX, 1894, n.º 12, p. 104-107;—C. K. BOLTON, "The librarian's duty as a citizen" *ibid.*, XXI, 1896, p. 219-222;—L. E. STEARNS, "The librarian, assistants, and the public," *ibid.*, p. 489-492.

rias que los conocimientos bibliográficos; sin estos conocimientos, en efecto, un bibliotecario puede, a pesar de todo, ser aceptable, mientras que si no posee los requisitos de que hablamos, le sería imposible, no obstante su ciencia, prestar servicios de consideración.

Hé aquí lo que dice F. A. EBERT respecto al amor al orden; ⁽¹⁾ seguramente todos los bibliotecarios experimentados serán de su parecer. «Aquel que carece del orden, carece de una de las cualidades mas esenciales a un buen bibliotecario, y en modo alguno es apto para llenar las funciones de tal, ya que éstas exigen, precisamente, que manifieste en todo, hasta en los detalles en apariencia insignificantes, la mayor precisión y el orden más riguroso.» Y en efecto, el orden es en cierto modo el fundamento de la administración de las bibliotecas: sin orden la biblioteca más rica, y ésta aún más que cualquiera otra, no podría, a pesar de toda la ciencia de los bibliotecarios, ni desarrollarse de un modo normal, ni ejercer la influencia que hay derecho a esperar de ella.

(1) SMITH, *l. c.*, dice: «Hes (the librarian's) motto should be: A place for every thing and every thing in its place.»

Al amor al orden debe, naturalmente, agregarse el amor al trabajo. Las ocupaciones de los bibliotecarios exigen, aunque ellas son en extremo fatigosas, lo que constantemente ocurre, una atención más sostenida que ninguna otra profesión reclama en el mismo grado. Este amor al trabajo producirá como consecuencia necesaria una asiduidad infatigable que, uniéndose a una probidad escrupulosa, podrá dar al bibliotecario el valor de conducir a buen fin los trabajos más insignificantes con el mismo cuidado que los de grande importancia. Finalmente, en todos los trabajos que emprenda el bibliotecario deberá siempre manifestar la más grande precisión, la mayor nitidez y la más completa claridad. Pero para que satisfaga todas estas exigencias es preciso que tenga verdaderamente la vocación de su oficio; en efecto, por más asiduo y activo que sea, no es él sino los hombres de estudio, a los cuales prepara o abre el camino, los que aprovechan del resultado de sus trabajos (1); y, por otra parte, es preciso confesar

(1) HARTWIG dice con este propósito (*Centralblatt f. B.*, I, 45): «El bibliotecario es el hombre que, en razón misma de su profe-

que no es la consideración, aún hoy día generalmente modesta que se le acuerda, lo que puede recompensar suficientemente su abnegación. Las reflexiones de EBERT sobre esta materia son muy justas: «mientras que ciertos trabajos, dice, más fáciles y más interesantes, procuran a aquellos que lo realizan aplausos y buen éxito, el bibliotecario no puede encontrar la recompensa de sus esfuerzos sino en el sentimiento elevado, pero íntimo, de haber cumplido con su deber.»

La tercera cualidad: la amabilidad, desde el punto de vista de sus relaciones con el público, es, sin duda alguna, la más importante. La afabilidad, la complacencia, el saber vivir, la política, el tacto, una educación perfecta, son incontestablemente necesarios al bibliotecario para que pueda, a la medida de sus esfuerzos, contribuir a que la biblioteca alcance sus fines, es decir, a que los libros que contiene sean suficientemente consultados. A despecho de los tesoros considerables que encierre y de la organización más acabada, una biblioteca no tardará,

sión, está más consagrado a las necesidades científicas de sus semejantes y les presta los más numerosos servicios.»

en efecto, en verse abandonada de una parte del público si el bibliotecario no posee estas preciosas cualidades. No es mucho exigirle que se ponga a la disposición de los estudiosos, tanto como sea compatible con sus ocupaciones, prestarles su concurso y ayudarlos en sus estudios. Deberá, asimismo, atender con amabilidad a los lectores ignorantes, y, sin hacer inútil gala de su erudición, hacerles conocer las colecciones de la biblioteca y revelarles sus tesoros, contribuyendo con esto a hacer germinar en ellos el amor al estudio. Todo lo que llevamos dicho viene a demostrar que, por su profesión misma, el bibliotecario deberá sacrificarse al público: sólo la amabilidad le permitirá aceptarlo de buen grado y sin fastidio; si ésta le falta, no tardará, por mucha pasión que tenga por su oficio, en tomarle completa aversión. (1)

(1) DES HOUSSAYES dice: «El director de una biblioteca deberá mostrarse con todo los visitantes muy bien prevenido, asequible y amable, y hacerlo con tanto tino que todos pueden atribuir a sus propios méritos la solícita acogida que han recibido.» (De una traducción aparecida en el *Anzeiger* de PETZOLDT). De SMITH, *c. l.*: «The treatment which the stranger, as well as the habitué, receives should be that of a gentleman's house.» De Samuel S. GREEN, *l. c.*: «A librarian should be as unwilling to allow an inquirer to leave the library with his question unanswered as a shop-keeper

Las cualidades de que venimos hablando son absolutamente esenciales, indispensables, y es la razón porque le hemos dado un lugar prefe-

is to have a customer go out of his store without making a purchase."—Del mismo, *ibid.*: "Receive investigators with something of the cordiality displayed by an old-time inn-keeper. Hold on to them until they have obtained the information they are seeking, and show a persistency in supplying their wants similar to that manifested by a successful clerk in effecting a sale."—De F. M. CRUNDEN, *l. c.*: «The modern librarian must be a scholar and a gentleman; but, more than that, he must be a good business man.» Véanse también las observaciones de Henri BRADSHAW en «The president's address at the opening of the 5. annual meetings of the Library Association U. K. Cambridge, Sept. 5, 1882.» (Transactions and proceedings of the 4. and 5. annual meetings, London, 1884) reproducidos en los *Collected papers of Henry Bradshaw*, Cambridge, 1889, p. 376-377, e «Impressions of twelve years cataloguing in a great library» por D. HUTTON en las *Transactions and proceedings of the 7 meeting of the Library Association U. K.*, London, 1890, p. 45-50. CRUNDEN da las siguientes amenas reseñas acerca de la idea que se tenía, no ha mucho, en América, del bibliotecario: «It is not many years since the popular mind pictured the librarian as an elderly man of severe and scholarly aspect with scanty gray hair, bent form, and head thrust forward from the habit of peering through his spectacles alongs rows of books in search of some coveted volume. He was supposed always to have led a studious and ascetic life, to have had his boyhood and youth in a previous state of existence, and, since becoming a librarian, to have lived wholly in the world of books, without any knowledge, thought, or care regarding the world of men and things.» Pero hoy día, gracias al considerable desarrollo que han tenido en este país las bibliotecas públicas libres, el pueblo considera a los bibliotecarios de muy distinta manera: The typical librarian, of our generation, escribe alguien que conocía bien

rente; pero deben completarse con otras dotes. Es necesario, por ejemplo, que el bibliotecario tenga buena memoria: si estuviese mal dotado

las bibliotecas americanas (citado por M. J. CRANDALL, «Duties of a librarian to its staff», *Library Journal*, vol. XVI, 1891, p. 105) is a more active, constant, unselfish, conscientious, enthusiastic worker than his contemporaries of any of the learned professions, the clergy non excepted. He thinks, talks, acts, dreams lives library work He gives to the public—from pure public spirit and love of his calling—double and treble the work he is paid for»—En América, estas bibliotecas públicas ejercen una influencia tan considerable y útil sobre las diversas clases populares y es esto lo que hace que se asigne, en este país, al bibliotecario un rol pedagógico importante. «A library, dice Mervil DEWEY (*Library Journal*, vol. I, p. 6) is a school and the librarian is in the highest sense a teacher.» Véase con este motivo: S. S. GREEN, *Libraries and Schools*, New York, 1883;—Del mismo, «Libraries and Schools», *Library Journal*, vol. XVI, 1891, p. 22—26;—«The librarians», *ibid.*, vol. XV, 1890, p. 338;—W. T. HARRIS, «The function of the library and the school of education», *ibid.* vol., XV, 189, N.º 2, p. 27—33;—E. C. RICHARDSON, «Antediluvian libraries», *ibid.* p. 40—44;—W. A. MOWRY, «The relation of the public library to education», *ibid.*, vol. XVI, 1891, p. 301—302;—E. M. COE, «The relation of libraries to public schools», *ibid.*, vol. XVII, 1892, p. 193—194;—H. P. JAMES, «Libraries in relation to schools.»: *ibid.*, vol. XVIII, 1893, p. 213—214.

Las bibliotecas públicas inglesas se proponen un fin análogo al de las bibliotecas públicas americanas y podían tomar como divisa: *The library is the people's university*, Véase J. J. OGLE, «The place of the free public libraries in popular education.» *The Library*, vol. III, 1891, p. 401—407;—W. E. AXON, «The place of libraries in relation to elementary, secondary and higher education», *ibid.*, vol V. 1893, p. 265—269;—F. TURNER, «The place of the public library in relation to elementary, secondary and higher education: being mainly an account of the work accomplished at the Wol-

de este don, se verá obligado a tomar nota de los mil detalles a que diariamente se le llamará la atención, y, sin duda, por este solo motivo

verhampton Public Library Technical College,» *ibid.*, vol. VI, 1894, 168—176;—J. I. W. MAC ALISTER, «A plea for a closer connection between public libraries and other public educational institutions,» *ibid.*, p. 207—210.

Las bibliotecas públicas libres de los Estados Unidos se proponen, como lo hemos dicho, un fin pedagógico, y es éste un punto sobre el cual los mismos bibliotecarios americanos no cesan de insistir. Hé aquí, por ejemplo, los términos en que se expresa J. N. LARNED en su discurso de apertura de la reunión de bibliotecarios americanos celebrada en Lake Placid. «Not many years ago, our missionary undertakings from the library seemed to be bounded by ist own walls. The improving, annotating, and popularizing of bulletins and reference lists; the surrounding of readers and seekers in a library with willing help and competent suggestion; these labours seemed, only a few years ago, to include almost everything that the librarian most zealous as a missionary could do. But see what doors have been opening in the last few years, and whot illimitable fields of labor now envite him! Through one, the great army of teachers in the common schools is coming into co-operation with him. Through another, he steps into the movement of universitv extension, and finds in every one of its servants a true apostle of the library mission of good books. From a third, he spreads his beneficent snares about a city in branches and delivery stationes; and by a fourth he sends «travelling libraries» to the end of his State.» Véase *Library Journal*, XIX, 1894, N.º 12; p. 1—4.—«The Library,» agrega W. H. BRETT. (en un artículo titulado «The present problem,» *Library Journal*, XIX, 1894, N.º 12, p. 5—9) «is no longer content to remain passive merely a magazine of information, but is more and more aiming to assist and guide thr reader, and to become an active teaching force. The library and the school are approached each other.»—«The function of the public library (dice H. M. UTLEY en su dis-

será un hombre «digno de lástima»: porque, además de las fatigas del oficio, se verá perpetuamente lleno de preocupaciones. Un juicio sa-

curso de apertura de la "Conference of librarians in Denver and Colorado Springs 1895,") is purely and wholly educational," *Library Journal*, XX, 1895, N.º 12, p. 1—4.—"The library," leemos aún en el *Library Journal*, 1895, p. 113, "that has no connection with the local schools is neglecting its missions and ignoring its noblest opportunities."—Véase también sobre esta materia: C. W. BIRTWELL, "Home libraries," *Library Journal*, XIX, 1894, N.º 12, p. 9—12.—M. S. CUTLER, "Home libraries," *ibid.* XIX, p. 13—14.—L. E. STEARNS, "Report on reading for the young," *ibid.*, p. 81—87.—G. WATSON COLE, "How teachers should co-operate with librarians," *ibid.*, XX, 1895, p. 115—118.—E. M. COE, "What can be done to help a boy to like good books," *ibid.* p. 118—119.—M. E. MERINGTON, "How may we make the guiding of pupil's reading a part of the teachers' work," *ibid.*, p. 119—121.—A. L. SARGENT, "Reference work among school children," *ibid.*, p. 121—122.—Ch. K. BOLTON, "Library examinations in schools," *ibid.*, p. 122—123.—J. M. SAWIN, "Some successful methods of developing children's interest in good literature," *ibid.* p. 377—379.—M. S. CUTLER, "Home libraries," *ibid.*, XXI, 1896, p. 60—62.—J. C. DANA, "Libraries and teachers," *ibid.* p. 133—134.—L. A. EASTMAN, "The child, the school, and the library," *ibid.*, p. 134—139.—C. C. YOUNG, "The public library and the public school," *ibid.* p. 140—144.—Th C. BURGESS, "Means of leading boys from the dime novel to better literature," *ibid.*, p. 144—147.—M. E. COMSTOCK, "The library as an educational factor," *ibid.*, p. 147—149.—M. E. DOUSMAN, "Children's departments" *ibid.*, p. 406—408.

En Inglaterra, se asigna a las bibliotecas públicas, repetimos, un fin análogo al de las bibliotecas americanas. En el «Address at the opening of the 17. Annual Meeting of the L. A. U. K.» celebrado en Belfast, R. GARNETT, por ejemplo, preconiza «an intimate alliance of the librarian with other educational agencies.» (*The*

no e independiente le servirá, por otra parte, de mucho auxilio para guiarse en la formación del catálogo metódico y en la elección de nuevas adquisiciones; debe, en fin, amar los libros (1) amor que contribuirá a consagrarse únicamente a su biblioteca y estar, hasta cierto punto, animado, como el bibliófilo, de la pasión por las investigaciones; esto último lo obligará no solamente a consultar los catálogos de los libreros, sino que lo incitará a llenar de un modo razo-

Library, VI, 1894, p. 299-306.—Véase también: J. J. OGLE, «The relationship of the public library committee to other educational bodies,» *The Library*, VII, 1895, p. 129-134.—A. W. ROBERTSON, «The board school in relation to the public library», *ibid.*, VIII, 1896, p. 285-297.—T. C. ABBOTT, «The relation of public libraries to educational institutions,» *ibid.*, p. 428-434.

(1) He aquí lo que dice con este motivo, y con mucha razón, W. de M. HOOPER, en el *Library Journal*, XI, 1886, p. 225-228, bajo el título de «The evolution of the hobby»: «Above all must he (the librarian) have a hobby for books. While he is not a bibliopole, a book-seller, he must be a bibliophile in his love for books; a bibliognoste in his knowledge of title-pages, colophons, editions, etc.; a bibliopegist in his knowledge of their exterior and material forms, their bindings; a bibliographer, learned in the lore of special subjects. All these are necessary to his education as bibliologist; while he must use his discretion and avoid the danger of becoming a bibliotaphe,—a hoarder and concealer of his treasures under glass cases and in dark places,—a bibliothecal miser, in fact; or a bibliolatríst, and falling into too great worship of them; or a bibliomaniac, and coveting their possession too greatly.»

nado las lagunas que puedan existir en sus colecciones. (1)

Pasemos ahora al examen de los conocimientos que debe poseer un bibliotecario. (2)

Con este motivo se han emitido ideas muy exageradas: tanto es así, que hay personas que pretenden exigir que un buen bibliotecario debe ser un verdadero enciclopedista. Hoy día no existen los Pico de la Mirándola, y fácil es comprender, por poco que se reflexione, que no puede existir tal hombre, si se consideran los inmensos progresos hechos en nuestros días por la ciencia. Otros caen en el exceso contrario: han rebajado la profesión del bibliotecario declaran-

(1) Para terminar llamaremos la atención a que en estos últimos años se ha querido determinar, con la ayuda de la estadística, cuál era la duración media de la vida de los bibliotecarios. Cornelius WALFORD dió con este motivo una conferencia, en la reunión mensual de los bibliotecarios ingleses, bajo el título de: «On the longevity of librarians»; se reprodujo en el *Library Journal*, vol. V, 1880, p. 67-71. Sus conclusiones, basadas sobre datos suministrados por la Gran Bretaña (no tenía ninguno para los demás países) son concluyentes.

(2) Véase: L. A. EBERT, *Die Bildung des Bibliothekars*, 2.^a ed., Leipzig, 1820, pequeño libro del que se dice con razón que vale su peso en oro; P. A. BUDIK, *Vorbereitungstudien für angehenden Bibliothekar*, Wien, 1834; del mismo: *Vorschule für bibliothekarisches Geschäftsleben*, München, 1848.

do que la puede ejercer cualquier hombre instruído, no consagrándose a otra cosa.

No es necesario decir que una y otra ideas están muy lejos de la verdad.

El empleo de bibliotecario exige no solamente una instrucción extensa y sólida, sino también una preparación y conocimientos especiales que no se pueden adquirir sino después de larga estadía y asidua práctica en las bibliotecas. Es por esto que hemos dicho que la biblioteca es la verdadera escuela del bibliotecario.

Ante todo se tiene el derecho de exigir que el bibliotecario posea los conocimientos enciclopédicos suficientes⁽¹⁾ y tenga nociones generales de cada ciencia; no se le exige que esté en estado de asombrar a los visitantes de la biblioteca por la extensión de sus conocimientos, sino ser capaz de hablar con tal o cual especialista, de este o aquel punto especial de una cien-

(1) Véase: E. C. RICHARDSON, «Encyclopædie and librarians», *Library Journal*, vol. X, 1885, p. 211-213;—Del mismo: «Why librarians know,» *ibid.* XI, 1886, p. 204-208.—TEDDER dice que el bibliotecario debe tener ante todo *an indexing mind*, es decir, un espíritu que, en lugar de almacenar los conocimientos, sepa sobre todo registrarlos de modo de modo de poder ejecutar, en un momento dado, el rol de índice, de repertorio.

cia determinada. Como lo dice EBERT, si se le exigen nociones múltiples, es con el fin que se interese en todas las ramas de los conocimientos humanos y evite el mostrarse parcial al formar las colecciones; y también para que tenga sobre la materia, divisiones y límites de cada ciencia y sobre los puntos de contacto que las diversas ciencias tienen entre sí, ideas precisas que puedan guiarlo en la clasificación metódica de las obras. Estos conocimientos enciclopédicos sirven de lazo entre los conocimientos de otro orden que pueda tener el bibliotecario. Vienen en seguida los conocimientos lingüísticos que le serán igualmente de capital importancia. Todos los bibliotecarios no pueden tener, naturalmente, el genio de MEZZOFANTI, pero hay razón para exigirles que sepan comprender satisfactoriamente los idiomas extranjeros representados en su biblioteca por un gran número de obras. En las bibliotecas alemanas, por ejemplo, se exige el conocimiento de lenguas clásicas, griego y latín, lo mismo que de francés, inglés e italiano. Toda biblioteca un poco importante posee, en efecto, un número más o menos considerable de obras escritas en estos

idiomas. No es necesario que el bibliotecario haya hecho de cada uno de estos idiomas un estudio profundo y esté en estado de hablarlos: basta que los comprenda, y mucho mejor sería, naturalmente, que los tradujese. En cuanto a las lenguas occidentales, a menos que circunstancias especiales se lo exijan, es suficiente que el bibliotecario pueda auxiliarse del diccionario y la gramática. Las lenguas orientales no le son, en general, muy necesarias, excepción hecha del hebreo, lengua de que es bueno posea algunas nociones.

Por otra parte, deberá conocer la historia universal, y sobre todo la historia general y particular del país en que se encuentra el establecimiento que dirige, y saber, en fin, a fondo la historia literaria. No debe descuidar el estudio de la historia de las ciencias y de la historia del arte. El conocimiento de los manuscritos y de la diplomática le será sumamente útil. En cuanto a la bibliografía es de capital importancia que la comprenda y sepa a fondo. Es cierto que el bibliotecario no tendrá, en la mayoría de los casos, ocasión de aplicar sus conocimientos paleográficos o bibliográficos desde su in-

greso; pero es necesario que esté ya iniciado en estas dos ciencias, pues con esto no le quedará otra cosa que perfeccionarse prácticamente estudiando con método en la misma biblioteca sus manuscritos y libros. Como lo dice con mucha razón MOLBECH, es por un trabajo constante y una asiduidad sostenida, como el bibliotecario llegará no solamente a conocer prácticamente los libros y a familiarizarse con las múltiples ramas de la bibliografía (1), sino aún a adquirir la habilidad y el talento que le son necesarios para saber adaptar sus conocimientos a las necesidades de una región y de una biblioteca de

(1) G. OTTINO, *Bibliografía*, 2.^a edición. Milano, 1892; C. ARLIA, *Dizionario bibliografico*, Milano, 1892;—W. T. ROGERS, *Manuel of bibliography being an introduction to the knowledge of books, library management and the art of cataloguing*, London, 1891; H. R. TEDDER, «A few words on the study of bibliography,» *Transactions and proceedings of the 7. annual L. A. U. K. meeting of the London*, 1890, p. 128-131. Véase también: O. MÜHLBRECHT, *Die Bibliographie im Dienste des Buchhandels*, Berlin, 1894.—Ch. V. LANGLOIS, *Manuel de Bibliographie historique. I. Instruments bibliographiques*. París, 1896. (Sobre esta obra véase: *Revue des Bibliothèques*, 1896, p. 329-333, y *Library Journal*, 1896, p. 512-513.)—F. CAMPBELL, «The bibliography of the future,» *The Library*, VII, 1895, p. 33-48.—F. CAMPBELL, *The theory of national and international bibliography* London, 1896. (Véase sobre este trabajo: A. L. J (ELLINEK), en el *Börsenblatt*, 1897, p. 228-230 y 625, 752; *Library Journal*, XXI, 1896, p. 467-468).

terminadas. Si no conoce la historia de la imprenta, tendrá ocasión de aprenderla en el ejercicio de sus funciones, al mismo tiempo que hacer un estudio profundo de todo lo que se relaciona con el libro y la encuadernación. En fin, algunas nociones sobre el arte del grabado le serán muy útiles; sucede que en algunas bibliotecas es el bibliotecario el encargado de la conservación de las estampas, y, abstracción hecha de este caso, no hay que olvidarse que los grabados constituyen la parte, en algún modo esencial, de un gran número de obras.

Pero el conocimiento de todas estas ciencias no servirá al bibliotecario, por así decirlo, sino como de preparación: es al estudio de la ciencia de las bibliotecas (1) y en particular de la biblioteconomía, a la que deberá consagrarse; esta ciencia es, en efecto, su verdadero dominio, y está llamado a conocerla a fondo, y a seguir con atención sus progresos, y a contribuir a ella en la medida de sus fuerzas. Un bibliotecario que no ha profundizado esta ciencia no merece tal nombre.

(1) Véase *Apéndice III*.

Para terminar este capítulo nos permitimos llamar la atención hacia un punto que a primera vista parece insignificante, pero que, sin embargo, tiene real importancia: vamos a hablar de la escritura. Letra clara y de fácil lectura es, se puede decir, indispensable en el bibliotecario (1), y si no la posee, debe hacer todo esfuerzo por adquirirla; no es para él solo lo que escribe, es para todo el mundo; no es sólo para hoy o para mañana, es para el porvenir; cada uno, entonces, debe procurar ser legible: lo contrario causará graves errores o insensatas apreciaciones (2).

(1) Véase: «A good library hand:» *Library Journal*, XV, 1890, p. 78.—El autor anónimo del modelo de escritura propuesta con este fin se dirige en los siguientes términos a los que deseen escribir legiblemente: «Seek to give every letter so distinct a shape that you could easily recognize it if it stood alone».

(2) Hoy en día, con el empleo generalizado de la máquina de escribir, se subsana este peligro (*Nota del Traductor*).

§ II

De los diversos funcionarios de la biblioteca en particular.

Hemos expuesto cuáles son las cualidades y conocimientos que debe poseer un experto bibliotecario; nos resta decir algunas palabras sobre el personal de la biblioteca (1). Dándonos cuenta de sus conocimientos llegaremos a formarnos una idea exacta y clara de cómo marcha el establecimiento.

El personal depende de una autoridad supe-

(1) Véase: Th. MÜLLER, «Einige allgemeine Bemerkungen über Bibliothekverwaltung in Bezug auf Personalverwaltung,» *Serapeum*, II, 1841, p. 123-127, y COWELL, *Public library staffs*, London, 1893.—La lista del personal de las grandes bibliotecas y de las bibliotecas universitarias puede conocerse anualmente con ayuda del anuario *Minerva. Jahrbuch der gelehrten Welt*, que se publica desde 1891-92, por R. KUKULA y R. TRÜBNER y que aparece en Strasburgo; existe en Francia el *Annuaire des bibliothèques*; para la Alemania consúltese «F. ASCHERSON'S Jährlicher Universitäts-Kalender,» en el *Centralblatt f. B.*, I, 1884, p. 24, 60, 154, 275 y sig.; II, 1885, p. 23, 98 y sig.; IV, 1887, p. 72 y sig.; para la Alemania y Austria Hungría, *ibid.*, VII, 1890, p. 29 y sig.; para la Italia, *ibid.*, IX, 1892, p. 274 y sig.

rior ⁽¹⁾ de la que emanan, directa o indirectamente, las leyes, decretos, acuerdos, reglamentos y circulares relativos a las bibliotecas o a su personal. Es esta autoridad la que ejecuta, entre otros actos, los nombramientos de los funcionarios, ejerciendo su acción directamente o por medio de comisiones que se nombran temporalmente. Por desgracia, generalmente, ni las oficinas ministeriales, ni las comisiones especiales; conocen las necesidades reales de las bibliotecas; así, sería de desear, en interés de una buena organización, que las instrucciones y reglamentos expedidos por el poder central no fueran ni muy detallados ni muy restringidos. El personal encargado de la administración consigue de este modo no encontrarse dentro de un

(1) En las bibliotecas públicas libres de los Estados Unidos, de los «Trustees.» Véase: C. SOULE, «Trustees of free public libraries», *Library Journal*, vol. XV, 1890, n.º 12, p. 19-22;—J. C. LEARNED, «Library work from the trustee's standpoint», *ibid.*, p. 23-24;—S. S. GREEN, «The duties of the trustees and their relations to librarians», *ibid.*, p. 24-27;—H. M. UTLEY, «Government, constitution, by-laws, and trustees», *ibid.*, XVIII, 1893, p. 223-225;—R. R. BOWKER, «The trustee's relation to the library», *ibid.*, XVIII, 1893, p. 227;—J. BALLINGER, «Report on the constitution of public library committees: with a schedule,» *The Library*, VII, 1895, p. 1-9.

marco demasiado estrecho, y el conservador, por su parte, podrá tomar las medidas que juzgue útiles, no sintiéndose bajo la dependencia de una tutela en general tan exagerada como irritante. Como quiera que sea, el bibliotecario encargado de la dirección de la biblioteca debe velar porque todos los reglamentos se cumplan exacta y estrictamente. Como ya lo hemos observado, este punto es esencial. El personal propiamente dicho es, naturalmente, más o menos numeroso según la importancia de la biblioteca. En las pequeñas, un solo bibliotecario puede cumplir con todas las funciones administrativas, mientras que en las grandes bibliotecas se necesita un mayor número de empleados. Casi siempre, puede decirse de un modo general, los bibliotecarios poseen un personal que no corresponde ni a su importancia ni a la cantidad de trabajo que reclama su organización. Esta situación presenta los más serios inconvenientes, y cuando se prolonga, causa graves perjuicios. En comparación con las grandes bibliotecas de Estados Unidos de Norte América, las europeas tienen un personal reducido (1).

(1). E. REYER, «Amerikanische Bibliotheken», (*Centralblatt f.*

Este se divide, generalmente, en dos clases: empleados superiores (bibliotecarios y sub-bibliotecarios) y los empleados subalternos (ayudantes o escribientes).

B., III, 1886, p. 121-129), declara con este motivo que es absolutamente necesario aumentar el personal de nuestras bibliotecas (Alemania), acordándoles sueldos superiores a los que disfrutaban actualmente. «La mayor parte de nuestras grandes bibliotecas (la Biblioteca Nacional, por ejemplo), dice, tienen dos o tres empleados por cada 100.000 volúmenes, mientras que, para el mismo número de volúmenes, la Astor Library de Nueva York y el Museo Británico de Londres, tienen diez, cifra que aún sobrepasa en un tercio la de Boston. La desproporción es muy grande. Nuestros bibliotecarios deben hacer muchos esfuerzos para mantener la biblioteca en orden: además no pueden, a pesar de toda su buena voluntad, bastar al trabajo que la frecuentación del establecimiento les impone».

He aquí lo que dice M. DELISLE con motivo de la insuficiencia del personal de la Biblioteca Nacional (París): «El presupuesto anual del personal, fijado en 1869 en 344.000 francos, se eleva hoy día a 436.000 francos solamente. Si se disminuyen de esta última suma los gastos que no existían en 1869 (aperturas de galerías de exposición, vigilancia nocturna, etc.), se encontrará que el presupuesto acordado al personal de la biblioteca ha sido apenas aumentado en una sexta parte desde hace 20 años, cuando el trabajo se ha aumentado en proporciones infinitamente más elevadas. El número de lectores que en 1869 era de 81.000, fué de 165.790 en 1890, es decir más del doble. Lo mismo el número de comunicaciones que era de 229.000 en 1869, se elevó a 492.000 en 1890, etc. Nuestro personal es así absolutamente insuficiente para cumplir de un modo conveniente la carga que se le impone en la actualidad. Lo sería aún más si hubiera necesidad de introducir reformas cuya utilidad está unánimemente reconocida y que exigen las

Al primer empleado de la biblioteca se le llama simplemente bibliotecario (1). En Alemania se le designa de ordinario con el nombre de director; en Francia, en las grandes bibliotecas, conservador, y en la Biblioteca Nacional de París, administrador general; en Italia en las bibliotecas nacionales, prefecto (2); ocupa una situación en extremo importante y que tiene, desde el punto de vista de la biblioteca en sí, como que es el director su representante inmediato, y, en consecuencia, sobre él recaen las responsabilidades de la administración. En seguida, la conservación de los libros, así como la de los muebles y útiles, está confiado a su vigilancia y cuidado. En fin, es él quien recibe la correspondencia, quien firma y sella las car-

condiciones en que se ejecutan hoy día los trabajos literarios y científicos». *Notes sur le Département des Imprimés de la Bibliothèque Nationale (septembre 1891)*, por L. DELISLE, París, Champion, 1891.

(1) ROBERTSON, «Chief-Librarians», *The Library*, II, 1890, p. 487; «Chief-Librarians», *ibid.*, III, 1891, p. 34-36, 74-75, 206.

(2) Se encontrará reseñas sobre los diferentes títulos llevados por los diferentes empleados de las bibliotecas austriacas en un discurso pronunciado por S. FRANKFURTER, en la «Oesterreichischen Verein für Bibliothekswesen» y reproducido en el *Centralblatt f. B.*, XIV, 1897, p. 133-137.

tas o piezas que emanan de la biblioteca, quien se ocupa de las compras, ordena las facturas y lleva la contabilidad, etc. En caso de enfermedad o ausencia, lo reemplaza el empleado inmediatamente inferior; pero de ningún modo es permitido a este último desconocer las órdenes dadas por el jefe, o introducir modificaciones.

El fomento y la prosperidad de la biblioteca dependen de la manera cómo el jefe de la oficina sabe estimar sus obligaciones y ponerlas en práctica; de manera que el bibliotecario es absolutamente responsable de la marcha de la institución si no la guía en debida forma. Cuando el bibliotecario, lejos de tomar interés por su biblioteca, cree cumplir con sus deberes, como muchas veces sucede, considerando su cargo como una situación accesoria o como una canonjía que le da sencillamente la oportunidad de satisfacer sus gustos literarios; cuando desatiende sus obligaciones para entregarlas en manos de los subalternos y abandona por completo el mecanismo complicado de la dirección de la biblioteca, sin tomar activo interés personal, sin pensar ponerse al corriente de los pro-

gresos que se realizan, a fin de utilizarlos en mejora del establecimiento que dirige, entónces no tarda este mecanismo en perturbarse hasta tal punto que el servicio llega a relajarse y trae como consecuencia inmediata su decadencia. En muchas de nuestras grandes bibliotecas sería fácil, aún hoy mismo, encontrar las huellas, desgraciadamente imborrables, de aquellos tiempos de mala dirección.

En forma enteramente diversa marchará una biblioteca cuyo director tiene el sentimiento del deber que corresponde a su cargo y se entrega con agrado y aún con enerjía a sus obligaciones. Así lo ha dicho el poeta alemán: «a medida que los locales se desarrollan, la casa se engrandece.» No debe hacerse nuevas adquisiciones para enriquecer ciertas secciones en perjuicio de otras, pues todas las colecciones deben aprovecharse con igual título: deben llenarse poco a poco los vacíos existentes, trabajo ingrato si lo es y vijilias que no se producen en otros; los catálogos se mejoran, su manejo se hace más fácil, una gran idea, en fin, dirige el conjunto de los servicios, y el único fin que debe perseguirse es que la biblioteca sea en lo

posible, tan accesible al público en el presente y transmitirla lo mejor organizada y lo más completa a las futuras generaciones. Esto es tan positivo que, cuando una biblioteca se administra bien, el director, por poco diplomático que sea, obtendrá de los poderes públicos cuanto necesite, lo que en otras circunstancias le sería rehusado. Por otra parte, la energía y el ardor que despliegue el bibliotecario en el ejercicio de sus funciones, ejercen, naturalmente, sobre el personal una influencia considerable. Se ha dicho, y con razón, que el bibliotecario es el alma de la biblioteca, y es él, en efecto, el que genera el impulso y la vida; él es la fuerza «que une, penetra y domina todo.» (1).

Después de lo dicho nos encontramos en situación de hablar acerca de las relaciones del

(1) WINTER JONES, que es autoridad en estas materias, da una gran importancia a que el bibliotecario en jefe ejerza su vigilancia hasta en los más minuciosos detalles. He aquí lo que dijo con este motivo en su discurso de apertura del Congreso de bibliotecarios de Londres: «Librarians ought to be good administrators, to be prepared to exercise a strict and personal superintendence over the library staff, and to give their attention to details, however ordinary or minute. This attention to details will amply repay all librarians who exercise it».

director con los empleados que están a sus órdenes. Es a él a quien corresponde distribuir el trabajo y velar porque los empleados le consagren la totalidad de sus horas de servicio. A este respecto hará lo posible por mostrarse justo, imparcial y que se preocupa de sus intereses, es decir, probar las cualidades a que se tiene derecho de exigir de todo administrador, cualquiera que sea su ramo; mostrará que hace todos los esfuerzos para dar a cada uno el lugar que le corresponde, de tal suerte que ninguna fuerza o capacidad se pierda o inutilice. Es necesario, en fin, que preste atención a los trabajos de los auxiliares a medida que lo merezcan, tratando hacer de éstos, empleados serios y útiles; se esforzará, igualmente, en inculcar a todos los empleados que están a sus órdenes el gusto por la profesión e interés por la biblioteca. El mejor medio de obtener este resultado es discutir las cuestiones difíciles con sus subordinados y no perder la ocasión de probar sus conocimientos teóricos o prácticos, y, sólo en último caso, «ordenar» cuando sea necesario. Así tratados, los empleados estarán satisfechos y con buena voluntad, y el bibliotecario presta-

rá a su profesión un verdadero servicio colocando en el establecimiento que dirige una planta de empleados hábiles (1).

En tercer lugar, el director de la biblioteca, por la situación que ocupa, se encuentra en constante relación con el público. Es en estas relaciones cuando debe mostrarse atento y amable probando, en consecuencia, que la benevolencia no excluye su firmeza e independencia de carácter; debe mostrarse enteramente imparcial, no rehusando a unos lo que se acuerda a otros; debe considerar a todos iguales y, por otra parte, recibir firme y dignamente los reclamos o peticiones mal fundadas, siempre numerosas (2),

(1) No es a tal director de biblioteca que podría aplicarse el feo retrato trazado por HÖFFMAN VON FALLERSBEBEN en su artículo titulado: «Universitäts-Bibliotheken und ihre Verwaltung», *Serapeum*, año I, p. 3-8, no menos que el que encontramos reproducido en «A librarian by his assistant», *The Library*, IV, 1892, p. 233-237; *Library Journal*, XIX, 1894, p. 18-19.—Véase: J. CRANDALL, Duties, of a library to ist staff», *Library Journal*, XVI, 1891, p. 105-107;—«The anonymous asistant. By one who ins't», *Library Journal*, XX, 1895, p. 241-242.

(1) En un artículo «A word to, starters of libraries», *Library Journal*, I, 1877, p. 1-3, Justino WINSOR, hablaba de la manera en que el público importuna sin utilidad alguna a los directores de bibliotecas. Dice: The librarian is one of those people who find the more expected of them the more they do».

que se le exijan, aunque estos reclamos o peticiones provengan de personas influyentes (1). El bibliotecario jamás debe olvidar que las solas condiciones en que debe inspirarse tienen como único fin el interés y la prosperidad del establecimiento que dirige. Aún cuando al proceder así se atraerá algunos odios y persecuciones, quedará ámpliamente satisfecho con la conciencia de haber cumplido su deber.

En Alemania, los empleados superiores (3) lle-

(1) A menudo también el bibliotecario se encuentra, a despecho de su buena voluntad, imposibilitado para satisfacer los pedidos que se le dirigen, porque los recursos con que cuenta son insuficientes. E. FÖRSTEMANN, «Bedarf und Mittel der Bibliotheken» (*Centralblatt, f. B.*, IV, 1887, p. 97-106), traza un cuadro muy justo de la situación en que se encuentra en esos casos el bibliotecario. La desproporción que existe entre los recursos de que dispone y las necesidades existentes, le causan mil molestias. Se cargan a su cuenta epítetos como estos: «le falta energía o iniciativa; tiene ideas muy estrechas; por temor no opone resistencia a las pretensiones y mandatos gubernativos; favorece tal o cual ciencia, en menoscabo de la otra; le falta el espíritu científico; tiene ideas añejas; está decrepito por la edad, etc., etc.», y cuando el desgraciado bibliotecario está seguro que estos epítetos no tienen base seria, para consolarse, no le queda más que repetir el proverbio alemán: «Sollen Dich die Dohlen nicht umschrein, musst Du nicht Knopf auf dem Kirchtum sein!».—Véase J. D. MULLINS, «On some of the less pleasant duties of librarian» *Transactions and Proceedings of the 7. annual meeting of the L. A. U. K.* London, 1890, p. 91-65).

(2) Para la Prusia, véanse dos ordenanzas promulgadas por el

van el título de «Bibliothekar», se da también a los mas antiguos o a los más hábiles de entre ellos el de «Oberbibliothekars». Las grandes bibliotecas tienen también un empleado con el título de «Hilfsbibliothekar» a quienes, cuando es necesario, se le socorre con ayudantes; en fin, existe en cada biblioteca cierto número de supernumerarios llamados en alemán «volontaires»; el número de jóvenes que en este país se dedican a la profesión de bibliotecarios es muy considerable.

Todos estos empleados están sometidos a la autoridad inmediata del bibliotecario y se dividen, según sus indicaciones, los diversos servicios de la oficina: catálogos, registros de entradas, encuadernación, adquisiciones (si el bibliotecario no puede hacerlo por sí solo), de la sala de lectura, del préstamo a domicilio, etc., etc. Se ha dicho, y con razón, que un mismo servicio no debe entregarse a un solo empleado. Es conveniente establecer entre todos los empleados un servicio rotativo que les permita ejerci-

ministerio de Instrucción y cultos (*Centralblatt f. B.*, XI, 1894, p. 1895). Para la Italia: «*Regolamento per le Biblioteche*», § 75-76.

tarse por turno, en cada uno de los servicios. De esta manera el empleado no estará estacionario en un sólo oficio y no se desorganizará cuando falte uno de ellos, sea por motivos de salud o por otras causas.

Naturalmente todo empleado debe, según lo prescribe el reglamento ⁽¹⁾ dar cuenta al director cada vez que note que un libro se ha extraviado o sustraído o cuando vea que ya los catálogos, colecciones o inventarios estén en desorden o en mal estado. Un buen empleado presta señalado servicio haciendo notar los defectos que se escapen a otro ojo que el suyo y a los cuales puede poner remedio desde el principio. Cuando un libro se ha extraviado o desaparecido, cosa que sucede con frecuencia, debe prevenirse en el acto al empleado que está a cargo de inscribir en un registro especial las obras perdidas.

En algunas bibliotecas importantes se emplean escribientes principalmente para el ser-

(1) En Italia, el *Regolamento per le biblioteche*, dice: «É stretto obbligo di ogni impiegato di dar subito avviso al capo de la biblioteca di qualunque sottrazione, dispersione, disordine o danno nella suppellettile o nel materiale della biblioteca stessa, di cui abbia direttamente o indirettamente notizia».

vicio de préstamos, los que llenan las mismas obligaciones que en cualquiera otra oficina.

A los «garçons» (1) o mozos, es a quienes incumbe la obligación de sacar los libros de los anaqueles para llevarlos sea a la sala de lectura o a la de préstamos a domicilio, previo un boletín sobre el cual el bibliotecario inscribe para cada obra la ubicación que señala el catálogo, y colocarlos en su lugar cuando hayan sido consultados. Son ellos los encargados de empaquetar los volúmenes que se remiten y recibir los paquetes que lleguen, ejecutar los mandados, ocuparse de la calefacción y velar por la limpieza del local, etc.; por esto es necesario, en interés mismo del servicio, que uno de ellos, a lo menos, tenga habitación en el recinto de la biblioteca a título de mayordomo. Un buen «garçon» es para un bibliotecario de un precio inestimable; no sólo, como lo ha dicho con razón un bibliotecario experimentado, puede ali-

(1) Sobre los mozos, véase PETZHOLDT, "Aus den Erfahrungen eines 25 jährigen Bibliotheklebens" (*Anzeiger*, 1863, n.º 356); Del mismo: "Aus der Bibliothekpraxis zur Aufwärterfrage" (*ibid.*, 1873, n.º 697);—E. FÖRSTEMANN, "Die Bibliotheksdiener" *Centralblatt f. B.*, III. 1886, p. 190-196).

vianar el trabajo de los empleados, sino prestar servicios a los lectores; servicios infinitamente más efectivos que los de los altos funcionarios de la biblioteca, sobre todo cuando éstos no tienen lugar de estar en relación con el público.

El director debe velar constantemente por que los mozos vistan con decencia, sean diligentes y serviciales con los empleados y el público. buscando la ocasión de ser útiles en toda forma; excusado es agregar, en consecuencia, que debe hacerse lo posible por detener los defectos que se opongan a estas cualidades, pues, puede ser un detrimento para los bibliotecarios y el público. Un jefe inteligente no descuidará, por lo tanto, sostener entre los mozos el amor al trabajo y al buen comportamiento, y esto se obtendrá tratándolos con benevolencia, interesándose por su situación pecuniaria, situación tanto más modesta cuanto, en la mayoría de los casos, no tienen perspectiva de ascenso. En cuanto a los demás empleados, su deber es tratar a los mozos como a cualquier otro empleado subalterno, con amabilidad, evitando el ofenderlos en su modo de ser; de suerte que, como lo dice FÖRSTEMANN: «estamos en el mundo pa-

ra servir, y el hombre nada puede hacer de más provecho que ser útil a los demás. Nosotros, los empleados de bibliotecas, no somos, no lo olvidemos, otra cosa que servidores del Estado, y el título mismo de los más altos funcionarios del Estado, traducido del latín, significa servidor. Filológicamente el nombre (en francés) de "garçon" de biblioteca no tiene sentido especial: "gardons-nous" pronunciándolo rápidamente. Por su posición social, su instrucción, la naturaleza misma de sus trabajos, los mozos están suficientemente distantes de los bibliotecarios y del personal.

Lo que llevamos dicho sobre las atribuciones del personal creemos que es suficiente; sin embargo, diremos algunas palabras sobre la duración de las horas de trabajo, cuestiones son estas que están en estrecha relación. Difícil es fijar, de un modo preciso, el número de horas de trabajo que los bibliotecarios deben consagrar al servicio; varía, naturalmente, según la importancia de la biblioteca; en todo caso deberá ser proporcionada a la extensión de sus labores. En cuanto a la elección de los días y horas de apertura del establecimiento, para determinar-

las, se deberá inspirar en las necesidades del público para el cual, en realidad, el establecimiento se ha creado. Tendremos ocasión de tratar esta materia más detalladamente en el capítulo que consagraremos al uso de la biblioteca.

Para las bibliotecas universitarias de Prusia, como para la Biblioteca Real de Berlín, el número de horas de trabajo se ha fijado en 34 por semana: "Sin embargo, dice la ordenanza ministerial alemana ⁽¹⁾, si las necesidades del servicio lo exigen, el director de la biblioteca tiene derecho de aumentar las horas de presencia; por el contrario durante las vacaciones oficiales de las Universidades, puede rebajarlas a 24 por semana, siempre que el servicio no se resienta. La repartición de las horas de servicio entre los días de la semana se deja a la apreciación del director. A pesar de todo no debe imponerse un horario fijo sino exigirse la asistencia que sea necesaria. En cuanto a los emplea-

(1) Esta ordenanza promulgada por el Ministro de Instrucción Pública y Culto von GOSSLER, se encuentra reproducida en el *Centralblatt f. B.*, IV, 1887, p. 31-32 y 121.

dos subalternos tendrán 48 horas de servicio semanal." Así sucede en Alemania que durante las vacaciones universitarias, las bibliotecas no se cierran sino que su apertura se reduce a cierto número de horas. Y si permaneciesen clausuradas, en especial cuando las vacaciones son de alguna duración, sería en perjuicio del público, pues no debe olvidarse que las personas estudiosas no se acuerdan de vacaciones ni conocen el descanso.

¿Cómo conciliar esta necesidad con la otra no menos mayor de conceder a los bibliotecarios, cuyo monótono trabajo agota sus fuerzas, un descanso anual que le permita restaurarlas? Basta que se establezca un turno de vacaciones dejando cada empleado como reemplazante a otro de sus colegas. Por desgracia la mayoría de las bibliotecas francesas, y en especial las universitarias, cuentan con un personal muy reducido para que se pueda organizar el servicio en tales condiciones.

A propósito de sueldos ⁽¹⁾ ha largo tiempo

(1) Para tener datos precisos sobre el particular, es necesario consultar los presupuestos de los diferentes Estados.—Véase para

que en todas partes se levantan quejas. Sin embargo, es preciso reconocer que en estos últimos años se han experimentado grandes mejoras; a pesar de todo mucho queda por hacer.

la Francia la información dirigida al Presidente de la República por el Ministro de Instrucción Pública, relativa a la Biblioteca Nacional y decreto anexo: *Bulletin des Bibliothèques*, 1885, p. 2-8, y la "Disposición de 13 de Mayo de 1893 que determina las clases y tratamientos de los bibliotecarios y subbibliotecarios universitarios", *ibid.*, 1893, p. 190-192.—La *Statistique de l'enseignement supérieur*, París, Imp. Nationale, da a conocer de una manera regular reseñas oficiales sobre la situación de los funcionarios de las bibliotecas universitarias. Véase asimismo: *Centralblatt f. B.*, 1884, p. 63-72.—Para la Prusia, véase "Uebersicht der Leistungen der preussischen Staates für öffentliche Bibliotheken nach dem Staatshaushalts—Etat für d. J. 1883-84 und Mittheilungen der competenten Behörden", (*Centralblatt f. B.*, I, 1884, p. 27-31);—"Zur Besoldungsfrage der preussischen Bibliotheksbeamten" (*Centralblatt*, II, 1885, p. 81-86);—"Berichte über die Verhandlungen im preussischen Abgeordnetenhaus", (*ibid.*, III, 1886, p. 240-241; VI, 1889, p. 176-179);—"Notiz über den Etat der k. preussischen Unterrichtsverwaltung v. J. 1888-89" (*ibid.*, V, 1888, p. 144-145) y v. J. 1890-91 (*ibid.* VII, 1890, 107)—Los sueldos de los bibliotecarios prusianos han sido fijados nuevamente por un decreto ministerial de 3 de Octubre de 1894. Véase *Centralblatt für die gesammte Unterrichtsverwaltung in Preussen*, 1894, p. 732-734. Otro decreto de 5 de Agosto de 1895 regla las indemnizaciones a que tienen derecho los "Hilfsbibliothekare". *Ibid.*, 1895, p. 617, y *Centralblatt f. B.*, 1895, p. 140.—Están en estudio cierto número de mejoras, Véase *Centralblatt f. B.*, XIV, 1897, p. 130-131.—Para la Baviera—consúltese el *Centralblatt f. B.*, I, 1884, p. 278-280.—Para el Austria, véase "Eine petition der K. K. österreichischen Bibliotheksbeamten" (*Centralblatt f. B.*, III, 1886, p. 136-146) y "Staatsvorschlag für den Aufwand des Bibliothekswessens Cisleithaniens pro

Deberían los poderes públicos convencerse que la profesión de bibliotecario, como ya lo hemos dicho, exige sacrificio, un infatigable amor por el trabajo y una abnegación decidida que les habilita para ser bien remunerados. Con mucha razón DUNTZER pudo decir que nada había más perjudicial para la buena administración de una biblioteca, que el desaliento que se apodera de un empleado cuando está descontento de su suerte.

1886" (*ibid.*, II, 1885, p. 512-515), como también la ley de 30 de Abril de 1889, relativa a las clases y situación de los empleados de las bibliotecas universitarias y escolares (*ibid.*, VI, 1889, p. 315-316); en fin, R. KUKULA, "Einige Worte über die oesterreichischen Staatsbibliotheken" (*Centralblatt f. B.*, X, 1893, p. 335-340); para los sueldos de los funcionarios austriacos, véase *Centralblatt f. B.*, XIII, 1896, p. 48, 276, 334.—En Italia, un decreto de 19 de Junio de 1890 fijó los sueldos de los funcionarios de las bibliotecas. V.: *Bolletino delle pubblicazioni italiane*, 15 de Diciembre de 1890. Además: *Centralblatt f. B.* XII, 1895, p. 529; *Bollet. delle pub. it.*, 1895, N.º 235 (Nuovo molo organico delle Biblioteche pubbliche governative), y *Revista delle Biblioteche*, p. 191.—En cuanto a los sueldos de los bibliotecarios ingleses, para conocerlos basta recorrer los presupuestos de las bibliotecas públicas inglesas, del Museo Británico y de la Biblioteca Nacional de Dublín. V.: *Centralblatt f. B.*, 1885, p. 192-195, como también la nota *ibid.*, I, p. 160, y Robert HARRISON, "The salaries of librarians" (*Transactions and Proceedings of the 1 annual meeting of the Library Association U. K.*, London, 1879, p. 90-95).



CAPÍTULO III

DE LOS RECURSOS DE LA BIBLIOTECA

Para fundar una biblioteca, para mantenerla en buen estado y para organizar asimismo de una manera racional el servicio de adquisiciones, es necesario, naturalmente, disponer de ciertos recursos pecuniarios que provengan ya sea de presupuestos regulares allegados anualmente, ya de un capital cuyas rentas aseguren la marcha normal del establecimiento. Las bibliotecas que dependen del Estado y las municipales se encuentran generalmente en el primer caso; la bibliotecas libres en el segundo. No hay ningún impedimento que las bibliotecas públicas posean, además de su presupuesto

anual, un capital privado. Este capital puede concedérsele desde el momento de su fundación, por ejemplo, o más tarde por cualquiera causa feliz. Desgraciadamente no existe el hábito entre nosotros que los particulares hagan donaciones de dinero a las bibliotecas y las ayuden en el noble fin que persiguen; cuando más algunos sabios regalan colecciones de libros, en general sin importancia ni gran valor. La magnífica liberalidad de los millonarios norte-americanos para con las bibliotecas son cosas ¡ay! totalmente extrañas a nuestras costumbres, y es probable que pasará mucho tiempo antes que uno de nuestros periódicos especiales se vea obligado a dedicar columnas de honor, como lo hace el *Library Journal*, para anunciar las donaciones hechas a las bibliotecas públicas.

Además de los créditos ordinarios anuales sería de desear que se les acordara cada cierto tiempo a las bibliotecas un suplemento extraordinario que les permitiese satisfacer las múltiples necesidades que a la larga se notan y que, en general, llegan a ser imperiosas tanto más cuanto mayor tiempo se las deje sin socorro; tanto es así que no hay establecimiento donde

la desproporción entre las necesidades y los recursos sea más manifiesta que en las bibliotecas. Para obtener estos fondos especiales no existe otro medio que recurrir a la benevolencia de los poderes públicos. Cada cierto tiempo, pero dentro de los límites más estrechos, el bibliotecario deberá procurarse recursos suplementarios; para esto, y con la venia de sus jefes gerárquicos, podrá vender los duplicados si le es imposible desembarazarse de ellos por medio de canjes.

Se ha propuesto también con el objeto de aumentar los recursos de las bibliotecas, que los bibliotecarios publiquen los manuscritos u otras obras inéditas o raras que contengan sus depósitos, como también los catálogos de los manuscritos e impresos; pero este proyecto nos parece muy poco práctico. El personal de nuestras bibliotecas poco numeroso, como lo hemos visto más arriba, tiene bastante que hacer cumpliendo convenientemente con sus deberes profesionales; aquellos trabajos literarios no podrían menos que sobrecargar la labor diaria de los bibliotecarios, y procurar de este modo entradas extraordinarias a la biblioteca, siempre

problemáticas, podrían turbar su marcha normal y su buena organización. Conviene entonces, que el Estado o las municipalidades se persuadan que hoy día una biblioteca no puede desarrollarse y prestar los servicios necesarios si los recursos pecuniarios de que dispone no son suficientemente considerables. (1) Las bibliotecas dedicadas a tal o cual ciencia especial (necesario es que su número aumente en interés de las grandes bibliotecas) pueden contentarse con fondos modestos; pero las que tienen un carácter general, como las nacionales o universitarias y las de las grandes ciudades, tienen necesidad, teniendo en cuenta el desarrollo considerable y siempre creciente de la producción

(1) En materia de gastos de los diferentes Estados en las bibliotecas públicas, véase nota 1, p. 275.—Para la Alemania véase además P. SCHWENKE, "Adressbuch der deutschen Bibliotheken" Leipzig, 1893 (*Beiheft zum Centralblatt f. B.*, X);—DEL MISMO, "Bibliotheks-Adressbuch, wissenschaftliche und Volksbibliotheken", *Centralblatt f. B.*, XII, 1895, p. 494-501.;—K. DZIATZKO, "Entwicklung und gegenwärtiger Stand der wissenschaftlichen Bibliotheken Deutschlands", Leipzig, 1893 (*Sammlung bibliothekswissenschaftlicher Arbeiten*, Heft. 5). A propósito de la obra de DZIATZKO, aquí citada, véase: L. AMBROSE, "Dr. DZIATZKO on German libraries", *Library Journal*, XXI, 1896, p. 53-59;—AL ROQUETTE, "Die Deutschen Universitätsbibliotheken, ihre Mitte und ihre Bedürfnisse" (*ibid*, Heft. 6).—Para la Prusia, O. HARTWIG.

científica y literaria, de recursos importantes para estar más y más al corriente. (2)

Felizmente, debemos reconocer, los poderes públicos se han dado cuenta, por fin, de las múltiples necesidades de que hemos hablado, y, cuando se conocen las cifras de los presupuestos anuales de ciertas grandes bibliotecas, tales como el Museo Británico, la Biblioteca Real de

“Zu den Verhandlungen des Hauses der Abgeordneten über das preussische Bibliothekswesen” (*Centralblatt f. B.*, I, 1884, p. 173-182).—Para la Francia, *Centralblatt f. B.*, III, 1886, p. 545.—Para la Bélgica, *ibid.*, IV, 1887, p. 83-84.—El monto de gastos hechos en Italia en 1887 para compra de libros y encuadernaciones se encuentra indicado en el *Centralblatt f. B.*, IV, 1887, p. 230.—Sobre los presupuestos de las grandes bibliotecas italianas véase también K. DZIATZKO, “Eine Reise durch die grösseren Bibliotheken Italiens”, *Sammlung bibliothekswissenschaftlicher Arbeiten*. Heft. 6, 1984 p. 96-128. Este trabajo contiene, además, una serie de útiles reseñas sobre las bibliotecas italianas.

(2) V. E. FÖRSTEMANN, “Bedarf und Mittel der Bibliotheken” (*Centralblatt f. B.*, IV, 1887, p. 97-106).—E. STEFFENHAGEN, reprodujo en la *Zeitschrift für Schleswig-Holstein-Lauenburgische Geschichte*, tomo 24, 1894, p. 137, una ordenanza, promulgada por el duque Carlos en 1725, que estipula que los profesores de la Universidad deberán, al entrar en funciones, dedicar cierta suma de dinero para la biblioteca de Kiel, como asimismo los estudiantes al momento de matricularse, antes de sus exámenes y a su salida de la Universidad.

Llamamos la atención a que en Francia los estudiantes deben pagar un «derecho de biblioteca» de 10 francos al inscribirse en alguna de las Facultades del Estado. Véase: *Instruction relative a la*

Berlín (2), se hace difícil sostener que las bibliotecas han sido menos favorecidas que los otros establecimientos científicos. Sólo nos queda formular un deseo: esto es, que a las bibliotecas de mediana importancia sean las que se provean de recursos más considerables que les permita estar más al corriente de la ciencia. Por fin, el bibliotecario es quien debe emplear con discernimiento y economía los fondos de que dispone empeñándose en distinguir lo que es absolutamente necesario y no comprar lo que no tiene un interés inmediato. Es así como el bibliotecario dará pruebas de su habilidad y buen juicio. Deberá hacer todo lo que esté de su parte para conservar religiosamente el patrimonio del establecimiento que le está confiado; como un concienzudo comerciante, llevará una contabilidad exacta y minuciosa de sus gastos y velará por-

perfection d' un nouveau droit pour les bibliothèques des facultés, du 31 décembre 1873 "Una parte notable de los fondos allegados para el fomento de las bibliotecas universitarias proviene del derecho de biblioteca pagado por los estudiantes". *Circulaire relative aux réglemens des bibliothèques universitaires du 28 novembre 1886.*

(2) Véase: A. R. SPOFFORD, "Aids to library progress by the government of the United States" (*Library Journal*, vol XVIII, 1893, p. 248-249.

que nada se pierda; *hará valer, cada vez que la ocasión se presente, las prerrogativas de su biblioteca, sobretodo en lo que concierne al depósito legal, si la biblioteca que él dirige tiene derecho; en una palabra, consagrará todas sus fuerzas a la prosperidad y al desarrollo de las riquezas que están a su cargo.*





ÍNDICE DE MATERIAS

	Página
Advertencia.....	V
Proemio.....	VII
Prefacio del autor para la edición francesa.....	X
Prefacio del autor a la cabeza de la edición alemana	XI

INTRODUCCION

§ I. Origen y significación de la palabra biblioteca	1
§ II. De la ciencia de las bibliotecas en general.....	9
§ III De la biblioteconomía en particular.....	12
§ IV Tratados de biblioteconomía.....	16

PRIMERA PARTE

Del edificio, de los empleados y de los recursos pecuniarios de la biblioteca.

CAPÍTULO PRIMERO

De la construcción de las bibliotecas.

§ I. Condiciones que deben llenar los edificios destinados á bibliotecas.....	63
§ II. De la disposición de los locales. Consideraciones prácticas.....	75
§ III Menaje interior de las bibliotecas.....	195
§ IV De la conservación y ensanche de los edificios	229

CAPÍTULO II.

De los empleados de la biblioteca

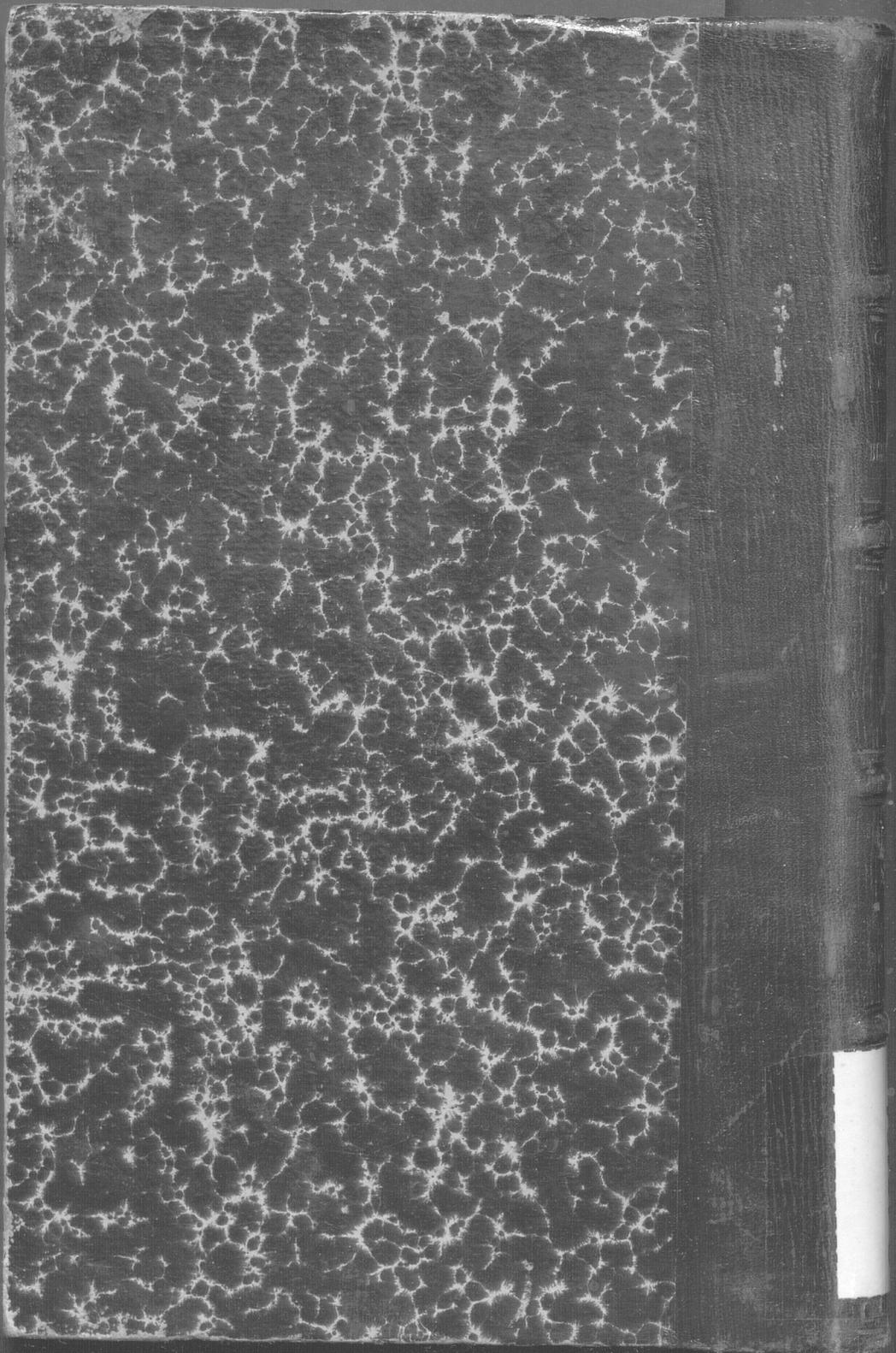
	<u>Página</u>
§ I. Del bibliotecario en general	237
§ II. De los diversos funcionarios de las bibliotecas en particular.....	258

CAPÍTULO III.

De los recursos de la biblioteca.....	279
---------------------------------------	-----







GRAESEL
MANUAL
DEL
BIBLIOTECARIO

G 16464

VIAZ